





Grandes Obras de la Literatura Universal

Fundada en 1953

Colección pionera en la formación
escolar de jóvenes lectores

Títulos de nuestra colección

- *El matadero*, Esteban Echeverría.
- *Cuentos fantásticos argentinos*, Borges, Cortázar, Ocampo y otros.
- *¡Canta, musa! Los más fascinantes episodios de la guerra de Troya*, Diego Bentivegna y Cecilia Romana.
- *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, Robert L. Stevenson.
- *Seres que hacen temblar – Bestias, criaturas y monstruos de todos los tiempos*, Nicolás Schuff.
- *Cuentos de terror*, Poe, Quiroga, Stoker y otros.
- *El fantasma de Canterville*, Oscar Wilde.
- *Martín Fierro*, José Hernández.
- *Otra vuelta de tuerca*, Henry James.
- *La vida es sueño*, Pedro Calderón de la Barca. 
Automáticos, Javier Daulte.
- *Fue acá y hace mucho*, Antología de leyendas y creencias argentinas.
- *Romeo y Julieta*, William Shakespeare. 
Equívoca fuga de señorita, apretando un pañuelo de encaje sobre su pecho, Daniel Veronese.
- *En primera persona*, Chejov, Cortázar, Ocampo, Quiroga, Lu Sin y otros.
- *El duelo*, Joseph Conrad.
- *Cuentos de la selva*, Horacio Quiroga.
- *Cuentos inolvidables*, Perrault, Grimm y Andersen.
- *Odisea*, Homero.
- *Los tigres de la Malasia*, Emilio Salgari.

Relatos medievales

*Canción de Roldán,
El Cid Campeador, El rey Arturo
y Tristán e Isolda*

Versiones de Cecilia Romana

Estudio preliminar y propuestas de actividades
de Pabla Diab



Grandes Obras de la Literatura Universal

Dirección editorial: Profesor Diego Di Vincenzo.
Coordinación editorial: Alejandro Palermo.
Coordinación general: Daiana Reinhardt.
Introducción, notas y actividades: Pabla Diab.
Versiones: Cecilia Romana.
Diagramación: Romina Rovera.
Diseño de tapa: Natalia Otranto.
Diseño de maqueta: Silvina Gretel Espil y Daniela Coduto.
Ilustraciones: Alejandro Firszt.
Edición: Pabla Diab.
Corrección: Patricia Motto Rouco.
Documentación: Valeria Velasco.
Coordinación de producción: Juan Pablo Lavagnino.

Romana, Cecilia
Relatos medievales - 1a ed. - Buenos Aires : Grupo Editorial
Norma, 2013.
152 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-545-297-8

I. Literatura Medieval. I. Título
CDD 880.2

Primera edición.

© Grupo Editorial Norma S.A.

San José 831, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

www.kapelusznorma.com.ar

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.


Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

CC: 28003100

ISBN: 978-987-545-297-8

 PROHIBIDA LA FOTOCOPIA (Ley 11.723). El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra, la que no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, el de registro magnetofónico o el de almacenamiento de datos, sin su expreso consentimiento.

Créditos:

Neal Stimler (nealstimler); ElCaminodeSantiago092006, flickr.com.

[Índice]

Nuestra colección	7
Leer hoy y en la escuela	9
<i>Relatos medievales</i>	
Avistaje	11
Palabra de expertos	15
<i>Canción de Roldán</i>	23
<i>El Cid Campeador</i>	49
<i>El rey Arturo</i>	81
<i>Tristán e Isolda</i>	107
Sobre terreno conocido	
Comprobación de lectura	133
Actividades de comprensión	136
Actividades de análisis	139
Actividades de producción	146
Recomendaciones para leer y para ver	148
Bibliografía	151

[Nuestra colección]

Comencemos con una pregunta: ¿qué significa ser lector?

Quienes hacemos Grandes Obras de la Literatura Universal (GOLU) entendemos que el lector es aquella persona capaz de comprender, analizar y valorar un texto; de relacionarlo con otras manifestaciones culturales del momento particular de su producción; de seguir el trayecto de las diversas lecturas que ese libro fue provocando en el transcurso del tiempo.

Pero entendemos que ser lector también significa “dejarnos llevar” por lo que una historia cuenta, sumergirnos en las palabras al tiempo que estas nos inundan y nos pueblan. Los que así leen abren paso para que la literatura funcione como parte de sus vidas. Una novela, un cuento, algún poema o una pieza dramática, entonces, ayudan a que cada lector se comprenda a sí mismo y le ofrecen varios puntos de vista que le permiten enriquecer su comprensión del mundo.

Todo lo que aprendemos, todo lo que atesoramos a partir de nuestras lecturas, es algo que “llevamos puesto”, una increíble posesión de la que disponemos a voluntad y sin que se agote.

Nuestra colección se funda en el deseo de colaborar con sus profesores y con ustedes en la formación de jóvenes lectores. Hacia este fin se encaminan tanto la selección de títulos como la redacción de los estudios preliminares —escritos por especialistas— y la propuesta de actividades —elaboradas por docentes con probada experiencia en la enseñanza de la literatura.

Si bien en esta colección encontrarán no solamente obras consideradas clásicas, sino también algunas de las que no se han incluido en esta categoría —ciertamente amplia y variable—, coincidimos con el escritor italiano Italo Calvino, quien comienza su libro *Por qué leer los clásicos*¹ proponiendo varias definiciones de “obra clásica”. Entre ellas, afirma que los clásicos son esos libros que “ejercen una influencia particular”, en parte porque “nunca terminan de decir lo que tienen que decir”, aun cuando se los ha leído y releído, y aunque han pasado siglos desde que se los escribió. Además, destaca el papel de la escuela no solamente como institución que está obligada a dar a conocer cierto número de clásicos, sino también como aquella que debe ofrecer a los estudiantes las herramientas necesarias para que puedan elegir sus propios clásicos en el futuro, es decir, para que construyan su propia “biblioteca”.

Estamos convencidos de que leer las grandes obras que en esta colección les ofrecemos constituye una de las actividades orientadas a favorecer el desarrollo para comunicarse y para pensar; a allanar el camino de cada uno de ustedes en la formación escolar, universitaria, profesional; a ayudar a que se desempeñen en el ámbito del estudio y del trabajo, del fructífero intercambio de ideas y del respeto por los demás.

Por estas razones, creemos que la lectura de los libros de esta colección puede incluirse entre las acciones orientadas a la formación de personas más libres.

8 1 **Italo Calvino.** *Por qué leer los clásicos.* Barcelona, Tusquets, 1992.

resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando

Leer hoy y en la escuela

Relatos medievales

La escuela es un espacio privilegiado para tomar conocimiento de las obras que conciernen a la cultura universal. Entre las razones que justifican la anterior afirmación, consideramos que desde las aulas y con el trabajo conjunto de docentes y alumnos, y con el de todos aquellos que trabajamos en y para la educación, es posible proponer formas de leer, de relacionar textos literarios y no literarios, producciones artísticas en otros lenguajes, así como discutir esas relaciones de lectura y establecer otras. La lectura en la escuela tiene que hacer de los alumnos —y también de los docentes— lectores críticos y activos.

Los relatos medievales que ofrecemos en este tomo recrean los cantares de gesta que se transmitían como modelos del heroísmo nacional y las “novelas” (romances) que, a falta de este propósito más elevado, se difundieron para entretener al tiempo que reflejaban los ideales del amor cortés. Pero, además, las versiones que ofrecemos de Roldán, del Cid Campeador, del rey Arturo y del caballero Tristán ponen en escena a héroes que encarnan los valores de una sociedad. Se trata de héroes que encuentran su tradición en la antigüedad grecolatina y que continúan, con las transformaciones que exige cada momento histórico, hasta nuestros días.

Las personas necesitamos héroes, y por esa razón, los creamos y los recreamos. Pueden ser hijos de dioses, como Aquiles, o mortales que descuellan por algunas características, como los

personajes de los relatos que siguen; también pueden venir de otros mundos o ser resultado de alguna mutación “científica” o mágica, como ocurre con los superhéroes de nuestros días.

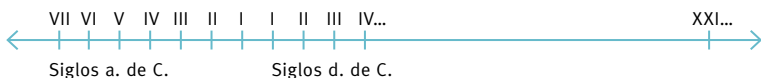
Relatos medievales les ofrece cuatro narraciones que pueden constituir un primer acercamiento a la épica medieval. En ellas conocerán a los héroes que han desafiado el tiempo y las fronteras de sus países de origen para transformarse en prototipos de caballeridad.

[Avistaje]

Las actividades que siguen tienen dos propósitos principales: que recuperen algunos conocimientos y que puedan elaborar un marco que les permita leer y analizar estos *Relatos medievales*.

- 1 A continuación presentamos una lista desordenada de algunos períodos históricos. Ordénelos en una línea de tiempo como la del modelo que ofrecemos. Pueden ayudarse con enciclopedias y libros de Historia.

Época Contemporánea – Antigüedad – Baja Edad Media –
Época Moderna – Prehistoria – Alta Edad Media



- 2 Conversen entre todos acerca de qué es un **héroe** para ustedes. Luego, escriban una definición en la que incluyan tanto las características físicas como las morales y de personalidad que comparten los héroes. Agreguen ejemplos de personas o personajes de ficción que ustedes consideran como héroes. Pueden comenzar como sigue: *Un “héroe” es...* o *Entendemos por “héroe”...*
- 3 Lean los siguientes fragmentos de *Europa en la Edad Media*, del historiador francés George Duby.¹ Luego, marquen los términos que les parezcan fundamentales para caracterizar la época medieval.

1 En: *Europa en la Edad Media*. Buenos Aires, Planeta, 1994.

Pueden ayudarse con enciclopedias, con libros de Historia y con la sección *Palabra de expertos*.

En la Europa del año mil, la realidad es lo que llamamos feudalidad. [...] La invasión de los paganos sigue siendo amenazadora, el temor que inspira sobrevive a la progresiva retirada del peligro, el jefe obedecido es pues aquel cuyo escudo está allí, cerca, que protege, vela sobre un refugio donde el conjunto del pueblo puede encontrar abrigo, encerrarse, hasta que pase la tormenta; la feudalidad es por consiguiente, en primer lugar, el castillo. Innumerables fortalezas diseminadas por todas partes [...]. Rudimentarias: una torre cuadrada y una empalizada son el símbolo de la seguridad. Pero también son amenazas. En cada castillo anida un enjambre de guerreros [...]. Los caballeros que por turno montan la guardia en la torre salen de ella con la espada en el puño, exigiendo como precio de la protección que aseguran ser mantenidos, nutridos por el país llano y desarmado.

[El siglo XI] Puso toda su esperanza de salvación en los monasterios. [...] Como los castillos, son lugares tutelares, ciudadelas alzadas contra los asaltos del mal [...]. Como el castillo, el monasterio extrae las riquezas de los contornos.

- Comparen los términos que marcaron con lo que hicieron sus compañeros. Propongan entre todos explicaciones o definiciones orales para los conceptos que destacó la mayoría de la clase.
- 4 Lean el comienzo de los siguientes cuatro poemas épicos y determinen los aspectos que tienen en común. Tengan en cuenta, por ejemplo, cuál es el tema del que se habla, y quién o quiénes son los protagonistas.

Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves... (*Ilíada*).

Háblame, Musa, de aquel varón de multiforme ingenio que, después de destruir la sacra ciudad de Troya, anduvo peregrinando larguísimo tiempo... (*Odisea*).

Canto las armas y a ese hombre que de las costas de Troya llegó el primero a Italia... (*Eneida*).

Muchas cosas maravillosas narran las sagas de tiempos antiguos
De héroes loables de gran temeridad
De alegría y de fiestas, de llantos y lamentos
De la lucha de héroes valientes ahora escucharéis narrar maravillas.
(*El cantar de los nibelungos*).

- 5 Observen las siguientes estatuas ecuestres, obras de los artistas Anna Hyatt Huntington (1876-1973) y Juan Cristóbal González Quesada (1897-1961), respectivamente, y escriban una lista de los elementos que componen la figura del caballero.



Anna Hyatt Huntington, *El Cid*, Hispanic Society of America, New York, 1927.



Juan Cristóbal González Quesada, *Monumento al Cid en Burgos*, inaugurado en 1955.

Palabra de expertos

El mundo medieval

UN POCO DE HISTORIA

Durante mucho tiempo los historiadores afirmaban que la Edad Media, período de la historia de Occidente que comenzaba en el siglo V, era el resultado de las invasiones bárbaras. Sin embargo, las investigaciones más recientes atenúan tal declaración porque, por una parte, resulta difícil pensar en cortes abruptos: el pasaje de una época con ciertas características a otra con rasgos diferentes es un proceso que se extiende a lo largo de varios años, y es posible que en la época nueva se observen resabios de la época anterior. Por otra parte, entre las causas que conducen del bajo Imperio a la llamada *temprana Edad Media*, no solo se cuentan los ataques de los visigodos, de los hunos y de las tribus germánicas. Hay que considerar, también, la crisis que atravesó en el siglo III el Imperio romano y que condujo a lo que se conoce como *anarquía militar*. A medida que Roma perdía autoridad, la ganaban las provincias, que comenzaban a poner en el trono a alguno de los suyos y a cobrar autonomía. A pesar de los desesperados intentos de los emperadores que instalaron la *autocracia*,¹ la época que siguió a la crisis del siglo III se caracterizó por la pérdida de la unidad política y cultural. Paralelamente,

1 La *autocracia* es un sistema de gobierno en el que la voluntad de una sola persona es reconocida como suprema ley. Los emperadores Diocleciano (245-313) y Constantino (272-337) son los casos más ilustrativos de este sistema.

el cristianismo fue ganando adeptos hasta que el propio Estado oficializó esa religión con el propósito de aprovechar la influencia cada vez mayor de la Iglesia. Hacia finales del siglo V, el panorama que ofrecía Occidente presentaba un conjunto de reinos que, oponiéndose unos a otros, trataban de imponer su preeminencia. De todos ellos, solo unos pocos subsistieron, al tiempo que la división entre el mundo occidental y el oriental se volvía más profunda.

En el siglo VIII, la amenaza del mundo musulmán era un hecho. Para enfrentarlo se debía organizar una resistencia eficaz y dejar a un lado las ambiciones de los pequeños reinos. De esa situación surgió la idea de restaurar el Imperio, y Carlomagno, con el apoyo del cada vez más fuerte papado, fue el hacedor de esa restauración. Sin embargo, a su muerte, la disgregación marcó a Occidente de manera distintiva y a eso se sumaron nuevas olas de invasores: el saqueo y la devastación caracterizaron a los invasores musulmanes, normandos, eslavos y mongoles.

EUROPA FEUDAL

Frente a estos ataques, se armó una nobleza guerrera que protegía los territorios que le habían sido entregados por el rey de cada zona. Pero a medida que los defendían, los consideraban como su propiedad privada, y de ese modo se fueron constituyendo los feudos. En palabras de José Luis Romero: “El feudo se caracterizó, en efecto, por ser una unidad económica, social y política de marcada tendencia a la autonomía y destinada a ser cada vez más un ámbito cerrado”.²

El noble o señor del feudo estaba unido al rey, o a otro señor de mayor poder, por dos vínculos que se establecían por un *contrato*, una especie de juramento que se hacía frente a testigos: el *beneficio*, que lo obligaba a no tomar de la tierra que recibía nada más que el

usufructo, es decir, las utilidades o frutos, pero no la posesión (de hecho, esa tierra seguía siendo del rey aunque el beneficio podía ser hereditario); y el *vasallaje*, que suponía una completa sumisión política, ya que el vasallo era enemigo de los enemigos de su señor y amigo de sus amigos. Un señor feudal podía, a su vez, tener bajo vasallaje a otros señores menos poderosos. Junto a la clase señorial se organizaba también jerárquicamente una clase sacerdotal. Los campesinos formaban parte de la clase no privilegiada.

El poderío de los señores feudales se enfrentaba al menguante poder de las monarquías; sin embargo, los reyes nunca renunciaron a su autoridad y hacia 1300 encontraron un aliado poderoso en la naciente burguesía.

LAS CRUZADAS

En este período de división en feudos, la institución que otorgaba cierta unidad era la Iglesia, bajo la autoridad del papa. Como dijimos, el papado ostentaba un creciente poder y tal ascendiente se debía, entre otras cosas, al hecho de que la dinastía carolingia aceptó ser coronada por el papa y, además, le otorgó un territorio.

Ese predominio papal llevó al emperador de Bizancio a pedir ayuda para frenar la amenaza musulmana en Oriente. En 1095, Urbano II reunió en Clermont a los altos funcionarios de la Iglesia y también a los más poderosos señores y organizó la *primera cruzada*, es decir, la guerra contra los infieles para proteger el Santo Sepulcro. Este primer contingente de gentes de toda condición que buscaban la salvación eterna fue masacrado por los turcos en Asia Menor, después de haber marchado hacia Constantinopla saqueando los poblados donde entraban a descansar y alimentarse. En 1097 llegaron a Asia Menor por distintos caminos caballeros normandos, franceses, alemanes y flamencos, se apoderaron de varias ciudades y dos años más tarde tomaron Jerusalén, donde establecieron un reino cristiano.

La *segunda cruzada* fue encabezada por Luis VII, rey de Francia, y Conrado III, de Alemania. La resistencia cristiana cayó en

1187, cuando el sultán Saladino tomó Jerusalén. Este hecho condujo a la *tercera cruzada*, que estuvo plagada de fracasos; fue liderada por Federico I Barbarroja de Alemania (que murió en el camino), Ricardo Corazón de León de Inglaterra y su rival francés Felipe Augusto.

El sentimiento religioso y también el aventurero habían motivado estas guerras contra el infiel. Pero la *cuarta cruzada*, de 1204, fue motorizada por el interés comercial promovido fundamentalmente por los mercaderes venecianos y condenada por esa razón por el papa Inocencio III.

Se sucedieron en el siglo XIII todavía cuatro cruzadas más. Entre ellas, la *sexta cruzada*, organizada por el emperador de Alemania, ni siquiera tuvo la aprobación de la Iglesia; sin embargo, Federico II negoció con los infieles y logró la recuperación de Jerusalén, excepción hecha del barrio donde se emplaza la mezquita de Omar y de algunos otros territorios.

Las cruzadas representan un punto de cambio en la Edad Media; son, en efecto, una de las causas más importantes del derrumbe del orden feudal. Esto se debe a que las monarquías salieron fortalecidas de estas incursiones, mientras que los nobles señores de los feudos se vieron debilitados, fundamentalmente por el lugar que comenzaba a ocupar el intercambio de dinero y el paulatino ascenso de una poderosa burguesía que se iba asentando en las viejas ciudades romanas y en otras de construcción reciente.

Respecto de lo cultural, estos viajes produjeron una apertura del cerrado y rudo mundo feudal a los refinamientos de la cultura oriental. Pero, también, provocaron una reorganización del mundo del castillo, en el que quien quedaba a cargo era la “señora del castillo”.³

SEÑORES DE HAZAÑAS

Si buscamos en el *Diccionario de la Lengua Española* el significado de la palabra “hazaña” con la que titulamos este apartado,

18 3 Sobre este punto profundizaremos en los párrafos siguientes.

encontramos lo siguiente: “acción o hecho, y especialmente hecho ilustre, señalado y heroico”. En esta definición están presentes los elementos indispensables del gran género literario en el que se incluyen los relatos que aquí presentamos. Nos referimos a la **épica**.

La épica tiene su origen en la Antigüedad griega y se emplea para designar extensos poemas narrativos que refieren hechos heroicos, como los narrados en la *Iliada* y en la *Odisea*, de Homero. El primer poema se detiene en el último año de la mítica guerra de Troya; el segundo, en el difícil regreso de los héroes argivos, a sus respectivas patrias. La *Odisea*, entonces, cuenta el periplo de Odiseo (Ulises, su nombre latino) a Ítaca, su hogar.

Si bien la épica puede tomar como tema mitos, leyendas heroicas o doctrinas religiosas, la poesía épica se centra en las hazañas de los héroes nacionales y transmite en sus versos los valores y las tradiciones que hacen posible la identificación de los miembros de una comunidad.

¿Quiénes son estos héroes? En principio son eximios guerreros, pero, también, son de origen ilustre o divino —como el semidiós Aquiles, hijo de la ninfa Tetis y el mortal Peleo—, y destacan por sobre el resto por su valentía, su nobleza, su fuerza, su inteligencia y su belleza física.

Si nos acercamos a la época que nos ocupa, la Edad Media, sabemos que Carlomagno, movido por un interés puramente histórico, mandó coleccionar y escribir los “antiguos cantos bárbaros”, que versaban sobre los héroes de la época de las invasiones. A su vez, Carlomagno fue transformado en héroe del Medioevo en los cantares de gesta franceses, como la *Canción de Roldán*, hacia finales del siglo XI.

Estos héroes (Carlomagno, el Cid Campeador, Roldán) entran en la literatura agigantados por su audacia insuperable y justificados por su guerra contra el infiel.

Los poemas de la épica medieval, por otra parte, estaban compuestos en las lenguas vulgares en desmedro del latín y esta es una de las razones por las cuales fueron ensalzados durante el Romanticismo.

Los escribían poetas profesionales —monjes o poetas de las cortes— que después los hacían circular oralmente por medio de los juglares. Así, se ha intentado mostrar que la canción de gesta francesa surgió a lo largo de las vías de peregrinación y que los juglares que las recitaban eran portavoces de los monjes. Estos tomarían la materia de las canciones de gesta de los anales del monasterio.⁴ Influyeron, como dijimos, las cruzadas y los valores de la sociedad feudal; pero la creación y la supervivencia de los poemas o cantares épicos solo se comprenden cuando se toman en cuenta todos estos factores: peregrinos, monjes, caballeros, burgueses, campesinos y juglares.

Volviendo a nuestros héroes, observaremos que la épica española y los cantares de gesta franceses difieren de lo que se conoce como “materia de Bretaña”, de donde se elabora el ciclo de Arturo y la historia de Tristán. Estos héroes se alejan del realismo que observamos en el Cid para incorporar elementos mágicos y la idea del amor cortés, mucho más adecuados para el público femenino.

Lo que sucedía, simplificando mucho este complejo proceso, era que la cultura de las cortes medievales, cuando la caballería ya se había convertido en un grupo cerrado al que no se podía acceder desde afuera, era una cultura específicamente femenina. Eran las mujeres cortesanías las que protegían a los poetas (por ejemplo, María de Champaña a Chrétien de Troyes) y eran también ellas las que consumían las novelas bretonas del ciclo de Arturo, ya no escuchándolas de la boca de un juglar sino leyéndolas. Surgió de esta manera la lectura privada, consumida en especial por las damas.

A la par de los valores caballerescos —generosidad para con el vencido, protección del débil, cortesía y galantería, desinterés, desprecio por el provecho y las ventajas, corrección deportiva, fidelidad y **vasallaje al rey o al señor**—, se observa en el ideal cultural caballeresco

4 La idea del Romanticismo acerca de que las canciones de gesta o los largos poemas épicos fueran una creación comunitaria y popular ha sido descartada, especialmente por Joseph Bédier, tal como lo explica Arnold Hauser en su siempre consultada *Historia social de la literatura y el arte*.

el **vasallaje de amor**. Por eso, encontramos a Tristán superando los mil y un obstáculos para encontrarse con Isolda y realizar este amor adúltero, lo mismo que sir Lancelot busca el amor de Ginebra, la esposa de Arturo.

Los héroes se entregan a una dama, sea su esposa o aquella que los sumirá en las más dolorosas torturas del alma, y a una causa: la salvación de un grupo, de una nación, de una cultura o del universo. En efecto, si miramos al pasado y llegamos al presente, la historia de la literatura y la del cine y la televisión nos ofrecen héroes en los que confiamos y que con más o menos poderes nos protegen de aquello que en ese momento sea la encarnación del mal. Así nos encontramos con los personajes de *El señor de los anillos*, y con Superman, Spiderman, los cuatro fantásticos, Wonder Woman, Terminator...

[Canción de Roldán]



residua
ativas p
parece
incréd
dent
falola

La *Canción de Roldán* fue apuntada probablemente hacia el fin del siglo XI y constituye el mejor exponente de las canciones de gesta francesas, es decir, de los poemas épicos cuya acción transcurre durante el reinado de Carlomagno.

Carlos el Grande o Carlomagno (2/4/742-28/1/814), miembro de la dinastía Carolingia, fue hijo de Pipino el Breve, accedió al trono franco en el año 768 y obtuvo el control exclusivo del reino a la muerte de su hermano Carlomán I, en 771. Conquistó a los lombardos y a los sajones paganos, a los que cristianizó. Su continua expansión del Estado franco, su estrecha alianza con el papado y el deseo del papa León III de un emperador occidental para contrarrestar Bizancio culminaron en la coronación de Carlomagno como emperador, en la Navidad del año 800. Su corte en Aquisgrán —que se encuentra en la actual Alemania, en el límite con Bélgica y con los Países Bajos— fue un centro intelectual, político y administrativo después de 794. Hubo allí un círculo literario de poetas y eruditos que, de acuerdo con el historiador húngaro Arnold Hauser,¹ desarrollaron un programa que intentaba dar nueva vida a la Antigüedad.

La materia de la *Canción de Roldán* se desarrolla a partir de un hecho histórico: la aniquilación de la retaguardia del ejército del

1 En: *Historia social de la literatura y el arte*. Madrid, Guadarrama, 1962.

futuro emperador en Roncesvalles, en los Pirineos, en 778, por los montañeses vascos (en el poema, sin embargo, los vascos son presentados como sarracenos). Más tarde, Carlomagno consideró indispensable, para la seguridad de los francos, acometer nuevamente contra los vascos y logró tomar la región situada entre el río Ebro y los Pirineos. Allí estableció una de las “marcas” (de ahí proviene el cargo de “marqués”, el que mandaba en la marca) o provincias fortificadas que servirían como límite defensivo del Imperio. En realidad, el encuentro de Roncesvalles parece haber sido una pequeña escaramuza, pero la *Canción* lo magnifica y le da un estatuto heroico.

El manuscrito del poema, de 4.000 versos, es anglonormando y suele atribuirse a un poeta normando llamado Turolfo, nombre con el que cierra el último verso del poema: “Aquí termina la gesta que Turolfo firma”. El poema tiene un carácter a la vez heroico, nacional y religioso, puesto que los pares de Francia luchan tanto por Carlomagno como por la fe cristiana.



El Imperio Carolingio. Conquistas de Carlomagno.

medic
ativas
parece
incred
dent
Tahola?

Los mensajeros de la guerra

Eran épocas de Carlomagno, el emperador más grande y valiente del que se tenga memoria; el rey de los francos, que dominaba con su poderoso ejército y su infalible espada, la mitad del mundo conocido en ese entonces: el Occidente, lo que hoy llamaríamos Europa occidental y central.

Sus huestes,¹ a caballo o a pie, eran temidas y respetadas; sus tropas, admiradas por todo aquel que tuviera la gracia de verlas. Por eso Carlos, a quien el papa León III había ungido² como emperador de Roma, podía disfrutar de un reinado opulento, aunque su mayor ambición consistía en agrandarlo, correrle los límites más y más, y no solo eso, sino también cristianizar a los pueblos que profesaban otra fe. El rey Carlos I era un cristiano ferviente y pensaba con seriedad en convertir a toda la humanidad a la religión católica.

Paulatinamente, las poblaciones que le rendían tributo³ iban conformando un gran imperio, rico en territorios y lenguas, que bajo su conducción fomentaba el florecimiento de los valores más altos de la antigua cultura latina, en la cual Carlomagno se había formado.⁴

-
- 1 **Hueste:** ejército en campaña. El término se emplea generalmente en plural.
 - 2 **Ungir:** hacer la señal de la cruz con óleo sagrado a alguien, para denotar el carácter de su dignidad, o para la recepción de un sacramento.
 - 3 **Tributo:** obligación de aportar dinero establecida por la autoridad.
 - 4 La cultura latina en la que se había formado Carlomagno comprendía, tal como explica George Duby en *Europa en la Edad Media*, tres disciplinas de iniciación (el *Trivium*, gramática, retórica y dialéctica) y cuatro disciplinas orientadas a descubrir las leyes misteriosas del universo: aritmética, geometría, astronomía y música. Estas siete vías del saber conducían a la teología, reina de las ciencias.

retórica
átivas
parece
incréd
dent
habla

La base principal de esta cultura era, para el rey, la creencia en un solo Dios verdadero: Jesucristo.

Las sucesivas batallas le habían otorgado a Carlos cierta seguridad: casi todo lo que veía a su alrededor le pertenecía. Las naciones que su padre, Pipino el Breve, había avasallado⁵ tiempo atrás seguían estando a su merced; lo mismo las de su hermano Carlomán, del que heredó vastos territorios después de su temprana muerte. Mucho de lo que deseaba estaba a su disposición, pero no todo. Los musulmanes, esa raza que él aborrecía porque no creían en su mismo Dios, ocupaban la ciudad de Zaragoza, en la península ibérica; cada vez se hacían más fuertes allí, y a pesar de que muchas veces los francos los habían cercado, su poderío era grande, ya que, mediante alianzas con otros temerarios reyes del mundo árabe, lograban mantenerse en su plaza,⁶ por lo que representaban una constante amenaza para Carlomagno, que ambicionaba subyugar⁷ toda España a su poderío.

En ese entonces, la ciudad de Zaragoza tenía por monarca al musulmán Marsil. Hacía siete años que el ejército cristiano lo acosaba por todos los flancos y Marsil temía que de una vez por todas penetraran sus murallas y lo vencieran. El sarraceno⁸ no quería morir y sabía de sobra que al ser vencido correría esa suerte; entonces reunió a su consejo y pergeñó⁹ un plan para salvarse: le haría llegar a Carlomagno una embajada asegurándole que estaba cansado ya de tanta guerra y que a cambio de seguir reinando Zaragoza en paz y sin sus constantes ataques, se convertiría al cristianismo, pero lo haría en Francia, más precisamente en la capilla

5 **Avasallar:** someter a obediencia, dominar.

6 **Plaza:** en el texto se emplea con el significado de espacio, sitio o lugar, que puede estar fortificado para defenderlo del enemigo.

7 **Subyugar:** avasallar, dominar poderosa o violentamente.

8 **Sarraceno:** que profesa la religión islámica.

9 **Pergeñar:** ejecutar algo con mayor o menor habilidad.

de Aix, el día de San Miguel.¹⁰ El engaño consistía en hacer que Carlos abandonara el sitio¹¹ de Zaragoza, empujándolo con esta falsa promesa a que dejara España con su ejército para dirigirse a Francia.

Uno de los amigos de Marsil reflexionó:

—Carlomagno no es tan ingenuo, ¿cómo va a confiar en semejante proposición?

Pero el rey musulmán lo había pensado todo:

—Mandaremos como garantía a nuestra mejor juventud: diez o veinte rehenes, nuestros propios hijos e hijas. También enviaremos regalos: carros repletos de oro, caballos hermosos, joyas. Así el rey no va a desconfiar de nuestra propuesta.

Tanto temor tenía Marsil a la muerte y a la derrota, que no le importó siquiera sacrificar a sus propios hijos...

Sin que mediara demasiado tiempo, la embajada del rey Marsil se encaminó a encontrarse con Carlomagno para conseguir un arreglo. El emperador los oyó atentamente. Los musulmanes iban vestidos con todo lujo. Era una fiesta ver los colores y los brillos con que se presentaban ante la corte de los francos. Pero Carlos no estaba solo. Como siempre, a su lado se encontraba Roldán, su sobrino predilecto, su hombre de confianza, el más valiente de todos sus caballeros y el más querido también por su pueblo. Con Roldán, además de otros muchos caballeros, estaba Oliveros, su amigo íntimo, que era más que un hermano para él. Todos escucharon la propuesta de los enviados de Marsil.

Cuando los musulmanes se retiraron, Carlos se sentó debajo de un pino, como solía hacerlo cada vez que quería reflexionar, y llamó

10 El narrador se refiere a la capilla de Aquisgrán y al 29 de septiembre, festividad de San Miguel arcángel, jefe del Ejército Celestial.

11 **Sitio:** acción y efecto de sitiar, es decir, cercar una plaza o fortaleza para combatirla y apoderarse de ella.

predica
ativas
parece
incréd
dent
Tahola

a su consejo porque quería saber qué pensaban acerca de la increíble proposición que habían oído.

Los condes¹² y los caballeros de confianza se acercaron al emperador. Muchos hombres rodeaban a Carlomagno y todos estaban ansiosos por hablar. Uno de ellos era Ganelón, el padrastro de Roldán, que tenía la cabeza muy alta y los pensamientos muy bajos. Carlomagno habló pausadamente:

—El rey Marsil me ha enviado a sus mensajeros —dijo—. Me quiere dar gran cantidad de su hacienda, oro, camellos, y muchos carros cargados con joyas. Asegura que se hará cristiano y también mi vasallo, pero a cambio de eso me pide que vaya a Aix, mi morada, para convertirse en ese sitio. ¿Qué piensan de eso?

Se oyó un murmullo a coro:

—Hay que tener cuidado...

Parecía que todos los caballeros estaban de acuerdo en no confiar en Marsil y su propuesta. Roldán, casi pegado a su tío, se moría por intervenir. Como el resto, o todavía más, presentía que las buenas intenciones del musulmán eran una terrible farsa. Con ímpetu, habló firme:

—¿Cómo vamos a darle crédito a un pagano que ha luchado contra nosotros tantas veces? ¿Cómo vamos a fiarnos de su lealtad si es nuestro enemigo? Él hizo matar a dos de nuestros hombres... Creerle sería nuestra ruina. Tenemos que seguir con la guerra y no abandonar el sitio a Zaragoza.

Otra vez subió el murmullo. Muchos apoyaban a Roldán: era un hombre valiente y tenía los pensamientos claros, ¿cómo no apoyarlo? Carlomagno bajó la cabeza: pensaba y pensaba.

12 **Conde:** en el siglo VI, los más altos funcionarios administrativos eran recompensados, además de con sus salarios, con tierras de las propiedades reales. Sin embargo, en esa época no se trataba de lo que se conoce como “beneficio” por servicios militares, sino de una donación. Las tierras del rey llegaban a ser, así, menores o iguales que las de sus súbditos.

En eso, el padrastro de Roldán interrumpió la reflexión del rey:

—Si Marsil está dominado, si está acosado y no podría ni queriendo vencernos, ¿por qué no creerle? No hay que oír los consejos que dicta el orgullo, hay que escuchar solo al sensato.¹³

Lo que decía Ganelón iba en contra de lo que antes había expuesto Roldán, pero el resto de los caballeros entendió que este conde solo pedía piedad para el vencido, y a todos les pareció bien, ya que no deseaban que Carlomagno hostigara a Marsil una vez que se hubiera rendido.

Después de pensar un rato, el emperador decidió que lo más conveniente era enviar un mensajero a los musulmanes para que les explicara su posición y, de paso, tratar de desentrañar, mediante un hombre de confianza, las verdaderas intenciones del rey sarraceno.

La empresa era complicada. Si bien Marsil estaba en desventaja, ya una vez había hecho degollar a dos mensajeros de Carlomagno. Llevar las marcas del rey franco era sin duda un honor, pero también un gran riesgo. Los caballeros del consejo se entusiasmaron y levantaron las manos gritando: “¡Quiero ir yo!, ¡soy el indicado!”, a lo que respondió Carlos:

—Elijan entre uno de ustedes al mensajero del rey, yo acataré la votación.

Roldán, que se había quedado molesto con su padrastro por haberlo contradicho, se adelantó y dijo:

—Que vaya Ganelón. Ninguno mejor que él para llevar mensajes.

Ganelón se puso colorado de ira. No podía soportar la afrenta que le hacía su joven hijastro. Sin pensarlo demasiado, furioso y altivo, le respondió:

13 **Sensato:** prudente, cuerdo, de buen juicio.

reduc
ativas
parece
incréd
dent
tahola

—¡Claro que puedo ir! ¿Qué es lo que te encoleriza? ¿Por qué tu odio? Todos saben que soy tu padraastro y sin embargo es tu deseo que vaya a la muerte... Iré, pero si Dios me da la gracia de volver, juro que voy a vengarme por lo que hiciste recién.

Los caballeros se quedaron mudos. Mucha rabia destilaban¹⁴ las palabras de Ganelón. Roldán, que era tan orgulloso como el conde, no tardó en responderle:

—Si es por eso, iré yo. Solo te nombré porque querían que fuera un caballero sensato, y no hay nadie más sensato en este reino que Ganelón.

Carlomagno miró a sus caballeros desconcertado. Aunque sabía que su sobrino no quería a Ganelón, le sorprendió que discutieran de ese modo en su presencia. El rey no quería de ninguna forma mandar con la embajada a Roldán: tenía un gran afecto por él y prefería que se quedara a su lado. Sin titubear, levantó la voz entre el murmullo reinante y decretó que mandaría como mensajero a Ganelón, porque confiaba en su buen tino y reconocía su arrojo y fidelidad.

El padraastro de Roldán estaba enfurecido. La ofensa que había recibido era grande, pero su orgullo lo era más todavía, así que en ese mismo momento le pidió al emperador que le diera su venia¹⁵ para ir hacia el campamento donde esperaban los servidores de Marsil. El rostro de Ganelón reflejaba resentimiento. En su interior deseaba con todas las fuerzas regresar indemne¹⁶ de la misión para poder vengarse de Roldán como lo había prometido...

14 **Destilar:** revelar, hacer surgir lo contenido u oculto.

15 **Venia:** licencia o permiso pedido para ejecutar algo.

16 **Indemne:** libre o exento de daño.

La trampa de Ganelón

Ganelón montó su caballo, lo espoléó con furia y llegó rápidamente al sitio donde estaban los enviados del rey Marsil. No resultaba difícil descubrir las ansias que tenía de encontrarse con los musulmanes. En su corazón anidaba el odio y ya planeaba una trampa para perjudicar a Roldán.

Así como era de prudente, el mensajero de Carlomagno era también insidioso¹ y vengativo. Cuando los vasallos del rey musulmán le preguntaron cuál era la propuesta de Carlomagno, Ganelón les aseguró que el emperador no era un hombre desconfiado y que jamás hubiera pensado mal de Marsil, pero que a su lado siempre estaba aconsejándolo su sobrino Roldán, que era sanguinario y vanidoso, y que por su causa, Carlos se había vuelto receloso del ofrecimiento de los sarracenos.

Cuando los vasallos de Marsil oyeron esto, no dudaron un segundo en llevar a Ganelón cerca de su rey para que él lo oyera con sus propios oídos. El caballero franco veía que muy pronto su maligno plan iba a cumplirse.

Hacia allá fue acompañando a los musulmanes a encontrarse con el rey. Ya no tenía miedo, porque toda su voluntad estaba puesta en las enormes ganas de destruir a Roldán.

Marsil oyó atentamente lo que decía Ganelón:

1 **Insidioso:** malicioso o dañino con apariencias inofensivas.

—La única forma de conseguir la paz con Carlomagno es deshacerse de su sobrino, ya que es Roldán quien le mete en la cabeza esas ideas de guerra y desconfianza que luego lo llevan a trabar batallas interminables. El día en que el emperador no oiga más los consejos de Roldán, la paz con los musulmanes será consumada en el acto.

“¿Será eso posible?”, pensaba Marsil.

Era tan conocida la fama de Roldán, que los enemigos de Carlomagno sabían de antemano que nadie podía interponerse entre tío y sobrino, y que el emperador confiaba en el joven más que en nadie en el mundo.

Ganelón era tan pérfido,² que sin ninguna vergüenza le confesó a Marsil el plan que había pergeñado para quitar de en medio a su hijastro:

—Si los musulmanes le ofrecen al emperador tantas riquezas que él no pueda negarse a aceptar; si le entregan en garantía a sus mejores jóvenes, hijos de personas principales, hijas de caballeros y reyes; si le brindan oro y animales incomparables, pieles, joyas, piedras preciosas, Carlos las aceptará y, por intermedio de mis palabras, no desconfiará de ustedes. Se irá rumbo a Aix con su ejército a esperar que llegue el día de San Miguel para convertir a Marsil. El emperador marchará, sí, pero dejará a la retaguardia³ algunas tropas que lo custodien. Yo puedo conseguir que Roldán dirija esas tropas, que serán exiguas⁴ al lado del ejército que ustedes pueden formar...

Sin ambages,⁵ Ganelón le ofrecía a Marsil que destrozara la retaguardia de Carlomagno para deshacerse de Roldán.

El rey musulmán no lo pensó demasiado. Estaba cansado del acoso de los francos, pero no quería entregar Zaragoza así como así,

2 **Pérfido:** desleal, infiel, traidor, que falta a la fe que debe.

3 **A la retaguardia:** locución adverbial que significa “en el último o en los últimos puestos, retrasado respecto de los demás”.

4 **Exiguo:** insuficiente, escaso.

5 **Ambages:** rodeos de palabras o circunloquios.

y mucho menos convertirse a una religión en la que no creía. Fue entonces cuando, después de entregarle a Ganelón valiosísimos regalos, preparó un gran ejército para enfrentarse a la retaguardia de Carlomagno que, según sus cálculos, tendría muchos menos soldados que sus tropas y muchas menos armas.

El mensajero en el que había confiado Carlos volvió al campamento franco con buenas noticias, aunque en realidad formaban parte de un horrible engaño:

—El rey Marsil acata todos los deseos de nuestro emperador —dijo—. Está dispuesto a darle incontables ofrendas y a seguirlo en su camino a Francia.

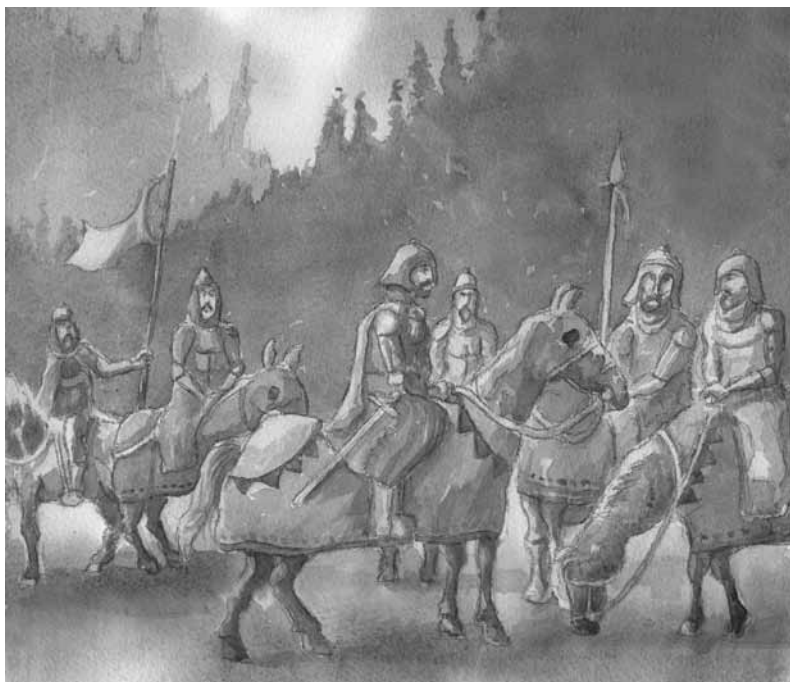
Los caballeros quedaron azorados.⁶ Varios desconfiaron de lo que decía Ganelón, pero Carlomagno le creyó porque siempre se había comportado con justeza. Esa misma noche, el emperador soñó que lo iban a traicionar. No le dio mucha importancia a la pesadilla porque estaba demasiado preocupado en armar su viaje de vuelta a Aix. Después de siete años de asedio a la ciudad amurallada de los sarracenos, deseaba con gran ilusión regresar a su tierra.

Al día siguiente, Carlomagno citó a todos sus hombres para organizar el retorno a Aix. Había que conformar una vanguardia que allanara el camino, un ejército central que cabalgara junto al rey, y una retaguardia que cubriera sus espaldas. Ahí fue cuando Ganelón habló, tratando de disimular su sed de venganza:

—Ya que Roldán, el valiente, me propuso para mensajero del emperador por mi prudencia y cumplí con creces la misión, yo propongo que la retaguardia del rey sea comandada por él, que es el mejor y más valeroso de todos los francos. En manos de nadie estará más seguro nuestro soberano que en las suyas.

6 **Azorado:** sobresaltado, conturbado, inquieto.

Roldán no se opuso, aunque sabía que dirigir la retaguardia en este caso era un insulto a su investidura,⁷ ya que él era el hombre de mayor confianza del rey y, por eso mismo, su deber era estar lo más cerca posible de su persona, aconsejándolo, acompañándolo y protegiéndolo. Era casi una obviedad que Ganelón intentaba perjudicar al sobrino del emperador, pero el orgullo de Roldán no le permitió rechazar la candidatura y prometió ser el mejor soldado de todo el imperio franco para salvaguardar la seguridad de Carlomagno. Solo pidió a cambio elegir libremente a sus compañeros de tropa, entre los cuales incluyó, por supuesto, al duque Oliveros, que además de ser su amigo más íntimo, era también el hermano de su prometida, la joven Alda.



7 **Investidura:** carácter que se adquiere con la toma de posesión de ciertos cargos o dignidades.

El cuerno de Roldán

Roldán formó su tropa. Quería llevarse con él a los francos más valientes y fieles. Algo en su corazón le decía que no iba a ser tarea fácil dirigir la retaguardia del rey, pero estaba tan confiado en sus habilidades marciales y en las de sus amigos, que dejó atrás esos pensamientos oscuros y montó su caballo dispuesto a dar la vida para proteger a Carlomagno.

El sobrino del emperador no era un improvisado. A pesar de su corta edad, tenía experiencia en la guerra y, lo más importante, no conocía el miedo. Por ahí se decía que su vanidad era proverbial,¹ aunque, por más que pudiera ser cierto, el pueblo lo adoraba y lo seguía. Era alto, su pelo castaño se transformaba en dorado cuando el sol le caía encima. No solía sonreír: para eso estaban las mujeres. Hablaba poco, lo justo para ganarse la estima del rey, que no tomaba ninguna decisión antes de consultarlo. Claro que esta situación de cercanía con Carlos le había granjeado varios enemigos. Roldán no se quejaba: sabía que la envidia y las habladurías eran condición de su familiaridad con el rey. Su pecho ancho y tenso guardaba muy adentro sentimientos hermosos hacia Carlomagno, hacia su amigo Oliveros y hacia Alda. Eran emociones sinceras y limpias, que solo dejaba salir cuando estaba con ellos en soledad. Nadie podía asegurar que Roldán fuera sentimental, porque frente a todo el mundo se mostraba como un joven valiente y temerario, siempre dispuesto a pelear por la causa de los francos, o sea, la de su tío, al que tanto amaba.

1 **Proverbial:** muy notorio, conocido de siempre, consabido de todos.

Allí fueron siguiendo a Carlomagno, Roldán, Oliveros y muchos más, todos condes y barones² principales que se habían unido a la retaguardia por admiración y respeto al sobrino del rey.

Iban a ser jornadas duras y peligrosas, salvando picos³ sinuosos, atravesando desfiladeros⁴ estrechos, uno de los cuales, el de Roncesvalles, era legendario por su dificultad y angostura. Al emperador le preocupaba dejar a su mejor hombre en la retaguardia, lejos de su vista. No podía olvidar aquella pesadilla que le había vaticinado una terrible traición: “¿Qué será?”, pensaba. Algo le decía que Roldán podría estar en problemas; por eso, antes de partir le dio un majestuoso cuerno,⁵ cuyo sonido se oía a leguas⁶ de distancia.

—Sobrino querido —le dijo—, no dudes en tocar este cuerno si te ves en peligro. Todos mis hombres irán en tu ayuda y yo mismo acudiré para salvaguardar tu vida...

A Roldán, que se sentía impetuoso e invencible, le pareció una tontería la oferta del rey, pero no quiso contradecirlo y aceptó el cuerno.

—Nadie en el mundo podría cuidarte como yo —le dijo a su tío—. Y nadie en el mundo es capaz de vencerme.

Carlomagno había bajado la cabeza. Pese a tener el cuerno en su poder, Roldán era orgulloso, y tocarlo sería, seguramente, lo último que haría, aun estando en peligro su propia vida.

El grueso de los soldados se alejó.

Carlomagno iba adelante, con muchos hombres bien armados: un cuerpo de caballería enorme que refulgía bajo del sol caliente.

2 **Barón:** título de dignidad, de más o menos preeminencia según los diferentes países.

3 **Pico:** cumbre aguda de una montaña.

4 **Desfiladero:** paso estrecho entre montañas.

5 **Cuerno:** instrumento musical de viento, de forma corva, generalmente de cuerno, que tiene el sonido como de trompa.

6 **Legua:** medida itineraria, variable según los países o regiones, definida por el camino que regularmente se anda en una hora, y que en el antiguo sistema español equivale a 5.572,7 metros.

Casi una legua separaba al emperador de su retaguardia. Atravesando un valle, Roldán miraba seriamente el camino sin poder distinguir ya la figura de su tío que se desvanecía por la gran distancia. Los hombres de su tropa eran unos cuantos miles, arrojados y resueltos, todos listos para defender con espadas bien afiladas la vida del soberano.

En medio de la farragosa⁷ marcha, Oliveros tuvo una corazonada y dio media vuelta con su caballo para atrasarse unos metros. De la misma forma que el ejército franco hacía refulgir sus armaduras bajo el sol, algún otro ejército despedía destellos allá lejos, al norte, siguiéndolos. Eran, sin duda, cientos de miles, ya que el reflejo de la luz sobre ellos simulaba un descomunal espejo en medio de las montañas.

Oliveros, tan joven como Roldán, pero mucho más prudente, aguijonó la grupa de su animal y llegó pronto al lado de su amigo. Estaba agitado, nervioso. Sin detener el andar de los caballos que avanzaban al trote, dijo:

—Amigo mío, vienen siguiéndonos, y no creo que sea en son de paz. Detrás de nosotros cabalgan miles de musulmanes. Galopan hacia acá. Seguramente quieren trabar una lucha contra los francos en el desfiladero, sitio que conocen mucho más que nosotros.

Roldán movió la cabeza. Lo que le decía su compañero era una locura, una verdadera demencia. ¿Quiénes querrían seguirlos? ¿Por qué razón? Detuvo su caballo en seco, miró atrás con desprecio y, aunque creyó ver un resplandor, no le pareció amenazante.

—No es nada, Oliveros. Quizás unos mercaderes que siguen nuestra misma ruta.

—¿Mercaderes? —se agitó su amigo—. Los mercaderes no van armados ni son tantos. Por el Dios que te dio vida, Roldán, hay que

7 **Farragoso:** que tiene farrago, es decir, conjunto de cosas o ideas desordenadas, inconexas o superfluas.

tocar el cuerno. Son los musulmanes que vienen a destruirnos. ¡Hay que tocar el cuerno!

Varios caballeros detuvieron su cabalgadura para ver a qué se refería el conde Oliveros. Era innegable: unos trescientos mil sarracenos venían directamente a atacarlos, con sus espadas en alto y sus escudos cubriéndoles la mitad del cuerpo. El polvo que levantaban los caballos y aquellos miles de pies sobre la tierra formaban una densa nube que ascendía lentamente al cielo.

—¡Hay que tocar el cuerno! ¡Hay que tocar el cuerno! —seguía gritando Oliveros, sabiendo de sobra que quien debía tocarlo era únicamente Roldán, ya que él lo llevaba y, además, sus vigorosos pulmones no tenían rival en la obtención del fortísimo sonido capaz de atravesar leguas de distancia para llegar a oídos de Carlomagno.

Por un momento, Roldán pareció indeciso. Miró a los enemigos que se acercaban aceleradamente. Contó la cantidad de soldados que formaban su tropa, observó las armas que llevaban. Su propia espada, Durandarte, que nunca le había fallado, volvió a ver el terror en la cara de Oliveros, la incertidumbre en las de sus compañeros. ¿Qué debía hacer? Tocar el cuerno significaría mostrar una debilidad, ser un cobarde frente a su tío, y él no quería parecer lo que no era. ¿Acaso no eran ellos los mejores francos? ¿No eran los más valientes, los más fuertes de todo el ejército de Carlomagno? Ellos podían enfrentar al doble de gente; al triple también. Si eran cien mil musulmanes los que los acosaban, darían muerte a cien mil. Si eran doscientos mil, matarían a doscientos mil. En eso estaba pensando Roldán, cuando oyó nuevamente la voz de su amigo, que más que amigo era un hermano para él:

—Esto es obra del traidor Ganelón, ¿no ves, amigo, que te ha entregado? ¿No ves que hizo que estuvieras en la retaguardia para librarse de tu presencia? Van a aplastarnos si ese cuerno no suena, Roldán. Todos vamos a morir a causa de tu orgullo desmedido.

Roldánapuró a su caballo y levantó su espada en alto:

—¡Por Carlomagno vivimos, por Carlomagno daremos la vida si es necesario! —gritó.

Oliveros, que lo seguía de cerca, alcanzó a decirle:

—Con tu grito, querido amigo, se acaba de firmar nuestra sentencia de muerte. Sé que no voy a estar vivo para ver el regreso de esta tropa a Francia, pero si lo estuviera, si llegáramos a salvarnos por esta vez, juro que no voy a permitir que vuelvas a tocar a mi hermana. Tu vanidad hoy sacrificará demasiadas vidas. No quiero que mi familia pague las deudas de semejante fanfarronería.

Después de oírlo, Roldán hizo un gesto altivo y siguió arengando a sus soldados que, con las espadas fuera de las vainas, se disponían a atacar a los vasallos de Marsil.

La lucha en los desfiladeros

Efectivamente, el enemigo estaba mejor armado y sus fuerzas eran ampliamente superiores. Los musulmanes, con sus capitanes a la cabeza, revoleaban sus pendones¹ y hacían que sus caballos se pararan en dos patas para mostrar la furia que los dominaba. Así, acorralaron a los cristianos en Roncesvalles, una quebrada² que fue una gran trampa para los súbditos de Carlos.

Los cristianos eran aguerridos, esforzados, pero por cada uno de ellos había al menos cuatro sarracenos.

Se entabló una lucha feroz. Al grito de “¡Monjoya!”,³ Roldán arengaba a sus hombres. La expresión surtía efecto en el campo de batalla: los francos se mostraban dúctiles en el uso del escudo y la espada y resistían con gran valor las embestidas musulmanas, pese a lo cual comenzaron las bajas francas, porque era inevitable que así fuera.

Oliveros ya no estaba enojado. Su sed de pelea podía más que su ofuscación. Blandiendo su espada, hería a muchos enemigos y los dejaba desparramados en la tierra pidiendo clemencia. Roldán hacía lo propio. Su majestuosa figura amilanaba⁴ a sus rivales que, al darse

1 **Pendón:** insignia militar que se emplea como distintivo.

2 **Quebrada:** dicho de un terreno, de un camino, etcétera, desiguales, tortuosos, con altos y bajos.

3 **Monjoya o Montjoie** era la divisa (lema o mote que se expresa unas veces en términos sucintos, otras por algunas figuras, y otras por ambos modos) y el grito de guerra de Carlomagno.

4 **Amilanar:** intimidar, amedrentar, provocar miedo.

cuenta de que ese hombre era el sobrino del rey, corrían para no enfrentarlo. Su fama lo precedía en buena hora.

La lucha continuaba. Los condes y barones francos mostraban ya signos de cansancio. Las horas de combate hacían mella en ellos. Heridos y sedientos, buscaban a Roldán para que tomara una decisión antes de que fuera demasiado tarde. Si bien los francos no cejaban en su pelea, la superioridad numérica de los hombres de Marsil era demasiada y, poco a poco, Roldán advirtió que solo algunos de sus hombres más fuertes estaban aptos para continuar la contienda; el resto, que constituía el grueso de su ejército, se había desperdigado entre las rocas buscando refugio o yacía en el polvoriento suelo.

Los musulmanes avanzaban más y más. Oliveros y Roldán resistían, laceraban a muchos enemigos, no descansaban, pero solos no podrían resistir demasiado. Los soldados que continuaban peleando no dejaban de mirar al sobrino del emperador suplicándole con los ojos que hiciera algo antes de que esa batalla se convirtiera en una masacre de francos.

Roldán llamó a Oliveros y le dijo:

—¿Debería tocar el cuerno, amigo?

Su compañero no quiso ni mirarlo.

—Vas a salvar a algunos tocándolo. A mí me da igual, yo ya estoy muerto. El momento para tocarlo era antes y no ahora.

Tembloroso y casi con lágrimas en los ojos, Roldán empuñó firmemente el cuerno y lo tocó. Sopló con todas sus fuerzas. Tanta era su angustia, que más que el sonar de un cuerno el sonido pareció el descomunal llanto de un gigante.

Los hombres de Carlomagno lo oyeron y se lo comunicaron enseguida al rey. Ahí supo el emperador que su sueño no había sido incierto: Roldán estaba en problemas. Alguien lo había traicionado.

El final

El grueso de las tropas francas dio marcha atrás. La vanguardia, que contaba en sus filas con miles de soldados, y la guardia imperial que acompañaba a Carlos, todavía más nutrida que la anterior, comenzaron a girar lentamente para retroceder hacia los desfiladeros. Eran muchos y muy bien armados, y por eso mismo la vuelta se tornaba dificultosa y desordenada. En el viento sonaban los destemplados gritos de mando que daban los caballeros principales de Carlomagno. Todo era urgencia, todo era temor.

Al querer penetrar en Roncesvalles, la estrechura conformaba un embudo por donde era imposible entrar: las ansias le jugaban una mala pasada al ejército franco. Carlos estaba nervioso. Una lágrima de desesperación le corrió por la mejilla. “¿Qué he hecho?”, se preguntó. Ignoraba el desastre en el que se sumía su retaguardia y, pese a eso, su corazón le decía que jamás iba a volver a ver vivo a su sobrino.

En Roncesvalles, la lucha estaba perdida para los cristianos. Lo mejor que podían hacer Roldán y los suyos era escapar, pero el valiente franco nunca se rendiría, y mucho menos huiría del campo de batalla. Con sus fuerzas mermadas,¹ seguía batiendo su leal Durandarte, que estaba empapada de sangre infiel. Oliveros hacía lo propio: su habilidad con la espada era extraordinaria. Si algún distraído los hubiera visto en la contienda, habría pensado que Roldán y Oliveros

1 **Mermado:** bajo, disminuido, consumido.

eran gemelos. Sus cuerpos altos y robustos, sus cabezas castañas, la elasticidad de cada movimiento que hacían y la exactitud con que asestaban los golpes al enemigo, eran idénticos en uno y otro. Cada tanto los dos amigos se buscaban con la mirada: querían protegerse mutuamente. Tenían el convencimiento de que no había vida posible si uno de los dos perecía en esa guerra.

De pronto, por detrás de Oliveros apareció montado en un caballo negro el tío de Marsil, un califa² feroz al que todos temían por su rudeza en el combate. Antes de que el conde se percatara de su presencia, le propinó un tremendo golpe en la espalda, valiéndose de su pesada espada. El golpe traspasó la armadura de Oliveros: tal era su potencia y tan sólida el arma del musulmán. Aunque sintió la herida mortal asestada por su enemigo, Oliveros, con las pocas fuerzas que le quedaban, elevó su lustrosa espada, que se llamaba Altaclara, hizo girar su cabalgadura al punto y le infligió al califa un tremendo corte en medio de la cabeza. Con eso se libró de él. Tanta era su rabia que, como un animal salvaje, blandió el filo de Altaclara lastimando a muchos sarracenos. Gritaba:

—¡Monjoya! ¡Monjoya!

Simulaba no tener dolor, pero su laceración le carcomía el cuerpo y bien sabía que no le quedaba mucho tiempo. En cuanto pudo, llamó a Roldán y le dijo:

—Amigo mío: hoy nos separaremos con gran dolor.

Roldán lo miró a los ojos: estaba lívido,³ le corría sangre por el cuello.

Tanta impresión le causó al sobrino de Carlomagno ver en semejante situación a su compañero, que se desmayó, así como estaba, montado en su caballo.

2 **Califa:** título de los príncipes sarracenos que, como sucesores de Mahoma, ejercieron la suprema potestad religiosa y civil en algunos territorios musulmanes.

3 **Lívido:** intensamente pálido.

Oliveros agonizaba. Por esos instintos que despierta en el hombre la cercanía de la muerte, con la vista nublada y ya casi sin aliento, al sentir un cuerpo cerca del suyo intuyó la presencia del enemigo, y con el último soplo de energía que le quedaba golpeó con fuerza el bulto que se le acercaba, pero esa figura no era la de un contrincante, sino la del propio Roldán que estaba a su lado.

—Compañero —le dijo con suavidad—, ¿no te dabas cuenta de que era a mí a quien golpeabas? Soy Roldán, soy tu amigo.

Oliveros ya no veía nada. Con un hilo de voz débil y tembloroso, le pidió perdón a su compañero y, acto seguido, cerró los ojos.

Roldán sintió que el cielo entero se le venía encima. ¿Por qué le pasaba esto? ¿Acaso no había sido un vasallo fiel? ¿No había luchado con entereza contra los musulmanes defendiendo a Dios y a su emperador? Por un momento, volvió a su recuerdo la frase agorera de Oliveros: “Todos vamos a morir a causa de tu orgullo desmedido”.

Su amigo, finalmente, tenía razón. Él era valiente, temerario, leal, pero más que todo eso era orgulloso y por su orgullo se habían perdido muchas vidas valiosas. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Pensó: “No puedo rendirme ahora, tengo que seguir adelante por la memoria de mis soldados, y por la de Oliveros”. Se sentía débil, pero aun con su debilidad espoleó a su caballo y gritó por última vez:

—¡Monjoya!

Pocos franceses quedaban en el campo de batalla. La mayoría había huido. Los musulmanes, envalentonados, herían con ferocidad a los soldados que todavía resistían las embestidas. Roldán cabalgó entre las huestes sarracenas y, con Durandarte en su diestra, laceró a hombres y caballos. Sus últimas fuerzas iban a ser empleadas en destruir a los paganos y en dar así cumplimiento a las órdenes de su tío Carlos, quien se hacía esperar más y más, claro, porque el embudo en que se había convertido el desfiladero de Roncesvalles impedía al ejército franco acercarse con celeridad.

Miles de musulmanes cayeron por causa de Durandarte. A cientos de ellos Roldán los hirió, y a otros tantos les quitó la vida. Su figura, altiva y recia sobre su caballo, se recortaba entre las rocas afiladas de la montaña. Parecía ser el último de los franceses que estaba en pie. Parecía que el caballero más valiente del ejército franco era también el único sobreviviente. Y, de pronto, varios caballos avanzaron contra él levantando una espesa nube de polvo que lo tapó por completo, y ya no se lo volvió a ver.



La llegada de Carlomagno

El emperador Carlos se despertó muy temprano. Era un día claro y pronto verían el desastre de Roncesvalles. No quería seguir avanzando, se le contraía el pecho de dolor porque presentía que solo iba a hallar muerte y decepción en el desfiladero.

Pero era un rey, el más grande del que se tenga memoria, y su deber consistía en llegar a Roncesvalles, aunque sabía de la horrible carnicería con que se iba a encontrar.

En efecto, eran tantos los muertos, tantos cuerpos y armaduras desperdigados por el suelo, tantos pendones y espadas quebrados, tantos cascos y escudos rotos, que fue compleja la tarea de dar con su sobrino.

Carlomagno reconoció el pelo castaño de Roldán, ese maravilloso destello que despedía cuando el sol lo acariciaba desde el cielo: ahí estaba su sobrino, en el suelo polvoriento, herido de muerte, blanco como una nube.

El emperador se acercó al cuerpo inerte de su súbdito predilecto. Lo agarró de las manos, como hacía cuando Roldán estaba vivo, y le dijo llorando:

—Amigo: Dios tenga piedad de tu alma. Fuiste mi mejor caballero. Con tu muerte, mi honor ha iniciado su decadencia.¹ Pobre de mí. Pobre del pueblo de Francia...

Y con estas palabras, agachó la cabeza y se secó dos lágrimas tibias antes de que cayeran sobre el pelo de Roldán.

1 **Decadencia:** declinación, principio de debilidad o de ruina.

El Cid Campeador



predecir
a través
parece
incrédulo
dentro
Tabla

El *Poema de Mío Cid*, tal como ha llegado hasta nosotros, consta de 3.730 versos organizados en tres cantares: Cantar primero, *Destierro del Cid*; Cantar segundo, *Bodas de las hijas del Cid*; Cantar tercero, *La afrenta de Corpes*. Sin embargo, la gesta completa debió tener muchos más versos. Fue el hispanista gallego Ramón Menéndez Pidal (1869-1968) quien, entre otras tantas investigaciones acerca del *Poema*, reconstruyó los fragmentos faltantes: dos páginas y el comienzo de la obra que, de acuerdo con el manuscrito firmado por un tal Per Abbat en 1307, inicia con los siguientes versos: “De los ojos tan fuertemente llorando, / tornaba la cabeza y estábalos mirando”.

De las varias teorías propuestas acerca de la antigüedad y la autoría del poema, se ha aceptado la que lo fecha entre finales del siglo XII y comienzos del XIII, y lo atribuye a un único autor, tal vez, un clérigo que conocía muy bien la región de Burgos y que lo escribió para los habitantes de esa ciudad. En cuanto a la lengua en la que está escrito, los estudiosos realizan dos observaciones. La primera se refiere al hecho de que en la época en que fue escrito el castellano (al igual que los otros dialectos romances, es decir, los que derivan del latín vulgar) no había alcanzado un alto grado de fijeza; entonces, por ejemplo, se encuentra la *flatina* en posición inicial (*falcón* en lugar de *halcón*). La segunda recuerda la dificultad de remontarnos al texto original, de modo que se debe tener en cuenta que cada manuscrito incluye alguna particularidad de la época y del lugar en el que fue escrito.

Así como la *Canción de Roldán*, las hazañas del Cid tienen fundamento en acontecimientos y personajes históricos. De hecho, El Cid es el nombre popular con el que se conoce a Rodrigo Díaz de Vivar, quien nació en Vivar en 1043 y murió en Valencia en 1099. Este jefe militar es el héroe nacional de España, honor que, de acuerdo con la *Enciclopedia Británica*, se debe a la “exageración de su rol histórico por parte de los cronistas”. En efecto, ya en vida de Rodrigo Díaz se escribió en el monasterio Santa María de Ripoll (Cataluña) el *Carmen Campidoctoris*, que data de 1093 o 1094 y del cual se conservan 129 versos. Hacia 1110, once años después de la muerte del héroe, un testigo presencial escribió una pequeña crónica, la *Historia Roderici*. También se conocen unos relatos que son considerados como “la leyenda negra del Cid”, puesto que lo presentan casi como un forajido al servicio de los musulmanes y como totalmente falto de voluntad para ayudar a Alfonso VI en su lucha contra los invasores almorávides.

Volviendo al sujeto histórico, Rodrigo Díaz fue soldado en las guerras de Navarra y en el cerco de Zamora, donde murió Sancho II. En 1081 sufrió el destierro por orden de Alfonso VI. Las causas de la aversión que el monarca sentía por el Cid no son del todo conocidas. Al fin y al cabo lo casó con su prima, Jimena Díaz, hija del conde de Oviedo. Con ella tuvo dos hijas, María y Cristina, y un varón, Diego, que murió joven peleando al lado de Alfonso VI.

Durante su destierro, Rodrigo Díaz estuvo al servicio del rey moro de Zaragoza. En 1086, España sufrió la invasión árabe desde el norte de África, y Alfonso VI se reconcilió con el mejor general cristiano; fue entonces que perdonó al Cid en 1087. Con todo, Rodrigo no participó en las batallas contra los almorávides, sino que se dedicó a la conquista del reino moro de Valencia. Lo logró en 1094 y administró el reino hasta su muerte, tras la cual Valencia volvió a caer en manos de los musulmanes. Los restos del Cid fueron llevados a Castilla y fueron vueltos a enterrar en el monasterio de San Pedro de Cardeña.

predica
ativas
parece
incréd
dent
Tahola

Un destierro inesperado

El hombre, montado a caballo, giró la cabeza una vez más: su vida cambiaba para siempre. Atrás quedaba Burgos, su tierra. Lejos, empequeñeciéndose con la distancia, se divisaban los techos de aquella heredad¹ amada que lo había visto nacer. Una lágrima amagó con salirse de los ojos, pero no. Él no podía llorar, no era momento. Rodrigo Díaz de Vivar tenía nueve días contados para irse de Castilla, eso había mandado decir el rey. Nueve días: poco tiempo para algunos. Para él, una eternidad.

España vivía sumergida en la más feroz de las turbulencias.² Hasta no hacía mucho, el rey Fernando³ mantenía unidos los territorios bajo su férreo⁴ gobierno. Las peores batallas eran las que se libraban contra el enemigo extranjero, el que intentaba imponerles una nueva religión y unos ídolos que les eran extraños a los españoles. El árabe, que penetró la península desde el sur, tenía asiento en varias ciudades que gobernaba a su gusto: Zaragoza era una de ellas. En tiempos de Fernando, la sangre unida de los ibéricos⁵ había intentado

1 **Heredad:** hacienda de campo, bienes raíces o posesiones.

2 **Turbulencia:** confusión, alboroto o perturbación.

3 Fernando I el Magno (1016/1018-1065) fue rey de Castilla y de León. Hijo de Sancho Garcés III de Navarra, a la muerte de su padre, en 1035, heredó el trono de una Castilla desmembrada. Durante su reinado logró reunir extensos territorios de España y de Portugal bajo su dominio. Sin embargo, cometió el mismo error que su padre: dividió lo que había reunido entre sus hijos, lo que condujo a nuevas contiendas entre cristianos.

4 **Férreo:** duro, tenaz.

5 **Ibérico:** natural de la península ibérica.

salvaguardar los límites interiores del país, proclamando un reinado poderoso, pero, a poco de morir, el monarca repartió sus posesiones en cinco, como cinco eran sus hijos, y desde ese momento comenzó una guerra más cruel todavía: la de las envidias entre hermanos. A Alfonso, el primogénito,⁶ le dejó el reino de León; a Sancho, el de Castilla; a García le dio Galicia; a Elvira, Toro, y a Urraca, le entregó Zamora.

Rodrigo Díaz nació en Vivar, en la provincia de Burgos, una tierra enclavada bien al norte de España. No era noble, porque tampoco lo fueron sus antepasados, aunque por la fidelidad que su familia tenía hacia el rey Fernando, había sido criado en la corte a la par del joven Sancho, que sentía un gran cariño por él. Desde chicos, Sancho y Rodrigo compartían las mismas distracciones y juegos. Ya entrados en la adolescencia, salían de caza y se ejercitaban juntos. Cuando Sancho subió al trono de Castilla, Rodrigo se convirtió en su mano derecha, protegiéndolo en las batallas, aconsejándolo y siéndole leal en todo momento. De esos tiempos llegaban sus mejores recuerdos: Rodrigo se había convertido en caballero, su fama de eximio⁷ luchador excedía los límites de Burgos y nadie se atrevía a atacar a Sancho por temor a una venganza de su amigo inseparable... Así pasaban los días, hasta que el fantasma de la ambición tocó a la puerta del rey de Castilla y le hizo preguntarse por qué su hermano Alfonso había heredado León, que era un reino más poderoso que el suyo. Fue entonces que, con ayuda de Rodrigo, se lanzó a la guerra contra su hermano, con el afán de reunir nuevamente las tierras de su padre Fernando. Después de vencer a Alfonso, fue contra García, contra Elvira, y más tarde contra Urraca, la única que osó resistirse y que conservó su heredad, Zamora.

6 **Primogénito:** se dice del hijo que nace primero.

7 **Eximio:** muy ilustre, excelso, de singular excelencia.

Después de hostigar⁸ León, Galicia y Toro, Sancho consiguió vencerlas, pero como su corazón era noble, no lastimó a ninguno de sus hermanos. Desoyendo la recomendación de los consejeros que lo rodeaban, permitió que Alfonso se recluyera en un monasterio de Toledo. Sancho creyó que al perdonarle la vida estaba ganando un aliado, pero eso no pasó, ya que su hermano planeó junto con Urraca destituirlo del trono de Castilla y convertirse en soberano.⁹

Rodrigo apretó las riendas de su caballo con fuerza. Parecía que sus manos iban a sangrar. Los recuerdos se le amontonaban delante de los ojos. ¿Se ganaba el destierro por ser leal a su rey? ¿Lo echaban de Castilla por su bravura? Eran muchas las cosas que Alfonso le reprochaba; entre ellas, que este “hijodalgo”,¹⁰ como le decían a Rodrigo, se hubiera ganado el admirable nombre de “Cid Campeador”, el señor de los campos de batalla, un guerrero sin par en toda España. Pero eso no era todo. Había algo más y el Cid lo sabía...

En tiempos del asedio¹¹ a Zamora, llegó a la corte de Sancho un noble leonés¹² llamado Vellido Dolfos. Parecía un hombre de buen carácter y enseguida estrechó lazos de amistad con el rey. Tan bien le caía Dolfos a Sancho, que muchas veces lo invitaba a sus jornadas de cacería y hasta le confiaba sus planes de guerra. El Cid sospechaba de él, pero no encontraba la forma de separarlo de Sancho. Fue así que Vellido se las ingenió para pasear una tarde a solas con el rey, y cuando este desmontó de su caballo lo asesinó por la espalda, clavándole la espada real. El traidor escapó dejando el cuerpo del soberano sobre la tierra: ya no existía Sancho para proteger a España. Después de esa

8 **Hostigar:** hostilizar, agredir, atacar.

9 **Soberano:** que ejerce o posee la autoridad suprema e independiente.

10 **Hijodalgo:** hidalgo, es decir, persona de ánimo generoso y noble.

11 **Asedio:** acción y efecto de asediar, esto es, cercar un punto fortificado, para impedir que salgan quienes están en él o que reciban socorro de fuera.

12 **Leonés:** natural de León.

aciaga¹³ tarde, nada se supo de Dolfos, aunque no tardó en llegar a oídos del Cid aquel rumor que aseguraba una relación entre el asesino y la infanta¹⁴ Urraca, quien, según decían, le había encargado el deleznable¹⁵ acto en combinación con el mismísimo Alfonso.

La muerte de Sancho ensombreció aún más el panorama español. El trono del reino quedaba vacío. ¿Quién debía ocuparlo? ¿Acaso Alfonso, que lo merecía legitimamente? ¿Tal vez otro de sus hermanos?

Los cenáculos¹⁶ para resolverlo parecían interminables. En la corte no se decidían, ya que no había duda de que Alfonso era el indicado para ocupar el sitial¹⁷ real, pero las sospechas sobre su participación en la muerte de Sancho pesaban demasiado. Fue entonces que Rodrigo Díaz de Vivar alzó la voz y propuso:

—Que el heredero legítimo de estas tierras, que es el infante don Alfonso, jure que no ha tenido parte alguna en el complot contra su hermano. Que lo confirme tres veces delante de todos nosotros y de Dios, para poder coronarse luego como nuestro legítimo rey.¹⁸

El Cid era respetado y temido. Los nobles sabían de sobra que amaba al difunto rey Sancho y que no actuaba por codicia o ambición, ya que él mismo le había recomendado antes compadecerse de Alfonso y dejar que viviera en un monasterio. Las palabras del Campeador parecían claras y justas. Nadie en toda España hablaba con mayor prudencia y sensatez. A pocos días de aquella propuesta, Alfonso, que había sido rey de León, juraba ante el Cid su inocencia, y no solo una vez, sino tres. Con eso, Rodrigo Díaz de Vivar firmaba

13 **Aciago:** infausto, infeliz, desgraciado, de mal agüero.

14 **Infante:** cada uno de los hijos varones y legítimos del rey, nacidos después del príncipe o de la princesa.

15 **Deleznable:** despreciable, de poco valor.

16 **Cenáculo:** reunión poco numerosa de personas que profesan las mismas ideas.

17 **Sitial:** asiento de ceremonia, especialmente el que usan en actos solemnes ciertas personas constituidas en dignidad.

18 El episodio de la jura de Santa Gadea está narrado en un romance incluido en *Los romances del Cid*, obra compilada por Ramón Menéndez Pidal.

su sentencia. Los reyes no juran ante hijosdalgo. Los soberanos jamás bajan la cabeza frente a un vasallo,¹⁹ por cuyas venas ni siquiera corre sangre noble.

Por esa causa se iba el Cid. No le bastaba con ser poderoso y valiente. Ni todo el arrepentimiento del mundo hubiera comprado la amistad de Alfonso. Echándolo, el rey se cobraba no solo la terrible afrenta²⁰ de haberse hincado²¹ ante él jurándole inocencia, sino también su devoción a Sancho, aquel hermano suyo que vivía hostigándolo y que le había arrebatado su reino para anexarlo al de Castilla.

Nueve días tenía el Cid para abandonar la tierra de sus amores, la que lo vio nacer, la que daba nombre a su nombre.

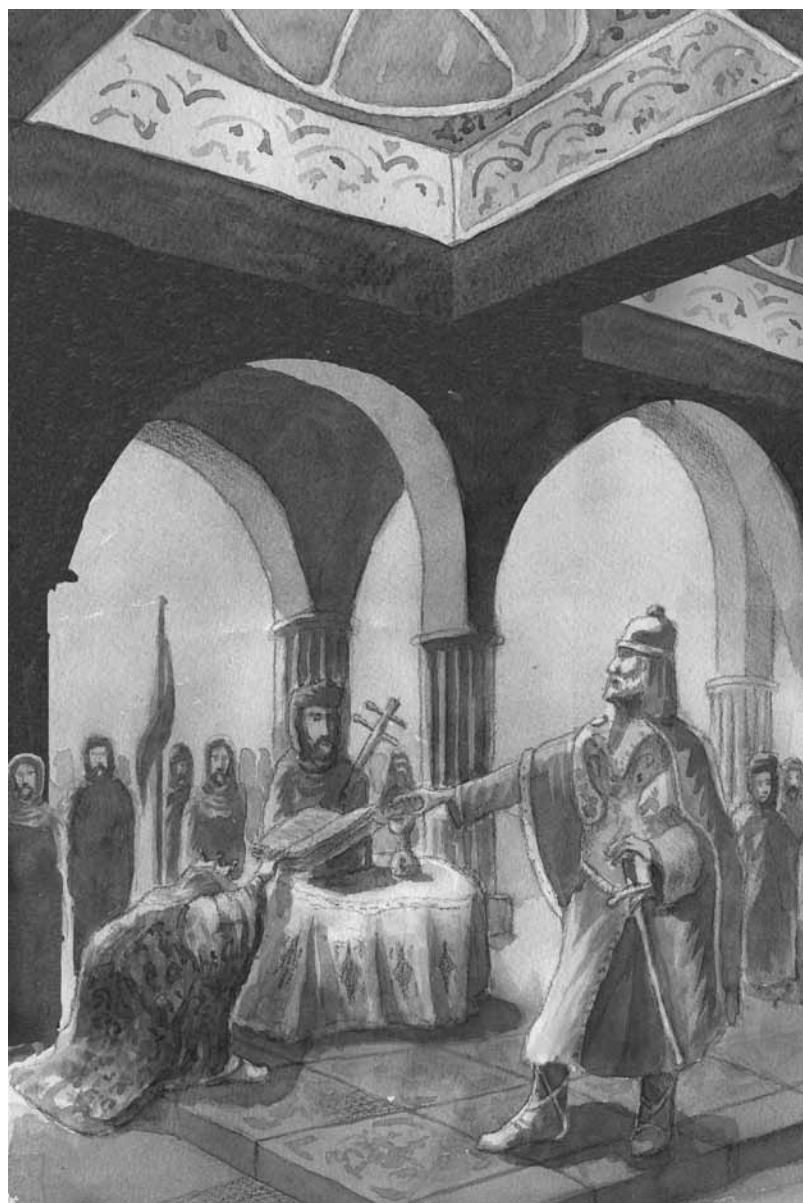
En nueve días tenía que estar lejos. Así se salvaría y cuidaría la seguridad de su esposa, doña Jimena, y de sus hijas, Elvira y Sol.

Volvió a apretar las riendas. El viento removió la tierra seca, que formó una nube de polvo a sus espaldas. Así dejaba Vivar. Así se prometía volver.

19 **Vasallo:** súbdito de un soberano o de cualquier otro gobierno supremo e independiente.

20 **Afrenta:** vergüenza y deshonor que resulta de algún dicho o hecho, como la que sigue de la imposición de penas por ciertos delitos.

21 **Hincarse:** ponerse de rodillas.



predica
ativas
parece
incréd
drent
Tahola

Las dos arcas

El Cid no cabalgaba solo. Con él iban sus parientes y vasallos. Alvar Fáñez, su fiel compañero, había dicho:

—Todos nos vamos siguiéndote, Rodrigo. No importa lo que perdamos. Más ganamos siendo tus amigos.

Eran unos setenta hombres. Estaban pertrechados¹ para la guerra, con escudos, lanzas y filosas espadas, pero bien sabían que necesitarían víveres, porque el camino era largo y los aprietos abundaban.

Dejando Vivar, divisaron la alta muralla que protegía la ciudad de Burgos. Hacia allá se dirigieron para conseguir alimento y abrigo, pero al llegar se encontraron con que el pueblo estaba muerto: no había gente en las calles, las casas estaban cerradas y los postigos² trabados por dentro. ¿Qué pasaba? ¿Quién había mandado cerrar las puertas?

Rodrigo dio una ojeada a las estrechas calles que se abrían hacia los cuatro puntos cardinales. Sospechó que muchos pares de ojos debían estar espiándolo detrás de las maderas que tapiaban las ventanas. En eso, entre las patas de los caballos apareció una chiquita. Tenía en la cara una expresión tranquila y les dijo:

—El rey mandó cerrar todas las puertas y las ventanas. Ordenó a los burgaleses³ no darles comida ni abrigo a los que vienen de Vivar,

1 **Pertrechar:** abastecer de pertrechos, es decir, de armas y equipamiento necesario para el uso de los soldados.

2 **Postigo:** tablero para cerrar por dentro los huecos de ventilación de las viviendas.

3 **Burgalés:** se dice de la persona nacida en Burgos.

por eso no ven a nadie por las calles y la ciudad parece desierta. Dijo Alfonso que al desobediente le tocará la cárcel y luego la muerte.

Era eso, entonces. El rey había ordenado que nadie auxiliara al Cid. ¿No le bastaba con desterrarlo deshonorosamente? Parecía que no.

Rodrigo se quedó pensativo un momento. La gente de aquella ciudad no tenía la culpa de nada. Era lógico que temieran la ira del rey. No había nadie en Burgos que pudiera auxiliarlos. No tenían más alternativa que irse. El Cid alzó la mano indicando a sus compañeros que seguirían la marcha. Una vez que atravesaron la muralla, los caballos trotaron rápidamente en dirección al río: tenían sed los pobres. Aprovechando la corrida, Rodrigo dio la orden de acampar en ese sitio para juntar fuerzas y partir al día siguiente. Pero una sorpresa más lo esperaba. Mientras descansaba a orillas del agua clara, se acercó a él un hombre. Era burgalés y se llamaba Martín Antolinez.

—Vengo a unirme a tus fuerzas, Campeador —dijo con voz firme y gruesa.

Antolinez no venía suelto de equipaje: sobre su caballo traía sacos repletos de pan, vino, granos.

—Ya no tengo vuelta atrás —siguió—. Soy tu vasallo desde ahora y para siempre.

El Cid lo abrazó emocionado. Con estos víveres podían emprender viaje, y aunque no fuera suficiente para más de unos días, al menos les bastaba para comenzar a andar.

Con la llegada del burgalés, Rodrigo no solo conseguía alimento y bebida, sino una amistad muy valiosa, ya que Martín era un hombre sagaz y conocía a mucha gente que podía ayudarlos. Suya fue la idea de visitar a Raquel y a Vidas, unos prestamistas que oficiaban en Burgos.

—Para viajar se necesita dinero y nadie va a prestárnoslo en Burgos, porque todos tienen miedo de ser castigados por el rey. Pero están Raquel y Vidas, que son dos prestamistas muy codiciosos.

predica
ativas
parece
incréd
drent
Tahola

Podemos hacerles creer que vamos a dejarles dos arcas⁴ repletas de oro y joyas y que a cambio les pedimos cien monedas de oro. Ellos van a aceptar el trato con la esperanza de no volver a vernos y quedarse con las arcas —aseguró Antolinez.

—¿Y qué vamos a poner en las arcas? —preguntó el Cid.

El buen burgalés hizo una mueca y respondió:

—Arena.

Sin duda era un plan peligroso, pero el Cid aceptó llevarlo adelante. Mantuvo el secreto con Antolinez y lo dejó actuar.

El burgalés logró engañar a los prestamistas. Raquel y Vidas habían oído muchas historias sobre el Cid. Una de ellas aseguraba que Rodrigo le había robado al rey Alfonso un importante tesoro que contenía joyas y piedras preciosas. Por esa razón, supuestamente, el rey aborrecía a Díaz de Vivar. Los prestamistas pensaron que en esas dos arcas que traía Antolinez estaba el famoso tesoro de Alfonso y que si el Cid era derrotado en las guerras que iba a entablar, ellos se quedarían con todo.

Dominados por la codicia, los negociantes dieron a Antolinez el dinero que pedía sin atreverse a abrir las arcas para comprobar lo que tenían dentro. La fama del Cid era grande, por todos los rumbos se oían alabanzas sobre su persona y sus hazañas, ¿cómo iban a desconfiar de su sinceridad? El ardid⁵ de Antolinez sirvió para emprender por fin el viaje que los alejaría definitivamente de Castilla.

4 **Arca:** caja de madera asegurada con varios goznes o bisagras por uno de los lados, y uno o más candados o cerraduras por el opuesto.

5 **Ardid:** artificio, medio empleado hábilmente para lograr algún fin.

Doña Jimena, doña Elvira y doña Sol

Antes de abandonar las heredades en las que había nacido el Cid quiso visitar a su esposa Jimena, que estaba a resguardo en el monasterio de San Pedro de Cardeña.

Rodrigo apuró el caballo para separarse del resto de sus hombres. Quería a toda costa tener un minuto de intimidad con los seres que más amaba en el mundo, que eran Jimena, Elvira y Sol. El corazón se le aceleró de golpe: “¡Voy a verlas!”, pensaba el Cid. Hubiera querido llevarlas con él, pero el campo de batalla no era buen lugar para unas damas tan delicadas, jóvenes y hermosas. Apenas supo que debía irse de Vivar, tomó la decisión de llevar a su mujer y a sus dos hijas al monasterio, donde los monjes las protegerían mejor que nadie. En sus alforjas,¹ Rodrigo llevaba dinero para entregarle al abad.

—Que no les falte nada —le dijo al reunirse con él en la sacristía—,² voy a volver a buscarlas pronto, y si no volviera, cuídelas, padre, como si fueran sangre de su sangre.

El buen sacerdote asintió con la cabeza y enseguida guió a Rodrigo a un pasillo que terminaba en una puerta. Detrás de ella lo esperaba su familia.

-
- Alforja:** especie de saco abierto por el centro y cerrado por sus extremos, los cuales forman dos bolsas grandes, donde, repartiendo el peso para mayor comodidad, se guardan algunas cosas que han de llevarse de una parte a otra.
 - Sacristía:** en una iglesia, lugar donde se revisten los sacerdotes y están guardados los ornamentos y otras cosas pertenecientes al culto.

El encuentro fue triste, como son tristes todos los encuentros que terminan en despedidas. Doña Jimena no quería hablar: sabía que el nudo en su garganta se desataría a la primera palabra que articulara y no era momento de llorar ni de mirar atrás. Elvira y Sol tenían agarrado a su padre cada una de una mano.

En eso, el Cid habló:

—Ustedes son lo que más quiero en esta vida y voy a hacer lo imposible por volver a buscarlas y ofrecerles lo que ahora no puedo darles. Este destierro es producto de un malentendido que voy a subsanar.³

Las chicas lo abrazaron con desesperación. Doña Jimena, arrojándose de coraje, agregó:

—Vamos a esperarte, Rodrigo. Confiamos en que estás haciendo lo correcto.

Al Cid solo le faltaba esa declaración de confianza para hacerse más fuerte en su proyecto. Besó a las tres mujeres en la cabeza y en las manos y abandonó el monasterio. Podía irse con la certeza de que nada les iba a faltar en San Pedro de Cardena, y después de haber oído a su esposa, estaba más convencido que nunca de que debía dejar Castilla y buscar al enemigo musulmán para ofrecerle resistencia y, de esa forma, volver a ganar la confianza de Alfonso.

—¡Coraje, Antolinez! —dijo en voz muy alta al atravesar la puerta de San Pedro.

Su amigo le tenía otra sorpresa: ciento cincuenta jinetes bien pertrechados venían a unírseles en la campaña contra el moro.⁴

La felicidad volvió a dibujarse en la cara de Rodrigo. Espoleó⁵ a su caballo y comenzó la marcha hacia el sur.

3 **Subsanar:** reparar un daño.

4 **Moro:** se dice del musulmán (el que profesa la religión de Mahoma) que habitó en España desde el siglo VIII hasta el XV.

5 **Espolear:** picar con la espuela a la cabalgadura para que ande.

Era majestuoso ver la hilera de valientes que lo seguían. El sol se reflejaba en los escudos proyectando brillos mágicos hacia los costados. Los caballeros iban decididos, sin temor ni desconfianza. No solo pelearían por recuperar su honra, sino por devolverle a España su verdadera fe, que era la cristiana.

Después de atravesar varias leguas de tierra yerma,⁶ pedregales gris oscuro donde ni los animales se atrevían a vivir, el Cid decidió hacer noche cerca de un río. Esos eran los mejores sitios para detenerse, ya que podían calmar su sed y la de los caballos, que, después de una jornada completa de camino, aprovechaban de buena gana las pasturas tiernas de la orilla. Cuando bajó el sol, Rodrigo se recostó y se dispuso a planear lo que harían al día siguiente. Tan agotado estaba, que bastaron unos cuantos minutos para que se derrumbara en un profundo sueño. Arrullado por la brisa nocturna, creyó ver que se le acercaba San Gabriel. El arcángel⁷ le traía un mensaje:

—No dejes de cabalgar, Campeador. Mientras vivas, no existirán obstáculos que puedan derribarte, porque Dios está de tu lado.

Rodrigo se despertó de un sobresalto. Miró hacia los costados: sus compañeros dormían plácidamente. ¿Había sido solo un sueño? Quizá sí, pero también era una señal. Así lo pensó el Cid, y apenas hubo despuntado el sol de la mañana dio orden de partir. Los esperaban feroces enfrentamientos, pero la suerte estaba con ellos.

6 **Yermo:** que no tiene cultivos ni está trabajado.

7 **Arcángel:** espíritu bienaventurado, con una categoría de orden superior a la de los ángeles.

reduc
ativas
parece
incréd
drent
Tahola

Las conquistas

El Campeador y sus hombres se dirigieron hacia Castejón de Henares que, según habían visto en los planos, era la primera ciudad mora con la que se toparían.

A la vista de la fantástica muralla, el Cid ordenó que acamparan. Desde una elevación del terreno se veía perfectamente la actividad que se desarrollaba puertas adentro de Castejón. Los musulmanes estaban tranquilos. Se paseaban por las calles como si nada, porque no sospechaban en absoluto que pronto serían asediados. Don Rodrigo esperó que pasara la noche, pero no dejó nunca de vigilarlos. Los resplandores de las velas y las antorchas bailaban a lo lejos como luciérnagas. Antes de que saliera el sol, los castellanos irrumpieron en la ciudad que los aguardaba con las puertas totalmente abiertas y sin ninguna guardia. Pocos fueron los choques cuerpo a cuerpo que enfrentó el Cid. Los moros corrían al verlo y ninguno amagaba con blandir la espada. Martín Antolinez se adelantó y tomó el castillo. Una vez allí, nadie podría sacarlos de la ciudad. Era la primera conquista del Cid en su destierro. De su mano, Castejón de Henares volvía a la cristiandad.

De ahí pasaron a Alcocer, a la que los árabes habían llamado de este modo por su castillo.¹ Álvar Fáñez, que estaba envalentonado con la sencilla victoria anterior, se adelantó al Campeador y tomó solo el palacio, entregándole luego las llaves a su jefe. En esa ciudad, los

1 *Alcocer*, en árabe, significa “el palazuelo” o “el pequeño alcázar”, es decir, “fortaleza”.

castellanos se hicieron servir por los moros. Aprovechando el triunfo aplastante sobre ellos, lograron que los árabes les dieran comida, bebida y ropas, además de hacerse de los tesoros que guardaban en su castillo. Las fuerzas del Cid eran cada vez más poderosas e invencibles, y por eso se encaminaron a Valencia, ciudad donde reinaba el musulmán Tamín.

Este monarca tenía por aliados a Fariz y a Galve, dos eximios jinetes, hábiles en las artes de la guerra y valientes como pocos. Los vasallos de Tamín estaban hartos de oír comentarios sobre el Cid Campeador. A sus oídos llegaban las más maravillosas historias sobre sus hazañas y victorias. Los árabes se preguntaban: ¿tan valiente es este hijodalgo? Con la intención de enfrentarse a él, Fariz y Galve prepararon un importante ejército que estaba conformado, en su mayoría, por hombres con sed de venganza: soldados a quienes el Cid o sus vasallos les habían quitado todo.

Como los castellanos estaban asentados en Alcocer, los musulmanes decidieron sitiarnos, impidiéndoles salir para buscar víveres e, incluso, cortándoles el paso del agua. A las pocas semanas de vivir en semejantes condiciones, los aliados del Cid estaban desesperados por salir de la ciudad. El riesgo era grande, aunque no había otra opción que enfrentar a los árabes; de otra forma, morirían de hambre y de sed.

Pedro Bermúdez, el sobrino del Campeador, era el encargado de llevar la insignia.² Estaba ansioso por entrar en combate. Ya le había dicho a su tío:

—Nadie nos puede ganar. Con tu fama y nuestras lanzas, el enemigo más fuerte caerá rendido.

Pero Rodrigo Díaz de Vivar era un hombre prudente y reconocía en Fariz y Galve a dos contendientes difíciles de vencer, sobre todo

2 **Insignia:** bandera, estandarte, imagen o medalla de un grupo civil, militar o religioso.

predica
ativas
parece
incréd
drent
Tahola

porque traían con ellos un ejército alimentado de resentimiento. Levantó la mano para hacerse oír:

—Vamos a atacar, téngalo por seguro, pero lo será concienzudamente, a su debido tiempo.

Para eso, Bermúdez, el joven y valiente caballero, ya había picado la grupa de su caballo y corría con el estandarte en alto a internarse en las filas enemigas.

Rodrigo se agarró la cabeza con las dos manos: ¿qué hacía su sobrino? ¿Por qué había desoído la orden que le había dado? Fuera lo que fuere, los árabes estaban sobre él. Iban a malherirlo y a quitarle el pendón.³

—¡A la carga! —gritó el Cid—, ¡vamos a recuperar nuestra bandera!

Los castellanos, picados por la palabra aguerrida de su jefe, atravesaron las puertas de Alcocer y arremetieron contra el ejército árabe. El tumulto fue grande. Rodrigo rumbeó con su caballo al sitio donde peleaba su sobrino, pero era tarde: los árabes lo habían lastimado mucho. Recuperó el pendón y con su espada hirió de muerte a muchos soldados de Tamín. La polvareda era espesa. A unos metros, el Cid vio cómo Minaya Álvar Fáñez luchaba con denuedo⁴ haciendo caer a sus pies a decenas de moros. Los castellanos habían desnudado sus espadas y las blandían con rudeza. Muchos musulmanes escapaban de ahí, pero el Campeador sabía que la única manera de vencerlos era derrotar a los jefes, Fariz y Galve. Así fue que acometió él mismo contra el bravo Fariz. Pese a ser un hombre paciente, no pudo aguantar las ansias de venganza: Pedro Bermúdez yacía muerto en ese campo y era sangre de su sangre... La espada del Campeador chocó varias veces contra el escudo de Fariz, que se

3 **Pendón:** insignia militar que consistía en una bandera más larga que ancha y que se usaba para distinguir los regimientos, batallones, etcétera.

4 **Denuedo:** brío, esfuerzo, valor, intrepidez.

defendía tesoneramente.⁵ Más allá, el audaz Martín Antolinez cruzaba su lanza en el cuerpo de Galve. Al ver esto, Fariz bajó la guardia, lo que aprovechó el Cid, que con fuerza y decisión le clavó su espada en la ingle y lo dejó tirado en la tierra con los ojos desorbitados de dolor.

Rodrigo sabía lo que hacía: en cuanto los pocos moros que quedaban en el campo vieron morir a sus jefes, huyeron y se perdieron entre las enormes piedras de un cerro.

El Cid ordenó a los suyos que no los siguieran. Lo más conveniente era saquear el campamento moro, para obtener así dinero, joyas, armas y comida. De ahí saldría la paga a los soldados castellanos y, también, los primeros regalos que le ofrecerían al rey Alfonso como prueba de fidelidad y vasallaje. Y no solo eso: en esta batalla, el Cid conseguiría hacerse de dos espadas valiosísimas, Tizona y Colada, armas que más tarde le darían mucha gloria. Además, el esbelto Babieca, un caballo que había sido propiedad de un aguerrido musulmán, ahora le pertenecía.

Rodrigo se alejó del grupo: tenía que pensar. Le hervía la sangre de solo imaginarse que gran parte del botín conseguido iría a parar a manos de Alfonso, pero bien sabía que era lo mejor, que tenía una obligación que cumplir frente a su rey, aun sospechando que era responsable de la muerte de Sancho. Lo importante, en todo caso, era que Alfonso tenía por padre a Fernando, a quien el Cid y sus ancestros le debían su buen nombre y posición. Además, el rey era un hombre de apetitos mundanos,⁶ cuyo corazón dominaba en gran parte la codicia y la ambición. Alfonso no podría resistirse al halago de los presentes que le ofrecería el Campeador. Intuir eso no era difícil; lo difícil era pensar quién podría llevárselos, a riesgo de ser capturado camino a Castilla.

5 **Tesoneramente:** con tesón, es decir, con decisión y perseverancia al hacer algo.

6 **Mundano:** dicho de una persona, que atiende demasiado a las cosas del mundo, a sus pompas y placeres.

predica
atiras
parece
incréd
drent
Tahola

El Cid no lo pensó dos veces: Minaya, su aliado fiel, era el indicado para tan dura embajada.

Álvar Fáñez aceptó la propuesta de buena gana. Sentía que Rodrigo Díaz de Vivar confiaba en él y eso lo enorgullecía. Con ayuda de algunos caballeros que lo acompañarían a Castilla, Minaya cargó varios caballos con sacos repletos de oro, espadas, escudos y objetos de valor que habían robado a los musulmanes. El Cid le recomendó especialmente que pasara por el monasterio de San Pedro de Cardena y le diera al abad uno de esos sacos para cubrir los gastos de su esposa y de sus hijas. Antes de ver partir a su amigo, el Campeador se acercó a él y le dijo:

—Quiero que veas a doña Jimena y a mis hijas, Elvira y Sol. Por favor, amigo mío, dales todo mi cariño en un abrazo a cada una de ellas. Necesito que sepan cuánto las extraño...



ar roj-
os, los
a ame
anta bá-
e cosa
toda la
estando

Valencia

Los años no habían mellado el ansia de los compañeros del Cid. ¿Cuánto hacía que cabalgaban tomando ciudades? ¿Qué tiempo había pasado desde que se fueron de Vivar? Mucho, sin duda, pero los castellanos no sentían cansancio ni desazón.¹ Del triunfo sobre Castejón de Henares a esta parte, Rodrigo Díaz de Vivar y sus compañeros eran mucho más ricos y poderosos. Marchando por tierras dominadas por los moros, se habían enfrentado a muchos reyes árabes vencidos y tomándoles sus castillos. Las alforjas de sus caballos rebosaban de oro y sus armaduras eran de gran calidad. Ninguno de esos hombres pasaría estrecheces por el resto de sus vidas. La España cristiana los aclamaba y el rey Alfonso, de a poco, se iba ablandando para perdonarlos.

El Cid perfeccionaba sus estrategias. Muchas ciudades moras le pagaban tributo² a cambio de paz, ¡tanto era el temor que infundía su presencia! En esas ciudades, Rodrigo no entraba. En cambio, se mostraba feroz con aquellos reyes árabes que pretendían oponerse al vasallaje cristiano.

Valencia era, entre las zonas hostiles, la más poderosa. En esas tierras se levantaba el castillo de Murviedro, una majestuosa construcción a orillas del Mediterráneo. Rodrigo tomó el castillo sin demasiado esfuerzo para instalarse en él y planear los siguientes pasos

1 **Desazón:** disgusto, pesadumbre, inquietud interior.

2 **Tributo:** obligación de dinero impuesta por la autoridad.

que daría, pero los valencianos no estuvieron dispuestos a soportar semejante atropello y, formando un gran ejército, sitiaron Murviedro. Esta vez, los musulmanes eran demasiados. Tan cansados estaban de que el Cid los sometiera, que se habían unido con el objetivo de destruirlo para que abandonara por fin los territorios árabes.

Al ver los puestos de sus enemigos, tan juntos unos de otros que formaban una especie de cadena infranqueable, el Campeador dudó: ¿cómo harían para atravesar las filas musulmanas? Definitivamente, las fuerzas cristianas eran menos que las paganas.³ Esta vez era necesario pedir ayuda, sus soldados habían demostrado la suficiente destreza y bravura que requería el caso, pero atreverse solos contra los valencianos era una locura.

Rodrigo se reconcentró en sus pensamientos: gente le sobraba, solo que sus vasallos estaban desperdigados por toda España. Lo mejor era enviar mensajeros a todos los pueblos que le debían obediencia, para formar un ejército numeroso y de esa forma vencer a los valencianos que, de paso, ya estaban ansiosos por entrar en combate.

Así lo hizo el Cid y a los pocos días, cientos de cristianos y moros que le debían acatamiento⁴ llegaron a Murviedro para prestarle servicios.

Costó bastante alistar las tropas: los hombres que las formaban venían de distintos sitios y estaban armados de forma desperejada, pero el Campeador tenía cerca a Minaya y a Antolinez, que eran excelentes estrategas y se ocuparon de organizar con celeridad a los soldados.

La estrategia fue sencilla: Rodrigo penetraría las fuerzas enemigas por el centro, llevando consigo a más de mil hombres, mientras que Álvar Fáñez y Martín Antolinez irían por ambos flancos,

3 **Pagano:** se dice del infiel no bautizado.

4 **Acatamiento:** aceptación de autoridad, respeto.

encerrando de esta manera a los musulmanes. El castillo de Murviedro quedaría custodiado por hombres en los que el Cid tenía total confianza.

Antes de arremeter con Babieca las filas valencianas, el Campeador se encomendó a Dios. Bien sabía que solo no podría vencer a los moros. En muchas ocasiones los había destruido con facilidad, valiéndose de su fama y de su poderosa espada, pero esta vez era distinto: los caballos de los paganos eran incontables. Desde lo más alto de Murviedro se los veía como hormigas de lomos brillantes, movedizas y ansiosas por guerrear. Ahora sí que el escollo⁵ era grande. Rodrigo recordó el sueño en el que había visto a San Gabriel. En su memoria aparecieron las palabras dichas por el arcángel mensajero: “Mientras vivas, no existirán obstáculos que puedan derribarte, porque Dios está de tu lado”. El Cid tenía que pelear y, más importante que eso, debía sobrevivir. Si lograba quedar indemne en la batalla, el triunfo sería suyo y otra vez Valencia rendiría tributo al rey cristiano, que no era otro que Alfonso, el mismo que lo había desterrado. “Así son las cosas”, pensó Rodrigo. Se arrodilló, agachó la cabeza y se encomendó al cielo. En ese mismo instante, sintió que una fuerza invencible le penetraba el corazón:

—¡Estamos listos! —gritó confiado—, ¡a la batalla!

Y, siguiendo minuciosamente los planes trazados, los cristianos se lanzaron a guerrear contra los moros en una contienda feroz.

La pelea duró muchas horas. Fue casi un día entero lo que tardó el Cid en vencer a las terribles hordas⁶ valencianas. Sus vasallos lucharon dejando el corazón en el campo de batalla y muchos, también la vida. Antolínez y Minaya arengaban⁷ a sus hombres:

—¡A la carga, compañeros! —gritaban con voces atronadoras.

5 **Escollo:** dificultad, obstáculo.// Peligro.

6 **Horda:** grupo de gente que obra sin disciplina y con violencia.

7 **Arengar:** pronunciar un discurso para enardecer los ánimos.

Rodrigo sentía una mezcla de felicidad y resquemor en el alma: felicidad, porque con este triunfo se acercaba más y más el perdón de Alfonso, y resquemor, porque veía correr la sangre de sus aliados y se daba cuenta de que estaba cansado de luchar. ¿Qué significaban para él los años? ¿Hacía cuánto que no veía a su esposa y a sus hijas? Estas guerras lo habían vuelto rico y poderoso. Su fama era enorme y toda España deseaba verlo desfilar por sus caminos para descubrir si era verdad que existía el Cid Campeador, aquel hombre desterrado que recuperaba para el rey las ciudades perdidas.

Cuando los moros abandonaron finalmente Valencia, yendo al sur para encontrar auxilio en las calurosas tierras de África, Rodrigo recorrió los campos que, gracias a su mano, nuevamente le pertenecían a Alfonso. Quedó maravillado: parecía que todo el color verde estaba volcado en ese territorio mágico. Los árboles crecían hacia arriba buscando el cielo, y el suelo era fértil, húmedo, productivo. Esa geografía no podía compararse con Castilla, donde los colores eran ocres⁸ y los arbustos bajos. Valencia era rica, Valencia estaba viva por donde se la mirase. Además, tenía mar. ¿Sabía Rodrigo lo que era el agua salada, las olas de espuma blanca rompiendo en las orillas tibias de arena? Nunca lo había visto, nunca sino ese día que entró vencedor en Murviedro y descubrió que esa España extraña para él era milagrosa y no podía de ninguna forma estar en manos forasteras.

En ese momento, más que nunca, hubiera deseado tener al lado a Jimena. ¿Qué era su vida sin ella? ¿Para qué servía vivir sin doña Elvira y sin doña Sol?

Álvar Fáñez, su fiel compañero, se acercó a él:

—¿Qué hay en ese pensamiento que hace llorar a tus ojos, Rodrigo? —le preguntó en voz baja.

8 **Ocre:** color amarillento, propio de ciertos minerales.

El Cid lo miró con ternura, como un padre mira a un hijo, y le respondió:

—Minaya: quiero volver.

Su amigo, que lo conocía más que nadie porque había compartido con él mil días y mil noches, pensó unos instantes.

—Ya es hora, Rodrigo —dijo—. Seré yo quien vaya a encontrarse con el rey. Voy a llevar tu mensaje y tantos tesoros que no habrá forma de que te niegue el perdón.

El Cid lo abrazó emocionado. Si algo le habían dado esos años era aquella amistad irrevocable⁹ de Minaya. Le respondió que sí, que haría preparar docenas de caballos enjaezados¹⁰ para que se los llevara a Alfonso como presente: todo lo que tenía iba a ofrecérselo al rey a cambio del perdón. En su corazón se encendió de repente una luz: pronto se reuniría con su familia. Valía la pena entregar sus riquezas, valía la pena pelear por España: todo valía la pena si gracias a eso podía regresar a Vivar y rehacer su vida...

Esa noche, el Campeador se durmió pensando en la cara de doña Jimena, en la sonrisa de Elvira y en la de Sol.

9 **Irrevocable:** que no se puede dejar sin efecto.

10 **Enjaezar:** poner los jaeces, los adornos, a las caballerías.

El perdón

El grupo que acompañaba a Minaya era nutrido. No solo iban con él los cientos de caballos enviados por el Cid, sino tantos o más caballeros que transportaban sacos repletos de oro. Desde los cerros, la comitiva¹ se veía fantástica: el buen Álvar Fáñez, con la compostura de un caballero, guiaba a los cristianos por los caminos pedregosos que llevaban a Castilla. El orden y la pulcritud de esos soldados eran intachables. Las cabalgaduras iban en fila, haciendo tintinear a cada paso las copas de metal y los collares obtenidos de los moros. La visión de esa tropa era algo sobrenatural. Ningún hombre podría resistirse a aceptar tal botín. Minaya iba preparado para hincarse ante el rey y cumplir su objetivo: que les devolviera la honra y la posibilidad de regresar a Burgos.

El rey Alfonso no se sorprendió con la noticia. Ya había llegado a sus oídos el rumor de que el Cid tenía intenciones de volver. También sabía que le daría oro y piedras preciosas a cambio del perdón. Lo que no sospechó ni en sueños fue la fortuna enorme que le ofrecería Minaya. Al verlo atravesar la puerta de su palacio, como guía de aquel ejército monumental, le temblaron las piernas: aquellas riquezas eran descomunales. Ni en tres vidas podría gustarlas el rey.

Álvar Fáñez se arrodilló frente a su monarca. Había muchos nobles en el castillo y todos lo oyeron pedirle disculpas al rey de parte de

1 **Comitiva:** acompañamiento.

Rodrigo Díaz de Vivar, su señor y amigo, solicitando el perdón y la gracia de volver a tierras castellanas.

Más de uno se rió. ¿Cómo el rey podría dispensar² la afrenta del Cid? Era imposible pensarlo, pero la verdad era que a Alfonso se le iban los ojos detrás de los pesados sacos que cargaban los caballos traídos por Minaya.

El hijo de Fernando se quedó mudo unos instantes. En su cabeza sabía perfectamente que iba a aceptar los regalos del Campeador, pero ante sus nobles debía simular contrariedad y enojo. Después de unos minutos, le pidió a Minaya que se levantara y dijo:

—Acepto la ofrenda de mi vasallo Rodrigo Díaz de Vivar y, a condición de su obediencia plena, envío mi indulto³ a él y a su linaje para que puedan regresar a Burgos cuanto antes...

El amigo del Cid volvió a bajar la cabeza en señal de agradecimiento.

Mientras se retiraba, el murmullo de los nobles se hacía cada vez más denso. Algunos rabiaban de odio. El Cid recuperaría sus tierras y sus honores.

A Alfonso nada de esto le importaba. La codicia lo dominaba, lo único que deseaba era mirar con detenimiento cada saco de oro, cada caballo enjaezado.

Minaya había cumplido con creces su misión: Rodrigo volvería a Vivar, se reencontraría con su esposa y sus hijas y, gracias a la gloria y a las riquezas obtenidas, podría casarlas con príncipes herederos. Al fin, después de tantos años de sufrimiento, la suerte les sonreía al Campeador y a sus hombres.

Álvar Fáñez estaba feliz, no veía la hora de encontrarse con Rodrigo para darle las buenas noticias...

2 **Dispensar:** absolver de falta leve ya cometida, o de lo que se quiere considerar como tal.

3 **Indulto:** gracia por la cual se remite total o parcialmente o se conmuta una pena.// Perdón.

La alegría y la tristeza

Rodrigo casi no se había dado cuenta: tantos años había pasado lidiando, exponiéndose día y noche a la muerte, sufriendo el frío de los inviernos, el calor de los veranos... El destierro le había arrebatado mucho tiempo, y en ese tiempo, su cara se había tornado seria.

Volver a Castilla le ofreció desquite. Ya no quedaba nada del muchacho de pelo castaño y músculos incansables que antes galopaba esas tierras sobre su caballo. El Cid estaba cansado y no deseaba otra cosa que ver realizada la felicidad de sus hijas. Este regreso triunfal le garantizaba no solo la devolución de la honra perdida, sino la posibilidad de casar dignamente a Elvira y a Sol.

Las chicas eran lindas, jóvenes. De los días pasados en el monasterio de San Pedro de Cardena habían aprendido el sacrificio y el silencio. Eran voluntariosas y obedientes. En cuanto el rey Alfonso le comunicó a Rodrigo que los infantes de Carrión las pedían en matrimonio, el Cid aceptó casi sin pensarlo; primero, porque era la voluntad de su soberano que así lo hiciera, y segundo, porque los hijos del conde de Carrión eran ricos y honorables. ¿Qué más podía pedir? Doña Elvira y doña Sol acataron la orden de su padre, aunque doña Jimena quedó pensativa: algo en su interior le decía que esa decisión les iba a causar más lágrimas que sonrisas.

Las bodas se llevaron a cabo con gran pompa. El Cid y los suyos festejaban por partida doble: los matrimonios de las hijas del Campeador y el regreso a Burgos. Había suficientes motivos para celebrar.

Los convites¹ duraron semanas. Parecía que esta vez sí llegaba la dicha para los de Vivar. Pero la alegría duró poco.

Aunque estaba agotado de tanta guerra, Rodrigo debía seguir al mando de sus tropas en las campañas de Reconquista.² Iba más tranquilo, porque al menos tenía la certeza de que siempre volvería a Castilla y allí lo esperarían su casa, su esposa, las noticias de sus hijas y, quién sabe, la sorpresa de un nieto. Como era costumbre, sus yernos lo acompañaban en algunas ocasiones. No tardó el Cid en darse cuenta de que los infantes eran cobardes y ambiciosos.

En principio, cuando Rodrigo les regaló sus espadas, Colada y Tizona, ambos dijeron que no podían manejarlas, porque, según sus palabras, las hojas se negaban a dejarse blandir por ellos puesto que solo obedecían al brazo del Cid. El relato fue motivo de risa para muchos, pero para Rodrigo fue una señal más de que su desconfianza en los infantes no era infundada.

Después llegó el episodio del león.

Una noche, en Valencia, mientras todos dormían, se escapó un león que los hombres del Cid tenían enjaulado. Fernando González, uno de los infantes, oyó un ruido, y al ver al león tuvo tanto miedo, que se escondió debajo de una silla. Su hermano Diego, al despertarse y ver al animal suelto, empezó a gritar desesperado:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Sálvenme de esta bestia o nunca más volveré a ver Carrión!

Acto seguido, aterrado por el felino, se metió en un barril donde guardaban vino, y se manchó toda la ropa.

En eso, alertado por los gritos, se despertó Rodrigo. ¡No podía creer lo que veían sus ojos! Los esposos de sus hijas, muertos de pavor, miraban al león desde sus respectivos escondites.

1 **Convite:** banquete, comida a la que se es invitado.

2 **Reconquista:** recuperación del territorio español invadido por los musulmanes y cuya culminación fue la toma de Granada en 1492.

Muy serio, el Cid se acercó al animal que, al verlo llegar, bajó la cabeza y se dejó agarrar de la melena. Sin decir una palabra, el Campeador lo metió nuevamente en su jaula y cerró la puerta con candado.

Por respeto a su señor, ninguno de los vasallos de Rodrigo articuló palabra, pero los infantes igualmente se sintieron ofendidos: todos habían sido testigos de la cobardía de Fernando y de Diego. Esa misma noche, los hermanos planearon vengarse del Cid, sabiendo que no había mejor manera de hacerlo que infligirles un daño a doña Elvira y a doña Sol, a quienes ellos no amaban, a pesar de haberlas desposado.

Fue así que solicitaron el permiso de su suegro para viajar con sus esposas a la corte de Carrión. El Cid no pudo negarse. En definitiva, eran parientes y estaban en todo su derecho de llevar a Elvira y a Sol hacia las tierras que algún día heredarían. Aprovechando esta circunstancia, los infantes decidieron apurar el viaje y partieron raudamente hacia sus heredades; eso sí: don Rodrigo mandó a algunos hombres para que los acompañaran y, de paso, vigilaran la suerte de las jóvenes esposas.

Pero don Fernando y don Diego eran pérfidos³ y estaban decididos a lastimar la honra del Cid.

Una tarde, excusándose con los castellanos, dijeron que querían dar una vuelta a solas con sus esposas. La idea no parecía alocada. Es común que los enamorados quieran pasearse sin compañía, disfrutando de la intimidad de la pareja. Los vasallos del Cid juzgaron que la propuesta era sensata y permitieron que los cuatro jóvenes se alejaran del campamento.

A Elvira y a Sol el camino se les figuró demasiado largo. ¿Era necesario internarse tanto en el bosque? Las copas de los árboles se cerraban en las alturas impidiendo que pasara la luz. Las hijas del

3 **Pérfido:** desleal, infiel, traidor, que falta a la fe que debe.

Campeador estaban perdidas, aunque con sus maridos cerca, no tenían por qué tener miedo... Pero ¿qué planeaban los infantes de Carrión?

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos del campamento, Fernando les ordenó:

—¡Desvístanse!

Su voz sonaba ronca y destilaba odio.

Hacía frío. Las hijas del Cid obedecieron. Aunque no comprendían qué estaba pasando, ninguna se atrevió a hablar, por miedo a que las lastimaran.

En eso, don Diego se paró frente a ellas y dijo:

—Ahí tienen. Con esto le pagaremos a Rodrigo Díaz de Vivar el desprecio que nos hizo.

Apenas acabada la frase, los hermanos las ataron a un roble y desaparecieron. Así se vengaban del Cid Campeador.

El bosque fue para Elvira y para Sol un enemigo quieto y frío. Cayó la noche en aquel sitio que se llamaba Robledal de Corpes.

Las fuerzas de Rodrigo Díaz de Vivar no tardaron en encontrar a las jóvenes esposas, desfallecidas y famélicas.⁴

En cuanto supo lo que había pasado, el Cid se enfureció. Su venganza sería mucho peor que la que habían planeado los infantes de Carrión. Solo era cuestión de esperar unos cuantos días.

Y así fue: la venganza se cumplió y doña Elvira y doña Sol fueron casadas con mucho más fasto⁵ que la primera vez, con señores de Navarra y Aragón.

4 **Famélico:** muy hambriento.

5 **Fasto:** fausto, grande ornato y pompa, lujo extraordinario.

[El rey Arturo]



reñica
alhas p
rante
me rédu
drent
tínola

Los estudiosos no han determinado con exactitud en qué lugar —Gales o parte del norte de Britania habitada por celtas que hablaban galés— y cuándo se ha originado la leyenda del rey Arturo; tampoco si el personaje tiene un fundamento histórico, como sí ocurre con Roldán, sobrino de Carlomagno, y con el Cid Campeador, héroe español del siglo XI. ¿Quién es Arturo, entonces? Por un lado, se trata de un rey legendario que tiene participación como soberano de la hermandad de los Caballeros de la Mesa Redonda en el ciclo de novelas medievales. Por otro, en tanto personaje histórico, dos cronistas, Gildas y Nennius, avalan su existencia como guerrero que lideró la resistencia galesa contra los sajones del oeste.

En su *Historia Brittonum*, del siglo IX, Nennius registra doce batallas en las que participó Arturo contra los sajones; la última es la de Monte Badon. Sin embargo, la fuente de estos hechos es indeterminada, probablemente haya sido un poema. En los *Annales Cambriae* o *Anales de Gales* se menciona la batalla de Camlann, ocurrida en 537, en la que murieron Arturo y su oponente Medraut (o Mordred).

Se han propuesto otras especulaciones, como la que afirma que Arturo era un soldado profesional que servía a los reyes britanos comandando una fuerza de caballería con la que encontraban amenazas sajonas.

Volviendo al terreno de la ficción, la literatura pronto hizo de Arturo un rey de maravillas, de fantasía. En el siglo XII, la leyenda galesa de Culhwch y Olwen incorpora a Arturo como el líder de un grupo de héroes, y sin duda de allí derivó la idea de la “corte del rey Arturo”. Sin embargo, el hito decisivo en la popularidad de este rey es la *Historia Regum Britanniae* (1136), una historia sobre los reyes legendarios de Britania, del clérigo Geoffrey de Monmouth. Este incorporó rasgos maravillosos en Arturo, elementos de la tradición celta que adaptó a los tiempos feudales y la idea de Arturo como conquistador del mundo semejante a las concepciones legendarias en torno a Alejandro Magno y a Carlomagno. La historia de Monmouth influyó en lo que se conoce como *materia de Bretaña*.

La materia de Bretaña es un conjunto de historias y novelas medievales que se centran en el Arturo legendario. Los escritores franceses fueron quienes especialmente abordaron los temas del nacimiento de Arturo, las aventuras junto a sus caballeros y el amor adúltero entre sir Lancelot y la reina Ginebra. Este último hecho y la búsqueda del Santo Grial (la vasija que usó Jesús en la Última Cena) condujeron a la disolución de la hermandad de caballeros y a la destrucción del reino de Arturo.

A finales del siglo XII, el poeta de la corte francesa de Champagne, Chrétien de Troyes, tomó las fuentes celtas e hizo de Arturo el soberano de un reino maravilloso. Fue él quien introdujo la temática del Santo Grial en la leyenda artúrica. En el siglo XIII y a partir de las novelas que hacen hincapié en la relación entre Lancelot y Ginebra, se desarrolló una serie de historias: el ciclo Vulgata. Una rama de este ciclo se basó en la composición en versos *Merlin* de Robert de Borron, que narra el nacimiento de Arturo y la hazaña de la espada. Otra rama continuaba el relato de la campaña romana de Arturo y la guerra contra Mordred. A esto se agregó la historia del adulterio de Ginebra con Lancelot, que resultó en la lucha entre este caballero y sir Gawain, otro de los caballeros de la Mesa Redonda.

medica
ativas
parece
incréd
dent
Tahola

Más tarde, en 1240, una novela combinaba material de la leyenda artúrica con la historia de Tristán y concluía con la destrucción del reino de Arturo por parte del rey Mark de Cornualles.

Ya para fines del siglo XV, los lectores angloparlantes recibieron la tradición del ciclo Vulgata y el post Vulgata en la obra en prosa *Morte Darthus (La muerte de Arturo)*, de Thomas Malory. En esa época Arturo terminaba por incorporarse a la mitología oficial.

La leyenda de Arturo permaneció viva dentro de los límites de Inglaterra hasta el siglo XVII, y hay menciones al legendario rey en la poesía de la época victoriana. Luego, la leyenda cruzó el Atlántico y se desplegó en la literatura, en el cine y en la televisión.

El principio

No era culpa del rey: las estrellas lo habían dicho, tenía que buscar esposa. El problema, en todo caso, era que a Uter Pendragón ninguna dama le venía bien y estaba decidido a casarse solo con una mujer que lo enamorara de verdad.

Entre sus pasatiempos preferidos estaba, sin duda, el de organizar torneos. Caballeros de todas las latitudes llegaban hasta Britania para competir bajo la atenta mirada del soberano que, como era sabido, premiaba generosamente a los ganadores. A participar en una de esas gestas¹ llegó Gorlois, el duque de Cornualles, quien se destacó especialmente en el uso de la lanza. Por la noche, el rey Pendragón organizó una fastuosa cena para agasajar a Gorlois: su intrepidez había sido magnánima,² digna de admirar. Condes, barones y cortesanos se reunieron en la sala principal del palacio para celebrar el triunfo del duque. El festejo era alegre y el vino corría como agua llenando las copas. Las carcajadas se oían desde lejos; todo era algarabía³ en el recinto de los festejos. Quizá haya sido capricho del destino o, efectivamente, un mandato de las estrellas, lo cierto fue que esa noche de celebración Uter halló a la que buscaba: iluminada como un ser angélico, en medio de otras damas, brillaba la mujer de sus sueños. Verla y quedar flechado por ella fueron acciones simultáneas.

1 **Gesta:** conjunto de hechos memorables.

2 **Magnánimo:** que tiene magnanimidad, grandeza y elevación de ánimo.

3 **Algarabía:** gritería confusa de varias personas que hablan a un tiempo (la palabra se emplea coloquialmente).

preco
ativas
parece
incréd
dent
Tahola

Se sintió un adolescente. Su corazón galopaba en el pecho igual que un caballo desbocado. ¿Quién era? ¿Qué hacía en esa fiesta la mujer a la que había esperado toda su vida?

El rey sintió que le tocaban el hombro. Al darse vuelta advirtió que era un anciano. Estaba vestido pobremente y le faltaban todos los dientes de arriba.

—No la mires, rey, porque esa mujer no puede ser tuya —dijo el viejo con la voz cascada y opaca, tanto o más que sus desvaídos⁴ ojos.

Pendragón se mostró ofendido y estuvo a un tris⁵ de sacar su espada y cortarle la cabeza al andrajoso que se había animado a hablarle así, pero se detuvo al instante: el mago Merlín solía jugarle esas malas pasadas. Era travieso y muchas veces se disfrazaba para probar la voluntad del monarca.

—Leo ahora tu mente, señor, y hay dos pensamientos: uno es verdadero. Soy Merlín. El otro, en cambio, no puede ser real: esa dama no es la mujer indicada. Enamorarte de ella acarrearía un gran disgusto.

El rey, mirando de soslayo⁶ a la hermosa mujer que ya lo hacía desvariar, le respondió:

—Está escrito en las estrellas, tengo que casarme y es a esa mujer a quien quiero por esposa. No será ninguna otra, Merlín, así sea lo último que haga.

El mago, que en un abrir y cerrar de ojos había vuelto a su forma natural, se acercó al oído de Uter y le susurró:

—Se llama Igraine y no es soltera. Vino acompañando al duque de Gorlois, su legítimo esposo...

4 **Desvaído:** descolorido o de color apagado.// Que ha perdido la fuerza o el vigor, adelgazado, disminuido.

5 **Tris:** porción muy pequeña de tiempo o de lugar, causa u ocasión levisima; poca cosa, casi nada.

6 **De soslayo:** locución adverbial que significa “oblicuamente”.

El rey se puso nervioso. La copa en la que tomaba vino estuvo a punto de quebrarse.

—Tiene que haber una forma, Merlín. Hay que encontrar la manera de que esa mujer sea mía. El corazón me ha dicho que es la indicada.

El mago movió la cabeza y respondió:

—Siempre hay un modo de cumplir tus deseos, Uter.

Entre tanto, Gorlois había advertido que el rey de Britania miraba insistentemente hacia el lugar donde se encontraba su esposa. No quiso pensar mal: Pendragón era su aliado y jamás querría robársela... Volvió a pensar: ¿jamás? Un hilo de hielo le recorrió la espalda. Buscó a Igraine y le dijo al oído que tenían que retirarse, ya que partirían a Tintagel muy temprano y no era bueno viajar cansados. La duquesa lo siguió en silencio. Ella también se había dado cuenta de que el rey no le quitaba la vista de encima.

Al otro día, casi de madrugada, el duque de Cornualles junto con su esposa y un gran séquito abandonó el palacio de Uter Pendragón. Cuando el rey se enteró de la huida, se enfureció. Quería ver a Igraine aunque fuera una vez más.

Pese a las recomendaciones de Merlín, cegado por el deseo, en unas pocas horas encontró motivos suficientes para declararle la guerra a Tintagel. Se trataba, sin duda, de acusaciones injustas las que pretendía proclamar el rey de Britania contra Gorlois, pero la pasión lo enloquecía y no encontraba otra forma de vencer al duque para quedarse con su esposa.

—No deberías hacerlo —se atrevió a opinar Merlín, que era el único capaz de hablarle en ese tono al rey—, pero si esa guerra se declara, yo estaré a tu lado y conseguiré que Igraine sea tuya.

Por primera vez en años, una sonrisa se dibujó en la cara de Uter. Hizo llamar a unos mensajeros que irían hasta Tintagel y leerían frente Gorlois la declaración formal de guerra. Sería cuestión de días, de horas quizá, la obtención de una victoria y, a consecuencia

de eso, de los favores de la duquesa. Las fuerzas del duque de Cornwallles eran infinitamente más débiles que las de Britania. Sería sencillo vencerlo y, más sencillo todavía, quitarle la mujer.

—No te confíes, Uter. Igraine ama a su esposo con devoción. Será más fácil vencer a las tropas de Tintagel y atravesar sus gruesas murallas que obtener el favor de esa mujer —aseguró Merlín.

Pero Pendragón sabía que no existían imposibles para el mago. Él se encargaría de ganar las batallas y Merlín, de conseguir la atención de Igraine.

Así fue. Aduciendo⁷ viejas rencillas territoriales, las tropas de Britania avanzaron contra Gorlois. El duque estaba preparado para pelear: era valiente y fuerte, pero sus ejércitos no bastaban para contrarrestar la furia de Uter. Más allá de la batalla, el esposo de Igraine sabía que los objetivos de su enemigo no eran puramente geográficos. Aquella noche, en el palacio de Britania, había advertido las intenciones aviesas⁸ de Uter.

El duque puso todo su corazón en la contienda, aunque su empeño no tenía otro destino que el fracaso. A poco de empezar la reyerta,⁹ Gorlois cayó malherido y y allí permaneció, agonizante.

Mientras tanto, la duquesa descansaba en su palacio. Lejos estaba de su entendimiento saber que era la causante de una sangui-naria guerra que se debatía a escasos kilómetros de su morada.

En medio de la noche, una de sus hijas, la poderosa Morgana, gritó desconsolada:

—¡Mi padre está muerto! ¡Han matado a mi padre!

Igraine se sobresaltó en la cama. Un rayo de inquietud le traspasó la mente: ¿qué sería eso? ¿Por qué gritaba su hija? Sabido era que Morgana, desde su nacimiento, había presentado características

7 **Aducir:** presentar o alegar pruebas, razones, argumentos.

8 **Avieso:** torcido, fuera de regla.// Malo o mal inclinado.

9 **Reyerta:** contienda, altercación o cuestión.

únicas: era intuitiva y algunos aseguraban que podía ver más allá de lo corriente y tenía poderes mágicos. La duquesa se apoyó en la almohada y rogó que todo estuviera bien y que el aullido de su hija no fuera otra cosa que el efecto de algún mal sueño.

En ese mismo momento, Uter Pendragón intentaba traspasar la sólida puerta del palacio de Tintagel. Iba acompañado de Merlín, quien lo tenía agarrado del brazo para que no cometiera ninguna tontería, ya que lo dominaban las ansias de ver de cerca a Igraine.

Grande fue la sorpresa del rey cuando la guardia real del casti-
llo abrió las compuertas y lo saludó con reverencia:

—Adelante, señor —le dijeron los soldados.

Merlín le aconsejó:

—Ni una palabra sea dicha por tu boca, Uter.

A lo que le respondió el soberano:

—¿Qué extraña magia has hecho? ¿Cómo los has encantado para que no vean en mí al enemigo que soy?

El mago mesó¹⁰ su larga barba:

—Te he trocado en Gorlois, querido rey. Tu cuerpo, por espacio de unas horas, será como el del duque. Tu cara, igual. Nadie podrá distinguir las diferencias. Uter es ahora Gorlois. Ya has comprobado cómo los fieles soldados del duque te saludaron con reverencia. Lo mismo pasará con la duquesa. Entrarás en su cuarto y recibirás de ella el afecto que solo daría a su esposo.

El rey de Britania se sentía anheloso. Los dedos de las manos le sudaban y sus piernas temblaban de impaciencia.

—Pero ¿y si Gorlois vuelve? —se animó a preguntar.

Merlín hizo una mueca de tristeza.

—Gorlois no volverá al palacio. Tu gente le ha dado muerte en un descampado.

¹⁰ **Mesar:** arrancar los cabellos o las barbas con las manos.

Al oír las palabras de su aliado, Uter sintió remordimiento, pero el deseo de encontrarse con la duquesa era aún mayor que cualquier pesadumbre. Atravesó los oscuros pasillos del palacio de Tintagel y llegó a la recámara principal, donde Igraine esperaba despierta a su marido.

—¡Has regresado, querido! —exclamó la joven mientras rodeaba al falso Gorlois con sus brazos estremecidos—. Tuve tanto miedo, espóso mío. Temí tanto que murieras esta noche...

Uter la apretó fuerte contra su pecho. Después cerró la puerta del cuarto, que atravesó con la pesada traba de hierro.

Horas más tarde, al salir de la recámara nupcial, se encontró con Merlín que le dijo:

—Lograste tu cometido, Uter. Por causa de esta noche y de tus actos, dentro de nueve meses Igraine dará a luz a un hijo tuyo. Ni ella ni nadie de su entorno lo criará. Apenas nacido, deberás entregármelo. Yo cumpliré mi parte del trato, espero que sepas cumplir la tuya...

ar roj-
os, los
a ame
anta bá-
e cosa
oda la
estando

Arturo y la espada

Y así fue. La duquesa de Cornualles quedó encinta luego de la fugaz visita de Uter, aunque a excepción de Merlín, nadie más que el rey supo lo que había ocurrido en realidad esa noche.

Cuando por fin la guerra entre Britania y los seguidores de Gorois acabó, y fue de público conocimiento que el duque había muerto en batalla, a Igraine no le quedó otra opción que casarse con el vencedor de la contienda que, de paso, se había apoderado de los territorios que antes le habían pertenecido a ella y a su difunto esposo. Fue duro para la joven llevar adelante su embarazo, creyendo siempre que el hijo que guardaba en sus entrañas nacería sin padre. En cuanto se produjo el parto, Uter le hizo creer a la duquesa que el bebé había muerto. En cambio, lo cubrió con unos lienzos y se lo entregó a Merlín, como había acordado. El mago, haciendo gala de sus misteriosos hábitos, se llevó lejos al recién nacido para entregárselo a Héctor, un hombre justo, trabajador y noble, que tenía un hijo casi de la misma edad de aquel vástago.¹ Así, el bebé fue bautizado como Arturo, que quiere decir “guardián de la constelación”, quizá porque su verdadero padre había visto su destino escrito en las estrellas y se apuró a cumplirlo, tomando por esposa a una mujer casada.

Los años pasaron. Arturo fue criado con los valores más nobles y caballerescos del reino. Era un muchacho activo, versátil² y alegre. Si bien no se parecía mucho a su hermano Kay, compartía con él la

1 **Vástago:** persona descendiente de otra // Hijo.

2 **Versátil:** de genio o carácter voluble o inconstante.

pasión por la caza y los juegos físicos. Los dos jóvenes eran grandes compañeros y pasaban sus días ayudando a Héctor en las tareas del campo y ejercitándose, con la ilusión de poder participar alguna vez en uno de los tantos torneos que organizaba el rey de Britania.

Pero las cosas no andaban del todo bien en la comarca.³ Uter Pendragón agonizaba. Sus enemigos, que eran muchos, se restregaban las manos: el rey no tenía herederos que pudieran ocupar el trono. Los nobles que hasta hacía meses lo adulaban, ahora se contaban las costillas mutuamente para ver quién tenía más derechos al trono. El estado del reino era deplorable. Los enemigos estaban adentro y afuera. Pendragón había aplicado siempre una política ofensiva y estaba pagando las consecuencias. Los monarcas cuyas tierras limitaban con Britania estaban listos para invadirla y quedarse con sus enormes riquezas.

Un día pasó lo que ningún fiel vasallo de Uter hubiera querido que ocurriera: el monarca murió y su sillón quedó vacío.

El reino entero se sumió en la inquietud: “¿Quién será nuestro rey?”, se preguntaban todos. Cundió el temor en Britania. Los habitantes, recelosos, no querían obedecer a nadie que no tuviera la sangre de Pendragón, en quien se suponía que moraba la estirpe⁴ de un dragón legendario, figura que adornaba el estandarte⁵ del país.

Y sucedió que, inesperadamente, se corrió la voz acerca de una historia maravillosa: en la plaza principal de Britania había aparecido, de incógnito, una espada. Su hoja era brillante y su porte majestuoso. Estaba clavada hasta la mitad en una enorme piedra en la cual se leía esta leyenda: “Quien retire esta espada de la piedra será coronado

3 **Comarca:** división de territorio que comprende varias poblaciones.

4 **Estirpe:** raíz y tronco de una familia o linaje.

5 **Estandarte:** insignia que usan los cuerpos montados, consistente en un pedazo de tela cuadrado pendiente de un asta, en el cual se bordan o sobreponen el escudo nacional y las armas del cuerpo a que pertenece. Antiguamente se usó también en la infantería.

rey". Era la famosa Excalibur, en cuya leyenda se aseguraba que tenía por destino llegar a manos de un Pendragón.

Caballeros de todos los linajes se amucharon en la plaza a probar suerte, pero ninguno de ellos pudo mover la espada. Los había de muchas calañas:⁶ altos, fornidos, bajos, viejos y jóvenes. Los que tenían mayor prosapia⁷ se creían con derechos superiores al resto, pero era inútil: ni el mejor caballero ni el más pobre de los patanes⁸ pudo quitar la hoja de la piedra.

Aprovechando la venida de condes y barones de los puntos más distantes del reino, en el palacio real de Britania se organizó un torneo en nombre de Uter Pendragón, para recordar y homenajear su figura.

Kay, que era un muchacho con aspiraciones de caballero, quiso participar de la gesta y le pidió a su hermano menor que fuera su escudero. Arturo accedió de buena gana, contento de poder conocer por fin el famoso palacio de Uter y ver, con sus propios ojos, la majestuosidad de los célebres torneos.

Hacia allí fueron los hermanos, seguidos de cerca por Héctor, el esforzado padre de ambos.

Arturo estaba obnubilado: jamás había visto tanta gente junta. Los caballos se agolpaban en los caminos con sus pendones de colores y hacían tintinear las fabulosas espuelas de sus jinetes. Las lanzas de los caballeros brillaban al sol como pedazos de espejo. Debajo de las faldas de las mujeres se asomaban traviosos los chicos, espiando el espectáculo de esos hombres valientes que llegaban a Britania para medir sus habilidades en las justas.⁹ El corazón del joven latía más

6 **Calaña:** índole, calidad, naturaleza de alguien o algo.

7 **Prosapia:** ascendencia, linaje o generación de una persona.

8 **Patán:** aldeano o rústico.

9 **Justa:** torneo o juego de a caballo en el que se acreditaba la destreza en el manejo de las armas.

preco
ativas
parece
incréd
dent
Tabola

fuerte que de costumbre: “Ay, si yo fuera caballero”, pensaba, y los ojos se le encendían de ilusión.

A medida que se acercaban a la arena donde se realizaría el torneo, la ansiedad de Arturo crecía. Hubiera querido estar en el lugar de su hermano y demostrar que él también era un hombre hecho y derecho, que podía competir como cualquiera de los que estaban ahí. A punto de atravesar la gran puerta, Kay le pidió que le alcanzara su espada.

—Por supuesto —le respondió Arturo, con toda la seriedad que requería el caso. El problema fue que la espada no estaba ahí. ¡Arturo se la había olvidado! ¿Cómo podía ser posible?

Sus mejillas enrojecieron. ¡Qué gran vergüenza sintió Arturo! Su hermano no tenía que saberlo y, menos que menos, su padre.

Se alejó disimuladamente de ellos. El tumulto era apabullante, grandes y chicos andaban sin ton ni son por las callejuelas, maravillados con el teatro de las competencias. Aprovechando el alboroto, Arturo partió con la intención de desandar el camino que lo devolviera a su casa donde, seguramente, lo esperaba la espada de Kay.

Corrió cuanto pudo. Le parecía que su cabeza iba a explotar. Las sienes estaban hinchadas y rojas, ¿cómo haría para llegar a su casa lo suficientemente rápido como para que nadie advirtiera su ausencia? Era imposible: su casa estaba lejos, demasiado lejos de allí.

Tenía sed, estaba cansado y decepcionado. Quiso tomarse un momento para pensar. Se acercó a la plaza, donde había una fuente por la que borboteaba un chorro de agua clara. En eso, un resplandor le cegó la vista: el sol iluminaba una especie de hoja afilada que se erguía a metros de él. Se acercó curioso y descubrió que aquella no era una hoja cualquiera, sino que se trataba de una magnífica espada, mucho mejor, incluso, que la de su hermano. No había nadie a su alrededor. Todos estaban en el torneo. La espada parecía estar esperándolo, clavada en una piedra y sin dueño. ¿No le pertenecía a nadie?, vaya a saberse. Por lo que se veía, no tenía propietario o, por

lo menos, no lo tenía cerca. Arturo pensó en sacarla de la piedra y llevársela a Kay, ¡esa sí era una buena idea! Su hermano se luciría blandiéndola en el torneo.

El joven tomó la espada por la empuñadura y, sin hacer el mínimo esfuerzo, la extrajo de su base.

Se cercioró de que nadie lo hubiera visto y corrió al pueblo con su nueva adquisición.

Al llegar, su hermano lo increpó:

—¿Dónde estabas? ¿No te dije que trajeras mi espada?

—Aquí está, Kay: tu espada —respondió orgulloso Arturo.

El primogénito de Héctor miró la hoja que le ofrecían. Aquella no era su espada, no había duda de ello.

—Esta no es mi espada —dijo disconforme.

—Pero Kay —susurró Arturo—, esta espada no tiene nada que envidiarle a la tuya, luciría poderosa en tu diestra.

El muchacho lo miró escéptico.¹⁰ Desdeñoso, bajó los ojos para observar el arma con detenimiento y descubrió la leyenda en su hoja: “Quien retire esta espada de la piedra será coronado rey”. Al punto, quedó estupefacto.¹¹

—¿De dónde la sacaste? —le preguntó a su hermano.

Arturo no tenía idea del prodigio¹² que había protagonizado horas antes en la plaza. Le respondió sinceramente:

—La saqué de una piedra. No creo que tuviera dueño, estaba abandonada en una plaza.

—¿Y alguien te vio? —preguntó Kay.

—Juro que no. Estaba totalmente solo cuando la encontré.

Los ojos del primogénito se llenaron de brillo. Él sí sabía lo que significaba tener esa magnífica espada en sus manos: ¡era la famosa

10 **Escéptico:** que no cree o simula no creer.

11 **Estupefacto:** atónito, pasmado.

12 **Prodigio:** suceso extraño que excede los límites regulares de la naturaleza.

Excalibur! Si nadie había visto a Arturo en el momento de sacarla de la piedra, Kay podría decir que había sido él quien la extrajo y de esa forma convertirse en rey de la poderosa Britania... En eso estaba pensando, cuando Héctor le tocó el hombro.

—Ya está aquí tu espada, hijo mío, ¿qué esperamos para entrar?

Kay le mostró a su padre la hoja que había traído Arturo. El hombre la miró y, en un raptó, la sangre se le heló en el cuerpo.

—¿De dónde sacaste esto, Kay? —le preguntó.

—Me la dio Arturo, él la extrajo de la piedra, según dice, pero nadie lo vio, así que podríamos asegurar que fui yo y entonces...

Héctor movió la cabeza de un lado al otro.

Como un rayo, el recuerdo de los años pasados se hacía presente en su memoria. Allí estaba Merlín trayéndole a un bebé recién nacido al que habían bautizado Arturo. ¿Quién era este hijo suyo? ¿Qué sangre corría por sus venas?

El buen hombre no aceptó la propuesta de Kay; muy al contrario, decidió volver a la plaza con la espada y ver por sí mismo si Arturo era capaz de extraerla de la piedra. Hacia allá fueron los hermanos y el padre. Una vez llegados al sitio donde se erguía la piedra, Héctor volvió a clavar la hoja.

—Kay, es tu turno —le dijo secamente al hijo mayor.

El muchacho se esforzó vanamente en quitar la espada. A pesar de que era vigoroso y de buen porte, no hubo forma de que la moviera.

Acto seguido, el propio Héctor trató de extraerla, y tampoco hubo caso.

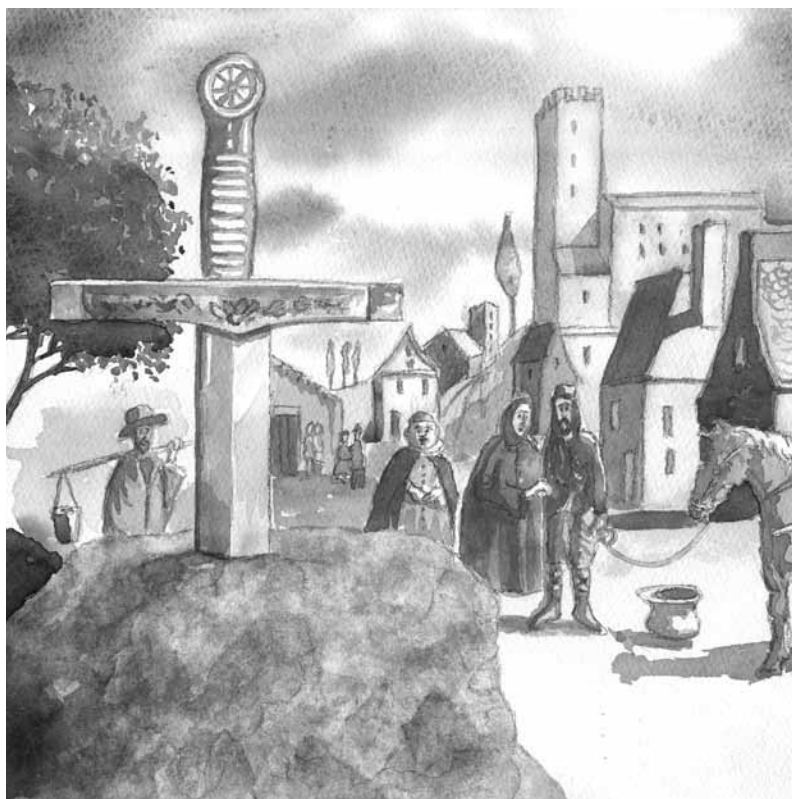
Arturo, un poco temeroso, se acercó a Excalibur, la empuñó con firmeza y, sin ningún esfuerzo, la extrajo de la piedra.

—¡No puede ser! —gritó Kay.

Dos o tres veces más, el menor de los hijos de Héctor clavó y desclavó la espada de la piedra. No le costaba nada hacerlo; al contrario, parecía que el arma estaba a gusto en sus manos y se dejaba tomar por Arturo, complacida.

La muchedumbre no tardó en llegar. Bastó con que una vendedora de flores viera el prodigio, para que la noticia se desparramara como un reguero de pólvora. En minutos, la plaza bullía de hombres y mujeres ansiosos por descubrir quién sería su próximo monarca. Frente a todos ellos, Arturo sacó la espada de la piedra ininidad de veces.

Héctor abrazó a su hijo. Muchos miraron la escena embelesados, pero hubo quienes desde ese mismo instante se opusieron firmemente a que un joven sin sangre real dirigiera el rumbo de la grandiosa tierra de los dragones.



La explicación de Merlín y la dama de las aguas

Lo único que se sabía de Arturo era que tenía un hermano, un padre y una madre muy honestos, aunque sin prosapia, y que siempre había vivido en la campiña, alejado del palacio de Pendragón. ¿Cómo podía ser él un legítimo heredero de Uter?

El joven había sido llevado en andas hasta el trono real. El pueblo de Britania quería que alguien se hiciera cargo del reinando cuanto antes, ya que las amenazas de las naciones aledañas eran constantes, y un reino sin rey es como un caballo sin riendas.

En el palacio, con su atuendo elegante y llamativo, esperaba sentado Merlín, el mago que había sido hombre de confianza y mentor de Uter Pendragón y a quien el pueblo creía a pie juntillas cada palabra, ya que sus visiones eran certeras y su magia no tenía igual.

El mago habló así:

—Miren a este joven. Él es su legítimo rey, hijo de Uter Pendragón.

El bullicio se hizo insoportable. Algunas voces se levantaban entre la multitud:

—¿Cómo que es el hijo de Pendragón? —gritaban.

Los más pérfidos se animaban a chillar:

—¡Este es hijo de un campesino, no de un rey!

Pero Merlín los hizo callar a todos y siguió explicando:

—Este hombre —dijo señalando a Héctor— no es su padre. Arturo es hijo de Uter Pendragón. Lo tuvo con la duquesa Igraine, de

Tintagel. Fue concebido la misma noche en que las fuerzas de nuestra amada Britania derrotaron a las de Gorlois de Cornualles.

—¡Ah! —aulló uno de los condes que estaba cerca de Merlín—, ¡entonces este joven es un bastardo!¹ La duquesa Igraine estaba casada con Gorlois cuando lo engendró en sus entrañas...

—¡No queremos ser gobernados por un bastardo! —gritaron a coro los nobles que se agrupaban alrededor del mago.

Cientos eran los intereses de esa gente en que el sitial del rey quedara vacío. Muchos de ellos habían pergeñado en sus mentes las mil y una ramas hereditarias que pudieran conducirlos al trono de Britania, a ellos o a sus hijos. Aceptar que Arturo era un vástago ilegítimo significaba, sin discusión, dejarlo fuera del trono. Si la sangre de Uter no corría por sus venas, no existía posibilidad alguna de aspirar al reinado, aun habiendo quitado de la piedra la famosa Excalibur.

Pero Merlín mantuvo la serenidad y siguió explicándoles cómo se habían desarrollado los hechos aquella noche, siempre guardándose bien de confesar el sortilegio que había realizado sobre Pendragón, ese hechizo extraordinario que lo hizo lucir, ante los ojos de todos, como el esposo de la duquesa Igraine.

—Verdad es que Igraine estaba casada con Gorlois, pero nuestro rey entró en su alcoba una vez muerto el duque. Arturo es un legítimo Pendragón y prueba de ello es que fue el único capaz de extraer la espada de la piedra. Grande ha sido el sacrificio de Héctor al criarlo, y de no haber sido por sus cuidados, este pueblo hoy no tendría un rey.

—¡Viva Arturo, entonces! —clamó una mujer entre la muchedumbre, y enseguida todos se unieron a sus palabras.

—¡Viva el rey Arturo! —gritaba el pueblo entero con entusiasmo, aunque los nobles, como era de esperarse, no querían creer la explicación del mago y mostraban en sus caras decepción y enojo.

1 **Bastardo:** hijo nacido de una unión no matrimonial.

reduc
ativas
parece
incréd
dent
Tahola?

Así, el joven Arturo se mudó al palacio y comenzó a vivir allí la vida de un monarca. Merlín permanecía día y noche a su lado, aconsejándolo y cuidándole las espaldas, ya que en los pasillos del castillo se tejían muchas estratagemas para alejarlo del cargo. A medida que el tiempo pasaba, la gente del pueblo amaba y admiraba más y más a su soberano, ya que demostraba que tenía los valores más preciados para ellos: justicia, caballeridad y arrojo en la batalla.

Una tarde, el mago se arrimó a Arturo y le dijo:

—Se acercan días de guerra y sangre. Tu reino será acosado por fuerzas enemigas y tendrás que cuidarte hasta de tu propia sombra, porque los embustes estarán a la orden del día en tu castillo. Ya está en tus manos la formidable Excalibur, ahora te falta buscar su vaina. Esa prueba marcará un hito² en tu preparación, un escalón más en tu camino a la superioridad.

Arturo no llegó a comprender del todo lo que le decía Merlín, pero su fe en el mago era ciega. Sabía que los ojos de aquel sabio distinguían los hechos antes de que ocurriesen y que su lealtad hacia él era insobornable.

—Vamos adonde digas —le respondió confiado.

Esa misma noche partieron ambos hacia el bosque, y se internaron en el corazón de la espesura. La oscuridad lo cubría todo como un enorme manto de color negro. Las hojas crujían debajo de sus pies. Algunos animales nocturnos los rodeaban inquietos. De vez en cuando, un chillido agudo los ponía alertas. De una rama a otra, los murciélagos atravesaban el aire, rozándolos. Arturo llevaba su espada bien cerca de la diestra, preparado para blandirla en cualquier momento.

En eso, a unos metros de donde se encontraban, surgió una luz profusa. Los haces parecían ascender de la tierra al cielo. Aquello no

2 **Hito:** mojón o poste que se usa para delimitar terrenos y para indicar la dirección o la distancia en los caminos. En sentido figurado, significa “momento o acción importante que sirve de marca, de punto de cambio”.

era el sol, ni la luna, ni ningún planeta luminoso. Una bruma densa reflejaba la blancura inquietante de aquella irradiación.

—¿Qué es eso? —preguntó el rey.

—Ese es el lago donde vive Nimue, la dama que tiene tu vaina. A ella vinimos a ver. Hacia allá vamos, señor —respondió Merlín.

Se acercaron lentamente al lago. La luz era enceguecedora y provenía del fondo mismo de las aguas.

Como por encanto, en el centro de la laguna apareció una hermosa mujer vestida de blanco. Tenía el pelo larguísimo, que de tan rubio era casi níveo. Llevaba una tiara³ en la cabeza y tenía la vista puesta en un punto indescifrable del bosque.

—¿Es ella? —preguntó Arturo.

Merlín asintió con la cabeza y agregó:

—Sí, lo es y te está esperando, pero cuidado: ella es muy sensitiva y descubre las intenciones de quienes la visitan leyéndoles el alma. Detrás de esa imagen angelical se esconde un corazón indomable.

Si de algo podía jactarse Arturo era de su intrepidez y de su sinceridad. No le tuvo miedo a Nimue, porque sus propósitos eran limpios y su pensamiento estaba en paz.

Sin deshacerse de sus ropas, se lanzó al lago y nadó hasta la pequeña embarcación donde lo esperaba la dama de las aguas. Fue cosa de un momento: el destino estaba marcado para él. Nimue le entregó la vaina de Excalibur sin que Arturo se la pidiera. La rodeaba un halo de magia y sapiencia. Antes de darle la vaina alcanzó a decirle:

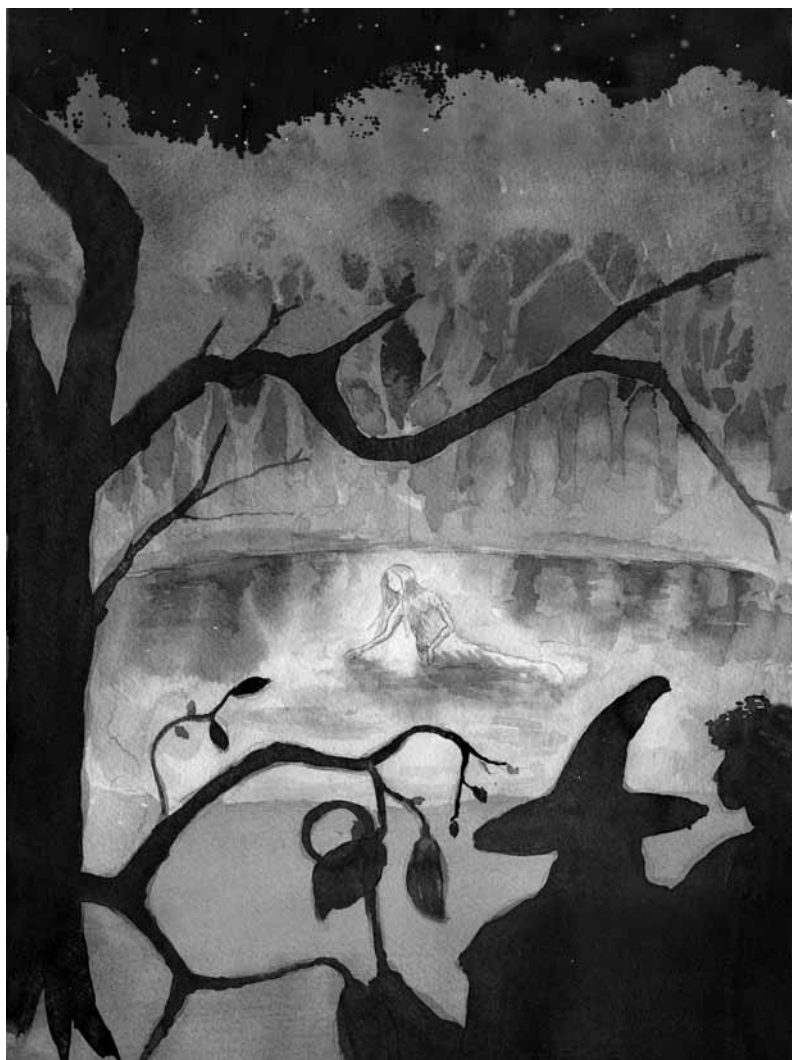
—Estaba escrito en las estrellas que así fuera.

Una vez que el rey se hizo de la dorada funda, braceó hasta la costa para encontrarse con Merlín.

Esa había sido una de tantas pruebas que debería atravesar en su vida como monarca. Tanto el cuerpo como la mente y el corazón

3 **Tiara:** joya femenina, en forma de media corona abierta por detrás, que se coloca en la cabeza.

del hijo de Uter debían templarse para que pudiera llegar a ser quien debía ser: el legendario rey Arturo.



ar roj-
os, los
a ame
anta bá-
e cosa
toda la
estando

Apenas salió de la laguna, el mago le señaló nuevamente el centro de las aguas, donde dos minutos atrás Nimue le había ofrendado la vaina. Ahora, la oscuridad era completa y no había rastros de ninguna embarcación. Mucho menos de una brillante dama.

—Con esto has completado la primera etapa, Arturo. Tu espada halló la mitad que le faltaba. Ahora, completa, será invencible en tus manos —anunció Merlín.

El rey y el mago se alejaron del lago. La vuelta al palacio pareció más corta que la ida. No hubo ni una palabra entre ellos en todo el camino de regreso.

Una vez que Arturo consiguió la vaina tan preciada, creyó estar apto para alcanzar todos sus objetivos inmediatos.

El segundo paso consistía en hallar a los hombres que pudieran servirle fielmente y que fueran, en partes iguales, valientes e intrépidos.

Entre sus caballeros más leales se contaban Kay, su hermano de leche; sus sobrinos sir Gawain, Agraín, Ivaín, Gueheriet y Guerrehet, Bevedere, y otros como Ulfius, Mador y Brastias, hombres recios y gallardos que, al haber sido despojados de su tierra, clamaban por justicia y veían en el rey al único que podía devolverles sus posesiones.

Arturo iba a presentar batalla a todos aquellos que habían agujoneado su reino en momentos en que su padre agonizaba. La sangre se había despertado en él. Después de años y años viviendo en completa ignorancia de su rango, el hervor y la potencia del dragón que llevaba en sí rompían por fin dentro de sus venas. Era urgente conseguir aliados y también, por qué no, una esposa capaz de comprender el ánimo de su corazón solitario.

La hermosa Ginebra

Hacía tiempo que el rey quería conocer a la hija de Leodográn de Carmélida. Quienes la frecuentaban decían que era tan bella como inteligente, y tan generosa como delicada. A Arturo le había picado la curiosidad de encontrársela, ya que no había persona que la conociese que no tuviera las mejores palabras para referirse a la muchacha. Su padrastro, Héctor, que bien advertía sus gustos, le había recomendado especialmente que fuera en su busca. Merlín no se oponía; muy al contrario, había dicho que era una mujer incomparable. Fue así que Arturo se lanzó a la aventura y arribó a las tierras de Monts, donde fue recibido con gran pompa por los habitantes. Una vez acogido en el castillo del noble Leodográn, le expresó su curiosidad por conocer a la joven Ginebra, nombre que significa “hada blanca”.

No hay mucho que decir: en cuanto la vio, Arturo desfalleció de amor por ella. Él, que era tan fuerte y audaz, se sintió por completo vulnerable frente a los ojos de esa jovencita que lo miraba fijamente y sin miedo:

—¿Qué me hiciste? —le preguntó el rey—, ¿qué hay en tu mirada que me hace doler el pecho?

Ginebra se rió, porque a pesar de su corta edad sabía que aquel dolor no era malo, sino que se debía al amor que había nacido entre los dos. A ella le pasaba exactamente lo mismo.

El rey, tan seguro de sí mismo en otras faenas, se acercó al oído de la hija de Leodográn y le confesó:

—Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. Si es tu deseo, esta misma noche te pediré en matrimonio y serás mi compañera, la reina de Britania, la esposa del rey Arturo...

Ginebra asintió sonriendo: ella también lo amaba.

Arturo pidió la mano de la joven, que, por supuesto, le fue concedida. La llevó consigo a su reino e hizo levantar para las bodas reales la fabulosa ciudad de Camelot, donde viviría junto a su esposa.

Grandes fueron las celebraciones que se llevaron a cabo para esas fechas. Los juglares¹ cantaron con fascinación el detalle de aquellas fiestas, que duraron meses.

Una vez unidos en matrimonio, la hermosa Ginebra demostró ser una excepcional esposa: hábil cazadora, jineta experta y gran compañera del rey.

Se avecinaban importantes hazañas en el horizonte de Arturo. Su fama atravesaría los límites de Britania. Se imprimirían monedas adornadas con su cara, se lanzarían a rodar historias que lo tendrían por protagonista. El nombre de este legendario rey quedaría grabado en el recuerdo de su pueblo por los siglos de los siglos.

El hijo de Uter tenía su espada, su valor, su arrojo. Tenía con él el consejo del sapiente Merlín y el amor incondicional de su inseparable esposa. Tenía por caballeros a los más devotos y nobles vasallos. ¿Qué más podía pedir?

Pronto iba a lanzarse a una de las más fabulosas campañas de que se tenga memoria: era tiempo de recuperar el Santo Grial.²

1 **Juglar:** el que para recreo de los reyes o los magnates cantaba o recitaba las composiciones de los trovadores.

2 El Santo Grial es el plato o copa usado por Jesucristo en la Última Cena. La relación entre el Grial, el Cáliz y José de Arimatea procede de la obra de Robert de Borron *Joseph d'Arimatea*, publicada en el siglo XII.

recreo
ativas
parece
incréd
drent
Tahola?

[Tristán e Isolda]



poti dicea
atras p
parece
vorédu
crent
tahola

El poema original, cuyo protagonista es Tristán, no ha sido conservado, pero parece que se trataba de una obra bastante violenta que presentaba pasajes vulgares y personajes ridículos. No son estos el Tristán ni la Isolda que conocemos nosotros. Tristán es el héroe de la *roman* medieval derivado de las historias de un héroe celta, Drystan, quien ama a Essylt, la esposa de su tío March. Ese material fue reelaborado hacia 1150 por un poeta francés, que incorporó el tema de la pócima mágica que mantiene juntos para siempre a quienes la beben.

En 1170, Thomas, un poeta anglonormando que probablemente perteneció a la corte de Enrique II de Inglaterra (1133-1189), produjo una versión de la historia en la que limó las asperezas del original. Se supone que la versión de Thomas está destinada a un público cortesano, mientras que la atribuida a Béroul (una versión también del siglo XII y que también nos ha llegado de manera incompleta) se dirige a un auditorio más habituado a escuchar historias en las que predomina la acción por sobre la reflexión, y en las que los personajes se definen por lo que hacen y no por lo que piensan acerca de sus comportamientos. La diferencia de auditorios, además, explica por qué la versión “culta” quitó o matizó los episodios sangrientos o violentos (como las sucesivas decapitaciones o la entrega de Isolda a los

leprosos). Más adelante, el alemán Gottfried von Strassburg se inspiró en Thomas y escribió la versión que es considerada joya de la literatura alemana. Varios poemas refieren las visitas pecaminosas de Tristán a la esposa de Mark; los más conocidos son *La locura de Tristán*, en el que el héroe se disfraza de tonto, y *Luite Tristan*, en el que es un juglar.

En el ciclo artúrico, Tristán es el más noble caballero, rival de sir Lancelot; y el rey Mark es un villano infame. *Sir Tristem* (1300), romance popular en inglés, es uno de los primeros poemas en lengua vernácula.

Como la leyenda de Arturo, la historia de Tristán e Isolda ha pervivido a lo largo del tiempo. Entre los factores que explican el interés por este relato, es fundamental el hecho de que en él se abordan temas siempre presentes en la literatura, como el amor, la muerte, la traición, la rebeldía, la venganza y la justicia. Por esta razón, a partir de la materia primitiva se han producido poemas, novelas, películas y hasta una ópera, *Tristán e Isolda*, del compositor alemán Richard Wagner (1813-1883).

El nacimiento de Tristán

El destino de Tristán no era enamorarse de Isolda. Tampoco el de ella consistía en abandonar sus deberes para seguirlo; sin embargo, la historia de amor entre los dos jóvenes fue legendaria e inspiró uno de los poemas más emotivos del mundo.

Todo comenzó en el reino de Cornualles, en la península inglesa, donde un joven príncipe llamado Rivalén, que estaba al servicio del rey Marco, se enamoró perdidamente de la hermana menor de este, Blancaflor. El afecto entre los dos era verdadero, pero tenían miedo de que el soberano intentara separarlos por cuestiones políticas, así que se escaparon de noche rumbo a las tierras de Rivalén, donde creyeron estar más seguros. Grande fue la sorpresa al encontrar que dichas tierras habían sido invadidas por el duque Morgan, enemigo tanto de Rivalén como de Marco. El heredero dejó a su esposa al cuidado de un servidor y se lanzó a combatir contra Morgan. Las batallas antes duraban semanas, meses, incluso años. Rivalén triunfó, pero al regresar en busca de la princesa Blancaflor, se enteró de la triste noticia: su amada había dado a luz a un bebé precioso, aunque, por desgracia, había perdido la vida en el parto.

La pena de Rivalén fue honda. Mandó un mensajero a Cornualles para poner al corriente de la situación a su señor Marco y, acto seguido, bautizó al bebé con el nombre de Tristán, que quiere decir “el que lleva la tristeza consigo”. Un hijo que carecía desde el principio de madre no podía ser otra cosa que triste.

La educación del pequeño fue confiada a un preceptor honorable: Governal, hombre recto y sabio que le enseñó la natación,

la equitación, el salto y a cantar como un ruiseñor. Entrado en la adolescencia, Tristán era famoso aquí y allá por su habilidad con los caballos, por su conocimiento de las aves y por su incomparable voz.

Su vida transcurría pacíficamente, lejos de los avatares¹ de la política y de la guerra, hasta que el duque Morgan reapareció en escena y se cobró venganza de aquella derrota sufrida años antes: en una celada² mató al valiente Rivalén. La situación de Tristán dejó de ser segura en esas tierras y Gornval pensó que la mejor forma de mantenerlo protegido era llevarlo a Cornualles a que se pusiera bajo las órdenes de su tío, quien, aunque todavía no lo conocía, seguramente iba a sentir gran afecto por él.

Así fue: Tristán llegó al reino de Marco y en poco tiempo se ganó el corazón del soberano, que estaba admirado de las virtudes del joven, de su carácter y, sobre todo, del parecido que tenía con Blancaflor, su amada hermana. Los lazos entre tío y sobrino se hicieron muy estrechos: iban juntos a cazar, veían torneos... A pesar de su juventud, Tristán era el único depositario de las confidencias del rey. Marco agradecía al cielo el tenerlo cerca.

Pero no todas eran dichas en Cornualles. El señor Gormond, un implacable monarca de Irlanda, obligaba a Marco a entregarle cada año trescientas doncellas y otros tantos mancebos de quince años, elegidos en sorteo. Esta vez, el cuñado de Gormond, un portentoso gigante, venía personalmente a cobrar la deuda. Los ingleses estaban asustados, corrían aterrorizados por las calles. El gigante había gritado:

—Si no existe un solo inglés que me venza en batalla, voy a llevarme lo que me corresponde.

-
- 1 **Avatar:** fase, cambio, vicisitud. El término se emplea generalmente en plural.
 - 2 **Celada:** emboscada de gente armada en un paraje oculto que acecha al enemigo para asaltarlo o atacarlo desprevenido.

predica
ativas
parece
incréd
drent
Tahola?

El descomunal guerrero se hacía llamar Morholt. Nadie quería batirse con él; enfrentarlo era más o menos como darse por muerto, ya que su ferocidad no tenía límite.

A todos sorprendió Tristán cuando se ofreció como contendiente. El pueblo entero lo aplaudió:

—¡Tristán es nuestro héroe! —vivaban.

Y era verdad que el joven tenía agallas y una confianza en sí mismo que superaba ampliamente su valentía.

Se encontró con el descomunal Morholt en una isla cercana a la costa. El gigante, al verlo, se echó atrás y le propuso un pacto, porque no quería matar a Tristán y mucho menos morir a manos de él, pero el joven rechazó la oferta y le asestó un tremendo golpe de espada en la cabeza que, de tan fuerte, atravesó el casco de su enemigo y lo dejó moribundo. Tristán sonrió conforme: era su primera victoria, todos lo aclamarían cuando pisara tierra firme. En tales pensamientos se encontraba, cuando advirtió que le dolía la cadera. Morholt había muerto, pero antes de expirar había alcanzado a Tristán con un dardo envenenado que ya había comenzado a gangrenar³ la pierna.

3 **Gangrenar:** padecer gangrena, es decir, la muerte de los tejidos a causa de una herida que se infecta.

ar roj-
los, los
a ame
anta bá-
e cosa
toda la
estando

La herida y su curación

Después del resonante éxito de Tristán contra el temible luchador, el pueblo de Cornualles se congregó en la playa para elogiarlo. Ese parecía ser su momento más importante, un recuerdo que jamás borraría de su memoria. Estaba contento y orgulloso.

Cuando cayó la noche y se retiró a su recámara, vio con horror que la herida de la pierna supuraba un líquido horrible, y que, pese a sus esfuerzos por lavarla, despedía un olor nauseabundo. El hijo de Rivalén reflexionó unos minutos y cayó en la conclusión de que no era bueno para él ni para el rey Marco que el pueblo descubriera la horrible llaga, producto del dardo ponzoñoso¹ del Morholt, por lo que Tristán decidió ir al bosque y esconderse allí, lejos de todas las miradas, al menos hasta que la pierna dejara de expeler ese pútrido hedor.

Governal estuvo de acuerdo con su amo. A la mañana siguiente, muy temprano, cuando el sol todavía no delataba las formas de los pinos ni de las rocas, Tristán y su preceptor partieron rumbo a la playa, donde, en medio de una pequeña espesura, se levantaba una cabaña abandonada. En ese sitio, el joven pensaba curarse para retornar después a la corte de su tío sin rastros del dardo. Sin embargo, a medida que los días corrían Tristán advirtió que la herida no sanaba, sino que, muy por el contrario, cada vez se pudría más, por lo que decidió construir una embarcación y salir a navegar solo, sin la compañía de Governal, para tratar de descubrir en ese retiro qué le deparaba el destino.

1 **Ponzoñoso:** que tiene en sí ponzoña, o sea, sustancia que contiene cualidades nocivas para la salud o destructivas de la vida.

La barca de Tristán navegó a la deriva siete días y siete noches, hasta llegar a una costa rebosante de verde que el joven enseguida distinguió como la tierra de Gormond, el pariente del gigante que él había matado.

Como estaba debilitado y hambriento, no podía darse el lujo de decir su nombre. Si lo hacía, prestamente los irlandeses intentarían atraparlo y llevarlo ante el soberano. Aprovechando su versatilidad artística, fingió ser un juglar herido que llegaba a la isla en busca de asilo. Unos sirvientes de la reina Isolda lo encontraron desfallecido en la arena y lo llevaron ante su ama, que era una experta conocedora de remedios y venenos, la mismísima hermana del Morholt que había fabricado el dardo ponzoñoso. La reina se apiadó de Tristán y lo curó, dejando en manos de su joven hija, también llamada Isolda, la recuperación del que ellas creían un pobre juglar enfermo. La princesa veló noches enteras frente al lecho del hijo de Rivalén, sin tener idea de que en realidad también él era un príncipe heredero. Cuando la llaga sanó, Tristán se escabulló del palacio de sus protectoras, por temor a que descubrieran su verdadera identidad. Se embarcó rumbo a Cornualles y llegó al reino de Marco después de una semana.

El arrojó de Tristán y ese especial cariño que su tío sentía por él le habían granjeado² muchos enemigos en la corte. Marco era soltero, y varios condes y barones alimentaban el rumor de que su sobrino no quería que se desposara por temor a que el nacimiento de un hijo lo desplazara en sus derechos hereditarios al trono. Por supuesto que aquella era una falsedad: el rey de Cornualles no estaba interesado en casarse por el momento, pero al ver que todos insistían en aquel rumor sobre Tristán, declaró que se casaría con la dueña de un pelo rubio, largo y sedoso, que unas golondrinas habían depositado en su

2 **Granjear:** captar, atraer, conseguir voluntades.

ventana. La empresa parecía una utopía;³ sin embargo, Tristán conocía la suavidad de ese pelo y su color, porque pertenecía a la cabeza de quien lo había cuidado en interminables noches de sufrimiento, allá en Irlanda: la hermosa princesa Isolda.

El joven, generosamente, se ofreció para ir a buscarla, ante la mirada atónita de los ingleses que no comprendían cómo era capaz de arriesgarse en semejante viaje, teniendo en esas tierras sentencia de muerte por haber matado a Morholt.

—Con esto sí que el pueblo de Cornualles va a apreciarme —le confesó Tristán a Governal—. Seré quien vaya en busca de la prometida del rey, y arriesgaré mi vida en tal empresa. Ya no van a desconfiar de mi lealtad.

Pero, aunque significaba mucho para el joven ganarse la confianza de los ingleses, no era menos cierto que su integridad corría peligro en tierras de Gormond. Otra vez, valiéndose de su versatilidad, Tristán simuló ser alguien que no era. Se disfrazó de mercader y partió hacia Irlanda. Apenas llegado, solicitó permiso para vender sus mercancías en el reino, y pasó días estudiando los movimientos de los irlandeses. Una mañana, vio que hombres y mujeres corrían despavoridos al grito de:

—¡Viene el dragón! ¡Viene el dragón!

Corrió hacia la costa y se encontró allí con un enorme animal que despedía fuego por sus fauces y mataba a quien se le interpusiera. Se enteró de que Gormond, asediado por la bestia, había prometido la mano de su hija a quien venciera al dragón y librara a los irlandeses de su amenaza.

Ni lento ni perezoso, Tristán persiguió al animal, que se había escondido en el bosque, y allí le dio muerte con su poderosa espada, pero no pudo evitar que antes de eso el dragón lo lamiera con su

3 **Utopía:** plan o proyecto que parece irrealizable en el momento de su formulación.

lengua, lo que le produjo una ardorosa infección en la piel. Inflamado y exhausto, cortó la lengua del dragón y se la guardó entre las ropas, para que más tarde le sirviera de prueba irrefutable. Acto seguido, cayó desmayado al pie de un pino. Pasadas unas horas, llegó al lugar un senescal⁴ del rey, hombre despreciable, tramposo y egoísta. Viendo muerto al dragón y desmayado al mercader que lo había derrotado, movió el cuerpo de Tristán unos cuantos metros y llamó a los vasallos de Gormond:

—¡Yo maté al dragón! —les dijo—. Yo libré a Irlanda de esta horrible bestia.

Ya se restregaba las manos el traidor, cuando la princesa Isolda, temerosa de que la casaran con semejante individuo y al ver la herida de muerte del dragón, se animó a responder:

—Este dragón ha muerto por arma extranjera.

La joven Isolda, al igual que su madre, era experta en heridas, y de sobra conocía qué armas podían producirlas: las hojas de su país no infligían cortes como el que la bestia tenía en su cabeza.

Intuyendo que el senescal había querido deshacerse del verdadero héroe, la reina y su hija buscaron por los alrededores algún rastro de él, y a poco de caminar, se toparon con el cuerpo inerte de Tristán.

Sin saber que volvían a curar al mismo joven que antaño habían sanado, las mujeres se llevaron al hijo de Rivalén al palacio. Una vez allí, la princesa Isolda descubrió entre sus ropas la lengua del dragón, cosa que la puso extremadamente feliz, porque era prueba suficiente de que el mercader era el legítimo matador de la bestia. Ahora no tendría que desposar al desagradable senescal. Pero la alegría no le duró mucho: revisando sus cosas encontró la poderosa espada de Tristán, que tenía una mella en la hoja. Esa mella coincidía exactamente con

4 **Senescal:** en algunos países, mayordomo mayor de la casa real.

la esquirra⁵ que la reina Isolda había extraído de la cabeza de su hermano Morholt, después de que el gigante fuera vencido por un inglés.

La princesa sintió una tristeza absoluta: tendría que enlazarse con el asesino de su tío. Su sino⁶ era inevitable.

—No —le advirtió Tristán—. No penes de antemano, Isolda: yo no vine buscándote para desposarte. Me trajo a tu reino la voluntad del rey Marco, que desea pedirte en matrimonio.

Esas palabras no lograron contentar a la joven. Algo en su interior le decía que su futuro comenzaba a nublarse.



5 **Esquirra:** astilla desprendida de una piedra, un cristal o de algún otro material.

6 **Sino:** hado, destino.

El viaje y la pócima

Era inevitable que Isolda viajara a Cornualles. Su madre estaba afligida, sobre todo porque no quería bajo ninguna circunstancia que la princesa sufriera y le resultaba difícil imaginarla feliz sabiéndola casada con un hombre mayor que ella, al que, para colmo de males, ni siquiera conocía. ¿Qué podía hacer? ¿Qué armas tenía a mano para impedir el casamiento? Ninguna. No había forma de evadir el compromiso tomado por su esposo. La reina se sentó en un sillón y pensó, pensó un largo rato. A punto ya de dormirse, vino a su mente una idea genial: no podía remediar el enlace, pero sí podía, gracias a sus dotes mágicas, preparar una pócima para que su hija se enamorara de Marco. Sin dejar pasar un minuto más, fue a su gabinete y puso manos a la obra. En menos de una hora, tenía en su poder un pequeño frasco que contenía la misteriosa sustancia capaz de enamorar a quienes la tomaran. Ahora lo importante era lograr que la princesa y Marco bebieran el brebaje apenas se vieran. De esta forma, ambos quedarían unidos por una intensa pasión que duraría exactamente tres años.

La reina llamó en privado a Brengain, la doncella que había sido criada junto a Isolda para acompañarla de por vida. Le dijo:

—Te doy este líquido. La felicidad de tu ama depende de él. Solo dáselo a beber cuando ella se encuentre con el rey Marco. Tendrás que hallar la forma de que ambos lo tomen y, así, quedarán enlazados en un fructífero amor por el término de tres años.

Brengain oyó las palabras de la reina, aunque no le prestó demasiada atención, porque a ella la tenían sin cuidado los trucos

mágicos. Obedeció las órdenes de Isolda y guardó el frasco de vidrio que, a simple vista, no parecía esconder nada especial.

Los servidores de Tristán habían preparado la embarcación que los llevaría a Cornualles. En el puerto irlandés no se veían caras sonrientes. El pueblo penaba por la partida de la princesa Isolda, sin entender por qué se la llevaban tan lejos. La joven trataba por todos los medios de disimular su tristeza. Al abrazar a su madre para despedirse, brotaron muchas lágrimas de sus ojos. La reina le susurró al oído:

—No tengas miedo, hijita. Yo me aseguré de que conozcas el amor y puedas disfrutar de él, al menos por unos años...

A oídos de la princesa la frase sonó extraña, pero no había nadie en el mundo en quien confiara más que en su madre. Una vez a bordo del barco, saludó a su familia y al pueblo con una sonrisa, y corrió a esconderse en su camarote.

¡Qué interminable parecía aquel viaje! Para evitar las zonas donde el mar se encrespaba demasiado o donde había hoyas¹ profundas y peligrosas, Tristán había ordenado que tomaran una ruta mucho más segura que la convencional. El problema era que este camino se alargaba exageradamente. Hacía varios días que navegaban y la princesa no quería salir de su camarote. Apenas si le había dado el sol. Se sentía desalentada por tener que casarse con Marco, a quien nunca había visto en su vida, y estaba furiosa por tener que ir en el barco de Tristán, aquel hombre que había conseguido sus objetivos bajo engaños, después de matar a su tío, Morholt.

Brengain no encontraba la forma de contentar a su ama. Había probado el canto, el baile, incluso narrarle alguna historia fantástica, cosa que siempre le había gustado a Isolda, pero no había caso: la joven se negaba rotundamente a abandonar su angustia. Tanta desazón

1 **Hoya:** concavidad u hondura grande formada en la tierra.

sentía la doncella al verla así que recordó aquel frasco guardado entre sus pertenencias, el líquido que le había dado la reina antes de partir.

La muy ingenua pensó que podía dárselo a tomar a Isolda y a Tristán, para que los dos se sintieran felices, al menos hasta llegar a Cornualles. Trató de acordarse de las palabras que le había dicho la esposa de Gormond: “La felicidad de tu ama depende de este líquido...”. ¿Qué más? La cabeza de Brengain estaba llena de frases y el movimiento de las olas las mezclaba todas. ¿Qué más? ¿Qué más le había pedido la reina? Estaba mareada, los días en el mar le producían un adormecimiento, un estado de ensoñación. Esa noche, antes de llevarle la cena a Isolda, volcó en su vaso unas pocas gotas de la pócima que llevaba escondida. Lo mismo hizo en el vaso de vino de Tristán. Se tranquilizó: “Siendo tan poco líquido, no va a durar mucho su efecto. Me conformo con que alcance hasta pisar las tierras del soberano Marco”.

Al contrario de lo que pensaba Brengain, el mínimo contacto de una boca con el preparado de Isolda era suficiente para causar un efecto ingobernable. A la mañana siguiente, Tristán e Isolda se encontraron al pie del mástil mayor de la embarcación y se besaron largamente. Estaban enamorados. De pronto advertían que se necesitaban, que no podían vivir separados. Aunque no tenían forma de explicárselo a nadie, ni siquiera a ellos mismos, sus cuerpos y sus corazones se atraían de un modo irrefrenable. A partir de esa hora ya no pudieron distanciarse. Los días que restaban para llegar a tierra firme los pasaron juntos, abrazados, mirando la inmensidad del mar, descubriendo el uno en el otro las virtudes más encantadoras: el brillo del pelo, la profundidad de la mirada, el color encendido de los labios... Todo era nuevo. Todo era atractivo. Un poderoso lazo de pasión los mantenía unidos y parecía no haber forma de soltarlo.

Horas antes del desembarco en Cornualles, Tristán habló con Isolda. El amor que sentían era invencible. Siempre iban a estar juntos, no había duda de eso, pero tenían que pensar en lo que les

esperaba si los ingleses se enteraban del romance: nunca los perdonarían. A él, por deslealtad a Marco, su tío y protector, y a ella, por su liviandad.² Lo mejor que podían hacer era ocultar la relación y seguir al pie de la letra el plan original: que Isolda contrajera matrimonio con el monarca, sin dejar por eso de ver a su amado, ya que Tristán vivía en los alrededores del palacio y tenía acceso libre a todas las recámaras, incluso a las más privadas. Así dejarían pasar el tiempo, hasta que pensarán en una estratagema mejor. Por lo menos no iban a dejar de verse y, aunque un poco mermado, tendrían tiempo para manifestarse su amor.

Como estaba pactado, Marco tomó como esposa a la joven Isolda. La princesa tenía la belleza innegable de la juventud y estaba rozagante como una rosa. Así y todo, los cortesanos que rodeaban al rey de Cornualles estaban indignados:

—¿Cómo confía el rey en el pérfido Tristán? —decían.

Pero el rey no cabía en sí de felicidad. La flamante reina era incomparable. Marco la miraba embelesado pensando en que era la más joven, la más hermosa y la más grácil de todas las reinas de Europa. Tanta admiración sentía por ella, que no advertía en absoluto que la alegría y la jovialidad que destilaba su esposa no nacían por su causa, sino por el amor que la unía a Tristán, quien se las ingeniaba diariamente para penetrar los jardines reales y verla aunque más no fuera por unos minutos. Los jóvenes disfrutaban en secreto de su amor, leyéndose poemas con las manos entrelazadas, contándose sueños...

2 **Liviandad:** cualidad de liviano. Con género femenino, el adjetivo se aplica a la mujer informal y ligera en su relación con los hombres.

La charla bajo el pino

Así pasaron meses, hasta un año quizá. El rey Marco no desconfiaba de la fidelidad de su esposa y, mucho menos, de la lealtad de su querido sobrino, a quien pensaba dejar en su lugar el día que muriera.

Las habladurías se multiplicaban. Tanta necesidad de estar juntos tenían Tristán e Isolda, que con frecuencia descuidaban el secreto de su amor y cometían actos de verdadera temeridad, por lo que más de una vez fueron vistos por sirvientes y hasta por cortesanos que pululaban por los alrededores del palacio.

Los enemigos de Tristán estaban enfurecidos por estos encuentros, que ellos consideraban insolentes y pérfidos. Tramaron contarle a Marco cómo los jóvenes se aprovechaban de su confianza, pero esta vez iban a ofrecerle pruebas contundentes, ya que sabían de sobra que el rey las necesitaría: era reacio a creer semejantes infundios respecto de su mujer y de su caballero predilecto.

Uno de los condes le dijo:

—Respetado y amado rey: tu sobrino Tristán se encuentra con tu esposa a escondidas, en tu mismísimo jardín. Todo el pueblo habla de eso y es triste saber que la gente piensa que su soberano es engañado tan fácilmente...

Marco se puso rojo de furia, pero controló sus reacciones.

—Muchas son las calumnias —respondió—, pero pocas las pruebas. Si alguien pudiera demostrarme que la reina y mi sobrino son amantes, a los dos mandaría matar en el acto.

Los condes se restregaron las manos. Aborrecían a Tristán y querían a toda costa que muriera. El más viejo de ellos dijo:

—En muchas ocasiones, por la tarde, se encuentran bajo un pino, allá en el jardín real. Sabemos cuál es el árbol y a qué hora están ahí. Si es su deseo, alteza, allí lo conduciremos y lo ayudaremos a esconderse entre las ramas para que oiga por sus propios medios los diálogos amorosos de la reina y del caballero Tristán.

La espina de la desconfianza agujijoneó al monarca. ¿Y si era cierto que Tristán amaba a su esposa? ¿Y si de verdad lo engañaba la reina?

Sin demasiado entusiasmo, Marco accedió a cumplir el plan que le proponían los condes. Esa misma tarde, al amparo de las ramas de un pino, iba a espiar el encuentro de los jóvenes.

No le costó mucho treparse: el rey mantenía un excelente estado físico. Se quedó muy quieto esperando a que llegara Isolda, que solía caminar entre los árboles de su jardín con un libro en la mano. En su corazón, Marco rogaba que nada de eso fuera verdad. A los pocos minutos de estar allí vio que se acercaba su esposa, extrañamente sola. “Qué raro, ella siempre va acompañada de su doncella Brengain y de otras cortesanas”, pensó.

Isolda, entretanto, percibió algo fuera de lo común. No había viento, sin embargo, el follaje del pino debajo del que solía sentarse crujía. A varios metros del árbol, distinguió una figura humana entre las ramas. La joven tenía una vista privilegiada y reconoció enseguida los atuendos de su esposo. El rey estaba ahí, subido al pino. “¿Qué estará haciendo?”, pensó. En eso vio que, por otra senda, se acercaba Tristán. “Alguien nos delató y el rey quiere espiarnos para descubrir por sí mismo la verdad”, se dijo. Muy rápido, le hizo unas señas a su amado, indicándole que mirara hacia la copa del pino. El joven miró disimuladamente, y enseguida supo de qué se trataba todo.

Tristán e Isolda no eran tontos. Sus corazones estaban unidos de tal modo, que muchas veces les bastaba un gesto para hacerse entender. Los dos siguieron su camino como si nada, y se encontraron, igual que lo hacían todas las tardes, debajo del pino.

—Señora mía —comenzó Tristán—, grande es para mí el regocijo de verla, aunque no entiendo por qué está sola.

La joven movió la cabeza hacia los lados. No solo Tristán dominaba el arte de la tragedia.

—Honorable caballero: prefiero caminar sola para pensar en mi rey, antes que verme comprometida en charlas insensatas con mis cortesanas.

Marco, en lo alto del pino, sonrió conforme. Las palabras de Isolda llenaban su alma de paz.

—¿Pero qué te trae por aquí, Tristán? ¿Por qué no estás cazando con los otros barones? —preguntó ella.

—He venido a pedirle, señora, que interceda por mí ante mi tío. Supe que varios hombres a los que él respeta han estado injuriándome. Los pérfidos se animan a asegurar actos terribles, obscenos y desleales, que, supuestamente, cometo yo, el caballero que más respeta y ama al rey.

Isolda se agitó. Hizo un movimiento violento con la cabeza. Ahora podía jugar todas las cartas apostando a su candor:¹

—¿Pero qué actos, Tristán, pueden ser tan tremendos? ¿De qué se tratan las habladurías?

—No debería decírselo, señora. Es demasiado cruel lo que dicen, demasiado excéntrico y malévolo.

—¿Te ordeno que me lo digas! —gritó la reina fingiendo ofuscación.

—Está bien, se lo diré tratando de ser lo más respetuoso posible: los cortesanos del rey dicen que yo la pretendo, señora, que intento seducirla para alejarla de mi tío.

—¡Dios santo! —chilló Isolda—. ¿Quién podría creer semejante infundio? ¿Por qué razón querrías seducirme si es sabido que amo a Marco más que a mi vida?

1 **Candor:** ingenuidad, sencillez, sinceridad y pureza del ánimo.

—Lo sé, lo sé. Es que esos hombres me aborrecen y quieren que el rey me destierre. Solo le pido, señora, que haga lo posible para que Marco me acoja en sus brazos. Jamás tuve sentimientos amorosos hacia usted. Nunca pude mirarla como otra cosa que no fuera la esposa de mi amado tío. Haga que el rey sepa la verdad, que no se deje engañar por esos truhanes que quieren separarme de él para quedarse con Cornualles.

El rey estaba atónito. Dos lágrimas brotaron de sus ojos: ¿cómo se había dejado embaucar por los condes? Tristán e Isolda no se amaban. Todo era una calumnia cruel para distanciarlo de su sobrino tan querido.

Esa noche, cuando Isolda entró en la recámara nupcial, su esposo la abrazó y la besó cariñosamente.

Al día siguiente hizo llamar a Tristán y le pidió que fuera a vivir al palacio, muy cerca de él. Quería demostrarle de alguna forma que lo quería y que confiaba en su lealtad.

Las pisadas delatorias

Así fue como Tristán se mudó al palacio real. Ahora era mucho más fácil para él encontrarse con su amada. Se veían todos los días y, a veces, hasta de noche, ya que Marco, por sus obligaciones cortesanas, solía pasar largas jornadas fuera.

Todo iba bien, hasta que los condes volvieron a la carga. Pidieron nuevamente audiencia con su soberano y le dijeron:

—El audaz Tristán no tiene escrúpulos. Ha logrado que el rey lo cobije en su palacio y ahí goza del amor de la reina sin restricciones. Todos lo saben y todos lo callan. Es un gran impudor que se da bajo su propio techo, alteza.

Marco era un hombre pacífico y bueno por naturaleza, pero la sola idea de saberse engañado por los dos seres que más quería en el mundo lo trastornaba.

—¿Por qué vuelven con eso? —les preguntó a los condes tratando de dominar sus celos.

—Porque es la pura verdad, majestad —respondió el más viejo, que era también el más malicioso.

—Si fuera verdad, podrían probármelo —los azuzó¹ Marco.

Los cortesanos se rieron a coro.

—Sería bastante sencillo demostrarle que los jóvenes se encuentran cada noche que usted se ausenta del palacio.

—¿Y cómo lo harían? —inquirió el soberano.

1 **Azuzar:** en sentido figurado significa “irritar, estimular”.

—Basta con rociar harina en el borde de la cama de su majestad, la reina Isolda. Su sobrino no enciende velas para llegar allí, por miedo a que los descubran. Conoce a la perfección el camino que va de su cuarto al de la reina —en ese punto los condes hicieron una mueca de burla—. Dígales que mañana por la noche se irá de Cornualles hacia un reino alejado. A la mañana siguiente encontrará las huellas de Tristán y por fin nos creerá.

Otra vez Marco se encontraba en una encrucijada. ¿Podía ser cierto que su sobrino le jugara esa mala pasada? La duda volvió a carcomerlo: Isolda era joven y Tristán también. No era tan descabellado que se sintieran atraídos el uno por el otro.

Sin estar del todo convencido, hizo caso a la propuesta de los condes y siguió el plan como se lo habían indicado: les avisó a su esposa y a Tristán que se ausentaría esa noche. Pasó el día pensando y pensando. Una vez que el sol cayó y la reina se retiró a sus aposentos, la acompañó y permaneció con ella hasta que no hubo en la habitación un ápice de luz. Le besó la frente y esperó a que se durmiera. Al oír la respiración acompasada de Isolda, espolvoreó harina en el borde de la cama y salió del cuarto.

Tristán estaba ansioso. Cuando oyó que los cascos de los caballos reales se alejaban, abandonó su cama y corrió hacia la habitación de su amada. Tanto anhelo sentía por verla que no advirtió el polvo en sus pies, pero la joven estornudó de repente.

—¿Qué es eso que trajiste, Tristán? —dijo.

—Nada traje —respondió él.

—Sin embargo yo siento como un polvo que me hace estornudar y...

La frase de la reina se cortó de cuajo cuando los cascos reales volvieron a sonar en la puerta del palacio.

—¡Es el rey! —susurró Isolda—. ¡Es Marco! ¡Está en el palacio!

Tristán bajó como un rayo de la cama y corrió a su habitación. El rey avanzaba por los corredores portando una antorcha, seguido

por los condes que ya se restregaban las manos. Esta vez, nada pudo salvar a los jóvenes amantes: allí estaban las huellas de unos pies que iban desde la habitación real al cuarto del sobrino de Marco.

La escena era desagradable. Aunque no lo quisiera creer, el soberano de Cornualles había sido engañado por su esposa y por aquel joven a quien miraba con adoración.

Esa misma noche, Marco firmó la sentencia: en menos de veinticuatro horas, la reina sería quemada en la hoguera y Tristán, colgado de la horca.

Esquivar la muerte

Los soldados del rey apresaron a Isolda. Le ataron las manos con fiereza, haciéndola sangrar, y la condujeron a la plaza mayor, donde todo el pueblo esperaba para ver el horrible espectáculo. Mientras tanto, Tristán era llevado a la horca.

Sin duda, ese iba a ser el último día de los jóvenes sobre la Tierra. Bien pagado estaba su amor. Camino al tormento que le había sido asignado, el sobrino del rey les pidió a los hombres que lo llevaban que le permitieran pasar por la iglesia, ya que deseaba rezar antes de morir. Los soldados se apiadaron de él. Hubiera sido vil no dejarlo orar en un momento crucial como el que le tocaba atravesar. Tristán estaba atado, por lo que los soldados no temieron su huida, ¿Cómo iba a escaparse un hombre que no podía mover las manos? Se dirigieron a una capilla cercana y dejaron que Tristán se acercara al altar. El joven se arrodilló y bajó la cabeza balbuciendo una oración. Era muy convincente verlo en esa posición. En un instante, rápido como una centella, se levantó, corrió hacia la ventana, rompió el vidrio y saltó al exterior. Los soldados, azorados, lo persiguieron, pero afuera estaba Gornvald, el antiguo preceptor que, valiéndose de su poderosa espada, partió la cadena que apresaba a su amo. El ayo¹ llevaba escondida el arma de Tristán, la mismísima espada con la que antaño había vencido a Morholt. Ambos lucharon con vehemencia y

1 **Ayo:** hombre encargado de custodiar a niños y jóvenes y de cuidar de su crianza y de su educación.

vencieron a la guardia real, por lo que lograron escaparse a la espesura de un bosque aledaño.

En la plaza, entretanto, los leños estaban prontos a arder. Isolda suplicaba que la sacaran de allí. Gritaba desesperada. Sus ropas ya se habían vuelto negras como el carbón. Marco miraba la escena consternado. La gente que se había aglutinado cerca de la hoguera increpaba al rey:

—¡Que no la quemen! ¡Es nuestra reina!

Las mujeres lloraban y cubrían a sus hijitos con las manos para que no vieran el tétrico espectáculo.

En eso, la muchedumbre se abrió en dos. Un grupo de leprosos² se acercaba a la plaza. La gente corría despavorida intentando no tener contacto con ellos. Estaban harapientos y se les iban cayendo trozos de piel a medida que caminaban. Uno de los leprosos, el que iba al frente, gritó:

—¿El rey de Cornualles quiere que su esposa sufra el peor de los flagelos? ¿Entonces, por qué la condena a morir? Peor para una mujer de su estirpe sería vivir, vivir entre nosotros. Somos muchos. Nos alimentamos de sobras y nadie nos quiere. Déjenos llevarla a donde vivimos y ahí sabrá lo que es sufrir.

Marco se quedó helado: ¿sería capaz de dejarse llevar por esa oferta? Oyó los gritos renovados de Isolda:

—¡No, por favor! ¡Prefiero la muerte! ¡Que me quemen! ¡Que arda mi cuerpo, pero no me dejen con ellos! ¡Piedad, esposo! ¡Piedad!

Le bastó oírla para decidirse:

—Llévenla con ustedes —ordenó Marco a los leprosos—, y que viva en su ley.

2 **Leproso:** que padece lepra, enfermedad infecciosa crónica caracterizada principalmente por síntomas cutáneos y nerviosos, sobre todo tubérculos, manchas, úlceras y anestias.

Un grupo de andrajosos se acercó a la hoguera y desató a la reina. Iban riéndose y festejando. La pobre Isolda estaba desmayada. El pueblo, por temor al contagio, se había alejado de la plaza y los más espían desde sus casas la procesión de los leprosos llevando a la joven y rubia soberana en andas.

Pero eso no iba a quedar así. El amor incontrolable seguía arrastrando a Tristán. Cuando los leprosos se dispusieron a cruzar la espesura que los separaba de su inmunda aldea, el hijo de Rivalén cayó sobre ellos junto con Govenal, que era un luchador excepcional. Se trabaron en una pelea desigual, ya que los hombres que acarreaban a Isolda eran más de treinta. La espada del preceptor se tiñó de rojo muy pronto. Muchos trozos de ropa y de piel caían en el suelo. Tristán sentía náuseas: el olor pútrido que despedían los cuerpos llagados era repugnante. Rogó a Dios que Isolda no volviera en sí: hubiera sido horripilante para ella despertar en medio de esa lucha espantosa.

Cuando el grueso de los enfermos vio caer a su líder, a quien Tristán golpeó con ferocidad en una pierna, el grupo se deshizo y la mayoría corrió a guarecerse en la aldea. No les importó dejar tirada a la reina. El miedo a que los mataran era más grande que las ganas de verla viviendo con ellos.

Aprovechando la desbandada, el joven alzó a su amada y, cubiertas sus espaldas por el fiel Govenal, huyó con ella al corazón del bosque.

Dicen que los amantes vivieron escondidos en esa fronda por espacio de tres años, mudándose cada noche para no levantar sospechas. Se alimentaban solo de carne: animales que el sobrino de Marco cazaba diariamente. Govenal los acompañó siempre, cuidando con afecto paternal de su amo y de la reina. Cuando se cumplió el lapso que la soberana de Irlanda había decretado como límite del efecto de su pócima de amor, Tristán e Isolda quisieron regresar a Cornualles, pero ya era demasiado tarde.

[Sobre terreno conocido]

Comprobación de lectura

Determinen si las siguientes afirmaciones son correctas o incorrectas. Corrijan las incorrectas.

Canción de Roldán

- a) La acción del relato transcurre en Aix, durante el reinado del padre de Carlomagno.
- b) Para terminar con el asedio de los francos, Marsil les envía una lujosa embajada y una propuesta de paz.
- c) Ganelón aconseja que acepten la propuesta de Marsil movido por la piedad que le inspira el musulmán.
- d) Oliveros sugiere a Roldán que no sople el cuerno bajo ninguna circunstancia.
- e) Carlomagno recorre el campo de batalla pero no logra encontrar a su sobrino Roldán.

El Cid Campeador

- a) El Cid es desterrado por el rey Sancho.
- b) El engaño a los prestamistas es urdido por Martín Antolinez.
- c) La esposa y las hijas de Rodrigo Díaz lo acompañan en sus campañas.
- d) El sobrino del Cid es un muchacho cobarde que se esconde para no luchar contra los moros.
- e) Para derrotar a los valencianos, el Cid convoca a vasallos de toda España.
- f) Los primeros esposos de doña Elvira y de doña Sol adoran a las muchachas y respetan al Cid.

Elijan la opción correcta para completar cada afirmación.

El rey Arturo

El padre biológico de Arturo es...

- a) Merlín.
- b) Pendragón.
- c) Héctor.
- d) Sir Gawain.

Uter Pendragón declara la guerra a Gorlois porque...

- a) necesita sus tierras.
- b) desea vengar una antigua ofensa.
- c) quiere casarse con Igraine.
- d) se anticipa a la invasión del duque de Cornualles.

Kay desea quedarse con Excalibur, pero...

- a) Arturo no se lo permite y se la arrebató.
- b) Héctor también la desea y se la quita.
- c) Héctor hace justicia y busca al verdadero dueño.
- d) Merlín hace justicia y busca al verdadero dueño.

Muchos nobles rechazan a Arturo porque...

- a) es bastardo.
- b) es de origen humilde.
- c) es extranjero.
- d) aspiran el trono para sí mismos.

Arturo obtiene la vaina de Excalibur...

- a) mediante una trampa a Nimue.
- b) cuando le ruega a Merlín que se la entregue.
- c) porque Merlín la roba para él.
- d) porque Nimue se la entrega.

La esposa de Arturo se llama...

- a) Ginebra.
- b) Morgana.
- c) Nimue.
- d) Igraine.

Tristán e Isolda

Tristán nace del amor entre...

- a) el sobrino y la esposa de Marco.
- b) Gubernal y Blancaflor.
- c) Rivalén y la reina Isolda.
- d) Rivalén y Blancaflor.

Tristán sufre...

- a) una herida de Morholt y una del dragón.
- b) un corte de la espada del rey Marco.
- c) un hachazo dado por Morholt.
- d) un envenenamiento de Isolda.

Brengain...

- a) olvida por completo las palabras de la madre de Isolda.
- b) vuelca la pócima en las copas de Tristán e Isolda por equivocación.
- c) decide volcar la pócima en las copas de Tristán e Isolda.
- d) decide deshacerse de la pócima antes de llegar a Cornualles.

Los condes quieren que...

- a) Tristán asuma la corona.
- b) Marco sea engañado por Tristán.
- c) Marco descubra el engaño de su sobrino.
- d) Tristán se case con Isolda.

El rey Marco decide...

- a) dejar que Tristán e Isolda huyan juntos.
- b) condenar a muerte a Tristán e Isolda.
- c) perdonar a Isolda y matar a Tristán.
- d) perdonar a Tristán y matar a Isolda.

Actividades de comprensión

Canción de Roldán

- 1 Relean los primeros cinco párrafos del relato. Escriban, luego, una lista de los logros de Carlomagno y mencionen aquello que continúa siendo un motivo de preocupación y disconformidad.
- 2 Ubiquen en un mapa de Europa el territorio que ocupaba el rey Marsil, la cadena montañosa de los Pirineos y el desfiladero donde se desarrolla la batalla entre cristianos y musulmanes.
- 3 En el relato se refieren dos planes. Sintetícenlos en un cuadro que contemple los siguientes aspectos: motivos que hacen necesario un plan, autor del plan, finalidad y modo de llevarlo a cabo. Luego, respondan: ¿qué tienen en común ambos planes?
- 4 Propongan tres adjetivos para caracterizar a Roldán, tres para Oliveros y tres para Ganelón. Luego, escriban las acciones que ponen de manifiesto esas características.
 - Releven los estados de ánimo por los que pasa Oliveros desde que distingue a las tropas musulmanas que los siguen hasta que muere.

El Cid Campeador

- 1 *El Cid Campeador* comienza con la noticia del injusto destierro. Por orden de Alfonso VI, Rodrigo Díaz de Vivar tiene nueve días para abandonar Burgos. En el relato, el Cid recuerda mientras cabalga, es decir que hay un desplazamiento en el tiempo hacia el pasado, una retrospectión, desde que el narrador afirma: “El hombre, montado a caballo, giró la cabeza una vez más: su vida cambiaba para siempre”; y otro más adelante, cuando relata: “Rodrigo apretó las riendas de su caballo con fuerza. Parecía que sus manos iban a sangrar. Los recuerdos se le amontonaban delante de los ojos”.

Mencionen brevemente los hechos que rememora o evoca el Cid en esas retrospectivas; por ejemplo, recuerda la situación de España en tiempos de Fernando y lo ocurrido después de su muerte.

- 2 Nuestra versión del Cid está organizada en siete capítulos. Elaboren un cuadro que incluya la siguiente información para cada capítulo, excepto para el primero y el último: personajes que intervienen, especificando si son amigos o enemigos del Cid; lugar en el que suceden las acciones, y acciones principales.
 - Ubiquen en un mapa de España los lugares por los que transita el Cid desde que es desterrado hasta su regreso a Burgos luego del perdón de Alfonso VI.
- 3 Expliquen cómo reúne el Cid Campeador las riquezas que le envía al rey Alfonso para obtener su perdón.
- 4 Enumeren los motivos que llevan al Cid a desconfiar de los infantes de Carrión. Luego, respondan: ¿cómo reacciona el Cid en los episodios que conducen a la desconfianza? ¿Y el resto de los soldados?, ¿y los infantes?

El rey Arturo

- 1 En el relato de Arturo las apariencias suelen ser engañosas. Determinen qué aspecto toman los personajes. Luego, indiquen en qué casos interviene la magia.
 - a) Resuman en una oración la condición que impone Merlín a Uter Pendragón luego del encuentro de este con Igraine.
 - b) Determinen las diferencias entre la explicación de Merlín a los vasallos de Pendragón y los hechos tal como sucedieron la noche en que Arturo fue concebido.
- 2 Releven los indicios de espacio y tiempo en el relato. Luego, ubiquen en un mapa de Europa los lugares en los que suceden los hechos y que tienen existencia en la realidad.

- 3 Ordenen a los personajes del relato en dos grupos. En uno incluyan a aquellos con poderes sobrenaturales y en otro a los que no los detentan. Luego, caractericen con dos o tres adjetivos a los del segundo grupo.
- 4 En el último capítulo del relato se narran las bodas de Arturo y Ginebra, y también se anticipa un futuro glorioso para el rey. Identifiquen y copien el fragmento que refiere ese legendario porvenir. ¿En qué tiempo se enuncian los verbos?

Tristán e Isolda

- 1 Expongan las razones que en el relato explican el nombre “Tristán”.
- 2 Completen en sus carpetas un cuadro como el que sigue.

Enfrentamiento de Tristán	Motivo	Efectos no deseados en el vencedor	Logros del vencedor
con el gigante			
con el dragón			
con los leprosos			

- 3 Determinen el lugar de procedencia y las relaciones entre los personajes. Sigán el ejemplo.

la princesa Isolda – el gigante Morholt – el rey Marco – la reina Isolda – Gornaval – Gormond – Blancaflor – Tristán – Brengain

El **gigante Morholt** viene de Irlanda, es hermano de la reina Isolda, tío de la princesa Isolda y cuñado del rey Gormond.

- 4 Expliquen en qué consiste la pócima de la reina Isolda y si surte el efecto para el que fue fabricada.

Actividades de análisis

Versiones: del recitador al narrador

① **Narrador.** El narrador es la voz ficcional que cuenta los hechos de una narración y los ubica en tiempo y espacio. De acuerdo con el grado de conocimiento y de participación que tiene de los hechos, se clasifica en:

Narrador en tercera persona que conoce todo: no participa de los hechos, pero conoce más que los personajes y puede relatar lo que sienten y piensan.

Narrador en tercera o en primera persona testigo: es un personaje que cuenta lo que percibe a través de sus sentidos.

Narrador en primera persona protagonista: es el personaje principal de la historia; por esta razón él mismo cuenta lo que sintió, hizo y pensó.

a) Caractericen al narrador de los cuatro relatos medievales. Justifiquen sus respuestas con citas textuales.

b) **Oralidad.** Como saben, los relatos que leyeron han sido adaptados a partir de diversas fuentes. Por un lado, se los transformó en una narración en prosa; por otro, se adecuó el vocabulario y la sintaxis con el fin de hacerlos accesibles al joven lector. Sin embargo, la poesía épica, en la que se incluyen la *Canción de Roldán* y el *Poema de Mío Cid* son de carácter oral; por esa razón, los juglares apelan al público desde su recitado.

Lean los siguientes versos tomados de la transcripción moderna del *Poema de Mío Cid* y detecten marcas de oralidad que revelen la presencia del juglar y de su auditorio.

*Al otro día por la mañana empieza a cabalgar;
es el día de plazo, sabed que no hay más.*

Oíd lo que dijo Minaya Álvar Fáñez:

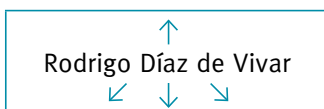
Tierras de Valencia recorridas en paz,
dirigiose a Castilla, Minaya Álvar Fáñez.
No diremos las paradas, no las quiero contar.

Las coplas de este cantar aquí se van acabando.
El Creador nos valga con todos sus santos.

- c) Revisen en la actividad 4 de la sección *Avistaje* los comienzos de los poemas épicos e identifiquen en ellos la presencia del recitador y del auditorio.

Señores y vasallos

- 1 **Canción de Roldán.** Lean la sección *Palabra de expertos* y justifiquen por qué este relato quedaría excluido de las relaciones propias de la estructura feudal.
- 2 **El Cid Campeador.** Revisen el apartado “Europa feudal” en la sección *Palabra de expertos* y reconozcan quiénes son vasallos de Rodrigo Díaz de Vivar al comenzar el relato y quiénes se someten como sus vasallos a medida que avanza la historia. ¿Por qué lo hacen?
- a) ¿De quién es vasallo el Cid Campeador?
- b) Grafiquen esas relaciones en forma vertical para que quede expuesta la concepción jerárquica de la sociedad feudal.



- 3 **El rey Arturo.** Expliquen cómo pasan los territorios de Tintagel a formar parte de las posesiones de Pendragón.
- 4 **Tristán e Isolda.** Busquen en el relato dos fragmentos que justifiquen la relación de vasallaje entre Rivalén y Marco.
- a) Determinen si la relación entre el rey de Irlanda y Marco puede comprenderse dentro de los lazos de vasallaje. Justifiquen.

- b) Averigüen en qué relato de la mitología griega se paga tributo con muchachos y doncellas atenienses. Establezcan puntos de contacto entre el héroe de ese mito y Tristán.

Los héroes

1 **Los héroes y sus atributos.** En su libro *Europa en la Edad Media*, George Duby afirma: “Lo mejor del progreso técnico cuyos primeros movimientos se aprecian está dirigido hacia el perfeccionamiento del arnés militar, hacia la metalurgia del armamento. [...] Los forjadores hacen con él [el hierro] cascos y cotas de malla que vuelven invulnerable al combatiente. Los utensilios en que aquella época puso más cuidado para elaborar, aquellos cuyo peso simbólico era mayor, son las espadas. Insignia de un «oficio» considerado noble, instrumento de la represión, de la explotación del pueblo, la espada, más que el caballo, distingue al caballero de los demás. [...] Se cree que las espadas de los príncipes fueron fabricadas en un pasado legendario, mucho antes de la evangelización, por artesanos semidioses. Están cargadas de talismanes. Tienen su nombre. La espada del año mil es como una persona”.

Ubiquen en los textos los fragmentos en los que se mencionan las espadas de cada uno de los héroes. Describan las características de dichas armas y el poder que otorgan a sus respectivos dueños.

- a) ¿A cuál o cuáles de los relatos se adecua mejor la cita de Duby? ¿Por qué?
- b) Revisen la actividad 2 de la sección *Avistaje* y determinen cuáles de los héroes que pusieron como ejemplo posee un objeto (un arma u otro elemento) que lo distinga.
- c) Observen las imágenes reproducidas en la sección *Avistaje* y busquen en libros de arte o en enciclopedias virtuales otras representaciones del Cid, de Roldán, de Carlomagno, de Arturo y de Tristán. Fíjense cómo se los representa: tengan en cuenta

qué actitud adoptan, con qué vestimenta se los pinta o esculpe, y si portan armas. Escriban un breve texto en el que comparen las imágenes de cada uno y sintetizen sus observaciones.

2 Busquen en los cuatro textos que leyeron la información que se brinda acerca de la personalidad de los héroes que los protagonizan, de sus cualidades, de su aspecto físico y de su procedencia. Ordenen la información que recabaron en un cuadro comparativo, en sus carpetas.

a) A partir de la información que consiguieron, conversen entre ustedes y respondan: ¿cómo alcanzan estos personajes su carácter de héroes?, ¿se lo ganan a fuerza de trabajo?, ¿es innato en ellos?, ¿lo heredan?

b) En la literatura griega clásica, muchos de los héroes caen en lo que se denomina *hybris*, es decir, desmesura, una exageración de las pasiones, como el orgullo o la furia, que lleva a tales personajes a la locura o al castigo por parte de los dioses. El mitógrafo Pierre Grimal la define como una abstracción, la personificación del exceso y la insolencia.

Revisen sus respuestas a la actividad 2 y decidan en qué personajes el orgullo podría ser considerado una virtud y en cuáles roza la desmesura. Justifiquen con citas textuales.

c) Justifiquen la siguiente afirmación, que transcribimos de la “Introducción” de Ángeles Cardona y Joaquín Rafel (1972) al *Poema de Mío Cid* (edición del poema de editorial Bruguera, 1983): “Nos encontramos frente a una de las gestas más realistas de la literatura medieval”.

- ¿Puede afirmarse lo mismo del resto de los relatos?

d) Revisen la sección *Palabra de expertos* y las respuestas que elaboraron para estas actividades referidas a los héroes, y ordenenlos según el carácter épico o el carácter caballeresco.

3 Los héroes y las mujeres. Afirma Arnold Hauser en *Historia social de la literatura y el arte*:

“La cultura cortesana medieval se distingue de toda otra cultura cortesana anterior —e incluso de la de las cortes helenísticas, ya fuertemente influidas por la mujer— en que es una cultura específicamente femenina. [...]

Y no está dicho todo con decir que los hombres deben a las mujeres su formación estética y moral, y que las mujeres son la fuente, el argumento y el público de la poesía. La mujer, que en los tiempos antiguos era simplemente propiedad del hombre, botín de guerra, motivo de disputa, esclava, y cuyo destino estaba sujeto aún en la Alta Edad Media al arbitrio de la familia y de su señor, adquiere ahora un valor incomprensible a primera vista.” (p. 222)

“El amor como motivo romántico no desempeña papel alguno en la literatura hasta la caballería.” (p. 223)

“En todas partes, en las cortes y en los castillos, hay muchos hombres y muy pocas mujeres. Los hombres del séquito, que viven generalmente en la corte del señor, son generalmente solteros. Las doncellas de las familias nobles se educan en los conventos y apenas si consiguen verlas. La princesa o la castellana constituye el centro del círculo. Los caballeros y los cantores cortesanos rinden todos homenaje a esta dama noble, culta, rica y poderosa y, con mucha frecuencia, joven y bella.” (p. 229)

- a) Elaboren una lista de los personajes femeninos de los relatos que leyeron y caracterícenlos, según sus rasgos físicos y de personalidad.
- b) Determinen el rol de las mujeres y su grado de importancia para la historia en cada uno de los cuatro relatos, a la luz de las citas de Arnold Hauser y de la información que se brinda en *Palabra de expertos*.

4 Héroes y villanos. Los poemas épicos y las canciones de gesta, como dijimos, se centran en las hazañas de los héroes nacionales.

La guerra es el escenario de su heroicidad. Sin embargo, a menudo, no basta el enemigo para sacar a la luz las virtudes del héroe, sino que también hace falta un traidor.

a) Canción de Roldán. Caractericen al traidor de Roldán. ¿Qué rasgos comparten traidor y traicionado? ¿Cuáles son los motivos de la traición?

b) El Cid Campeador. Elaboren una lista de los personajes no musulmanes que en el relato del Cid funcionan como enemigos del héroe. Describan sus características y los móviles que los constituyen como enemigos.

c) Reúnanse en grupos de no más de cuatro integrantes y propongan pares de héroes-villanos de la literatura, el cine y la televisión; por ejemplo, Batman y el Guasón. Describan a unos y a otros, identifiquen los rasgos que comparten y recuperen las razones que llevan a los “malos” a comportarse como tales.

- Compartan el trabajo anterior con el resto de la clase y elaboren entre todos una conclusión acerca de las características de los villanos.

6) Una cuestión de perspectiva. El pensador y ensayista italiano Umberto Eco afirma en “El mito de Superman”:

“Cada uno de ellos [los superhéroes] está dotado de poderes tales que podría, prácticamente, apoderarse del gobierno, destruir un ejército, alterar el equilibrio planetario. [...] Por otra parte, es evidente que cada uno de estos personajes es profundamente bueno, moral, subordinado a las leyes naturales y civiles, por lo que es legítimo (y hermoso) que emplee sus poderes con fines benéficos. En este sentido, el mensaje pedagógico de estas historias sería, por lo menos a nivel de la literatura infantil, altamente aceptable, y los mismos episodios de violencia de que están sembrados varios episodios, tendrían una finalidad en dicha reprobación final del mal y en el triunfo de los buenos.

La ambigüedad de la enseñanza aparece, sin embargo, en el momento que nos preguntamos *qué es el bien.*” (pp. 291-292)

Eco concluye en que Superman, como el ejemplo más representativo, podría ejercer el bien a nivel cósmico y sin embargo elige desarrollar su actividad en Smallville y, más tarde, en Metrópolis, puesto que la única cara que asume el mal en estas historietas es el atentado a la propiedad privada.

a) Revisen los relatos medievales y determinen qué es el bien y en quién encarna el mal.

b) Para la época del Centenario de la Revolución de Mayo, desde un sector intelectual representado por el escritor argentino Leopoldo Lugones (1874-1938) se afirmó que *Martín Fierro*, de José Hernández, era el poema épico de los argentinos.

Busquen en enciclopedias, en libros de literatura o en ediciones del poema de Hernández que incluyan prólogos o estudios preliminares información acerca de la obra y del personaje y decidan si el gaucho *Martín Fierro* puede ser considerado un héroe. Averigüen también en quién o en quiénes estaría encarnado el mal.

Actividades de producción

- 1 Realicen en grupos de cuatro integrantes la siguiente encuesta a compañeros de otros cursos y a familiares y amigos:
 - ¿Qué es un héroe?
 - ¿Considera que las sociedades necesitan héroes? ¿Por qué?
 - Proponga ejemplos de héroes.
 - a) Compartan las respuestas que obtuvieron con el resto de los grupos, de manera que cada grupo disponga de las respuestas de todos los demás.
 - b) Analicen las respuestas y determinen los resultados para cada uno de los tres puntos de la encuesta.
 - c) Expongan las conclusiones que hayan podido elaborar en un texto que contemple la siguiente información: tema de la encuesta, descripción y número de las personas encuestadas, contextualización de la investigación, es decir, aclaración de las lecturas de relatos medievales que realizaron, resultados de la encuesta y conclusiones.
- 2 Imaginen qué ocurrió cuando, pasados los tres años, finalizó el efecto de la pócima y tanto Tristán como Isolda volvieron a sus sentimientos originales (o no).
 - a) Escriban la carta que Tristán le deja a Isolda explicando sus sentimientos.
 - b) Escriban la carta que Isolda le deja a Tristán explicando sus sentimientos.
 - c) Escriban una escena dialogada en la que Tristán e Isolda conversan acerca de sus respectivos sentimientos.

- 3 Busquen el argumento de la ópera *Tristán e Isolda*, de Richard Wagner. Escuchen la ópera o vean alguna representación de ella, y analicen similitudes y diferencias con el texto que leyeron en *Relatos medievales*.
- 4 Vean la película *Lancelot* (1995), dirigida por Jerry Zucker y protagonizada por Sean Connery, Richard Gere y Julia Ormond, y realicen las siguientes actividades.
- a) Indiquen a partir de qué momento de la historia de Arturo se desarrolla la película.
- b) Comparen el modo como se presenta al rey y a Ginebra en la película y en el relato.
- c) Escriban una reseña crítica de la película. Para ello, sigan estos pasos:
- Indiquen cuál es el género de la película (terror, épico, comedia, drama).
 - Resuman el argumento pero sin contar el final.
 - Consideren aspectos técnicos, de vestuario, iluminación, ambientación.
 - Valoricen las actuaciones, la calidad de la historia, los aspectos que se rescatan de la leyenda. Recuerden que todas sus opiniones deben estar fundamentadas.
 - Para terminar, incluyan la ficha técnica en la que consignen: título del film, año, director, origen, actores principales.
- 5 Escriban un texto en el que expliquen quién, para ustedes, puede ser considerado un héroe o una heroína en la actualidad. Tengan en cuenta para justificar su respuesta los rasgos de los personajes que trabajaron en los *Relatos medievales* y la reflexión que hicieron acerca de la encarnación del mal.

Recomendaciones para leer y para ver

Sobre la Canción de Roldán

Romances carolingios, en *Los mejores romances de la lengua castellana*. Buenos Aires, Compañía Fabril Editora, 1961.

778 - La Chanson de Roland

Película documental de Olivier van der Zee, director holandés, quien a partir de la placa que recuerda a los soldados vascos que participaron de la batalla de Roncesvalles inició una investigación para descubrir lo que realmente ocurrió en el desfiladero. No solo vale la pena la película, sino que toda la información de la página, que explica detalles de la ambientación y la confección del vestuario, entre tantos otros materiales, resulta imperdible. Dirección URL: <http://www.lachansonderoland.com/index.html>

Si tienen conocimientos de francés, pueden leer algunas estrofas del poema en su idioma original para observar el ritmo y la rima. Pueden ayudarse comparando esa versión con alguna traducción en español. Es posible acceder a ambas versiones desde la entrada correspondiente a *Canción de Roldán* en *Wikipedia*.

Sobre El Cid Campeador

Romances relativos a la historia de España, en *Los mejores romances de la lengua castellana*. Buenos Aires, Compañía Fabril Editora, 1961.

Nueve documentales conducidos por el actor español Manuel Galiana en los que recorre los sitios del destierro del Cid. En ellos no solamente se va recuperando la historia y disfrutando de los paisajes, sino que también, en un viaje del pasado al presente, conocemos a los habitantes de esos pueblos, sus costumbres y tradiciones. Dirección URL: <http://www.rtve.es/alacarta/videos/camino-del-cid/>

La página *Camino del Cid* ofrece material de consulta, artículos, mapas y bibliografía acerca del héroe español. Dirección URL: <http://www.caminodelcid.org>

Sobre El rey Arturo

La página *King Arthur and the Knights of the Round Table* reúne material gráfico y textos acerca de este legendario rey y sus inolvidables caballeros. La navegación es sencilla y pueden adentrarse, de acuerdo con sus intereses, en cada uno de los personajes. Incluso hay una entrada dedicada a Excalibur, la temible espada. Dirección URL: <http://www.kingarthursknights.com/default.asp>

Si les gustan las comedias y necesitan distender el halo de heroicidad que rodea a todos estos personajes, pueden ver la desopilante *Monty Python and the Holy Grail* (1975) en la que estos cómicos ingleses combinan magistral e irreverentemente el sketch, la animación y un profundo conocimiento de la leyenda. La versión en español fue traducida como *Los caballeros de la mesa cuadrada*.

Para los amantes de lo épico

La gesta de Beowulf, poema épico del siglo VIII.

El cantar de los Nibelungos, poema épico de fines del siglo XII que narra la epopeya de Sigfrid, héroe germano.

Tolkien, J. R. R. (1959), *El señor de los anillos*. La saga narra la gesta del hobbit Frodo y sus aliados para liberar del mal a la Tierra Media.

Tres reinos, el regreso del dragón (2008). Dirigida por Daniel Lee, y protagonizada por Andy Lau, Sammo Hung y Maggie Q. La película se basa en el *Romance de los tres reinos*, escrito por Luo Guanzhong en el siglo XIV. La trama de la novela gira en torno de los acontecimientos que tuvieron lugar en un período turbulento de la historia de China en los siglos II y III. En la película destaca la relación entre el traidor y el héroe.

Para reflexionar acerca de los héroes (y de los traidores)

“Tema del traidor y del héroe”, en *Ficciones* de Jorge Luis Borges (1944).

Espadas y épica

De Jorge Luis Borges, pueden leer los poemas “Composición escrita en un ejemplar de La gesta de Beowulf”, “Fragmento” y “A una espada en York Minster”, en *El otro, el mismo* (1964); y “Espadas”, en *El oro de los tigres* (1972).

Bibliografía

Para saber más sobre la Edad Media

Duby, Georges, *Europa en la Edad Media*. Barcelona, Planeta-De Agostini, 1994.

Power, Aileen, *Gente de la Edad Media*. Buenos Aires, Eudeba, 1986.
Recomendamos especialmente el capítulo 1: “El campesino Bodo. Cómo se vivía en un fundo campesino en tiempos de Carlomagno”, y el capítulo 2: “Marco Polo, un viajero veneciano del siglo XIII”.

Romero, José Luis, *La Edad Media*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1990.

El período que estudiamos, pero en China

Fairbank, John King, *China, una nueva historia*. Santiago de Chile, Andrés Bello, 1996. Puesto que para el estudio de la historia de China se prefieren las dinastías y no las edades, recomendamos la lectura de los capítulos 3 a 7.

Pueden profundizar acerca de productores y consumidores de poemas épicos y sobre el pasaje de la épica heroica a la caballería en:

Hauser, Arnold, *Historia social de la literatura y el arte*. Madrid, Guadarrama, 1962. Capítulo 5: “Poetas y público de los poemas épicos”, y capítulo 8: “El romanticismo de la caballería cortesana”.

Esta obra se terminó
de imprimir en xxxx
de 2013, en los talleres de
xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx,
xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx,
xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx,
Buenos Aires, Argentina.